

TERESA DE LA PARRA



Epistolario Intimo

10

EDICIONES

LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA

- 1953 -

CAG 0182

Epistolario ~~~~~

~~~~~ Intimo







Copyright por \_\_\_\_\_  
**LINEA AEROPOSTAL**  
**VENEZOLANA - 1953.**  
Reservados todos los  
derechos de Autor.





LAV

V868.42  
P259e

*Lectura de la Parra*

# *Epistolario Intimo*

PREFACIO DE RAFAEL CARIAS

3º

DIARIO DE UNA SEÑORITA  
~~~~~ QUE SE FASTIDIA ~~~~~

(La Lectura Semanal N° 12 - Junio de 1922)

10

LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA

EDICIONES GRATUITAS

Caracas - Venezuela

1953

LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA

† **RAFAEL ARRAIZ**

PRESIDENTE

EDUARDO BERRIZBEITIA KERDEL

ENCARGADO DE LA PRESIDENCIA



EDICIONES LAV
RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE

DIRECTOR



OBRAS EDITADAS:

- 1—**RAMON HURTADO** — La Hora de Ambar.
- 2—**PEDRO SOTILLO** — La Calle y los Caminos.
- 3—**EZEQUIEL BUJANDA** — Poesías Escogidas.
- 4—**SANTIAGO KEY-AYALA** — Monosílabos Triláteros de la Lengua Castellana.
- 5—**PACO VERA IZQUIERDO** — Cantares de Venezuela.
- 6—**CRUZ SALMERON ACOSTA** — Fuente de Amargura.
- 7—**NICANOR BOLET-PERAZA** — Selección Literaria y Periodística.
- 8—**A. VALDIVIESO MONTAÑO** — José Tomás Boves
- 9—**LUIS ENRIQUE MARMOL** — La Locura del Otro.
- 10—**TERESA DE LA PARRA** — Epistolario Intimo.

EDICIONES PROXIMAS:

- 11—**EDUARDO BLANCO** — Las Noches del Panteón.
- 12—**SIMON RODRIGUEZ** — Defensa de Bolívar. (Homenaje en el centenario de su muerte. Febrero, 1954).
- 13—**CARLOS BORGES** — Poemas, Prosas y Oratoria. Compilación y Prólogo del Dr. J. M. Núñez Ponte, Director de la Academia Venezolana de la Lengua.



Teresa de la Parra

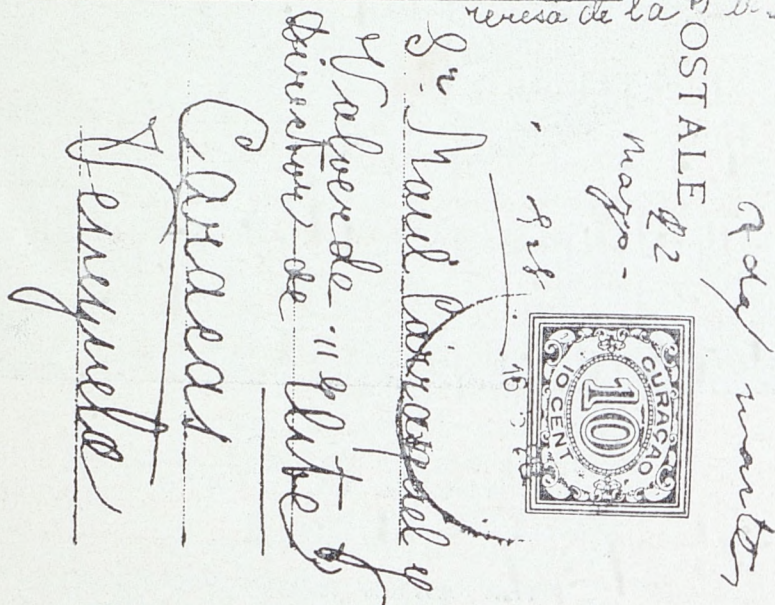
París - 1890-1936 - Madrid

ANA TERESA PARRA - SANOJO

Nació en París el 5 de Octubre de 1890, hija de **Don Rafael Parra Hernáiz** y de **Doña Isabel Sanojo Ezpelosin**. Era nieta del ilustre jurisconsulto guariqueño **Doctor Luis Sanojo**. - Murió el 23 de Abril de 1936, en Madrid, a los cuarenta y seis años.

AUTOGRAFO DE TERESA DE LA PARRA

Querido Señor: Antes de em-
barcarme telefoneé varias veces
afin de darle las gracias como
director de "Elite" por todas
las gentilezas que dicha revista
ha tenido para conmigo. Creí que
el transcurso de mi temporada
de Caracas le vería a usted en
algún sitio. Por eso no le he escrito
antes. Quijás hubiese podido encon-
trar informaciones y notas grá-
ficas interesantes que trasmitirle
para usted atentamente
Teresa de la Parra



Tarjeta - Postal enviada desde Curazao en Mayo de 1928
a Raúl Carrasquel y Valverde.



El Balcón de María Eugenia

Por **RAFAEL CARIAS.**

HAN querido los hados buenos que sea ahora, bajo el cielo de Caracas, cuando se publiquen completas estas cartas confidenciales, fechadas casi todas en París por nuestra primera y extraordinaria escritora.

Guardadas devotamente durante largo tiempo al cuidado del cariño familiar son entregadas al público, al que desde ahora pertenecen, por gracia y voluntad de Raúl Carrasquel y Valverde, mosqueteril Director de las Ediciones L.A.V.

Quien leyere con ánimo desprevenido este epistolario íntimo, podrá advertir en él algo más que un mero afán de confidencias al amigo lejano "perdido en la multitud"; algo que puede señalar el trayecto de doce años de amistad y el recuento de un itinerario espiritual; diríase también, el propio testimonio de lo que fueron para ella misma su vida y su obra.

Así, ruego que lo entiendan el querido lector y la gentilísima lectora, para que puedan amar mejor y saber muchas cosas propias de aquella noble inteligencia que yo tan estrechamente amara y siguiera.

Sobre la obra literaria de Teresa y sus méritos hay escritas abundantes páginas, pero no mucho sobre su

persona misma, sobre su carácter y delicados sentimientos. Por eso opino que la lectura de esta correspondencia puede contribuir al mejor logro de ese propósito y más aún, si es, como le parece a algunos, "superior en calidad a la obra literaria".

Cuando la vida le sonreía y la gloria la acariciaba, en todo el esplendor de su juventud y su belleza, le complacía a la dilecta amiga recordar desde París nuestros encuentros en Macuto siendo todavía una escritora inédita.

Fué en aquellos días inolvidables, cuando en compañía de Doña Emilia Ibarra de Barrios Parejo, nos deleitaba leyéndonos los manuscritos de *Ifigenia*.

Cuánta gracia nos causaban las travesuras de María Eugenia Alonso; con cuánto gusto participábamos de las razonables contrariedades de Abuelita y de tía Clara; qué regalo nos daba oír las ocurrencias de tío Pancho y las donosuras de Gregoria; con qué cariño consentíamos el inocente snobismo de Mercedes Galindo (*Semíramis*, la de los jardines colgantes); cómo fruncíamos el ceño cuando aparecía la figura de Gabriel Olmedo y cuando desfilaba tío Eduardo y sus hijos con nombres dobles; y en fin, cómo nos regocijaba ver aquel mundillo caraqueño de entonces arder en la parrilla del "Diario de una señorita que se fastidia".

Como nos interesamos tanto en la lectura, decidimos declararnos en sesión permanente: unas veces en el Parque de las Palomas, otras a la orilla del río de Macuto, cuando no a la hora de tomar el té en la casa de los Guzmán, sombreada por el enorme matapalo. El bello Macuto de aquellos tiempos!

Recuerdo bien que uno de los últimos Capítulos, titulado: "El lunes siguiente al caer la tarde", suscitó los más vivos comentarios, pues trata nada menos que de la frustrada fuga de María Eugenia con Gabriel Olmedo. Yo me aventuré a decir que ahí culmina el romance y se consuma el sacrificio de Ifigenia, pues fué en aquel terrible instante en que ella, con el alma en tinieblas, con la maleta en la mano ya lista para la fuga, es sorprendida por tía Clara que le sale como un fantasma al cruzar el oscuro pasadizo, y con aquella vela fatídica la alumbraba para decirle: "¿I qué haces aquí, María Eugenia? A estas horas!... pues... ¿estás de sombrero? ¡I con el abrigo nuevo de terciopelo!"

Al pensar que todo esto pasaba en vísperas de su matrimonio con César Leal, Teresa nos dijo que efectivamente aquel había sido un momento conflictivo y que le había costado trabajo sacar a María Eugenia del atolladero.

Algún otro comentario vino luego que dió ocasión para que Teresa nos confesara que todos los personajes de su novela, con excepción de María Eugenia, tenían caracteres tomados de entes reales, seres vivos, por supuesto bautizados con otros nombres y un tanto desfigurados, porque hay algunos de ellos tan parecidos a los que realmente son que me asustan — decía — y me parece que pueden comprometerme. Hay alguien que está en el secreto, añadió, pero no lo dirá, y veía a Doña Emilia con una sonrisa inteligente.

Una tarde me pasó los manuscritos para que yo leyese, pues deseaba oírse leer por otra persona que no fuese ella misma; y luego nos dijo con mucha gracia que tenía ganas de soltar la lengua.

Su palabra se deslizó entonces, cadenciosa, sobre diversos temas, como la salud, la familia, los amigos, las circunstancias que nos rodean, de las cuales, observó, "somos una parte a la vez efímera y eterna"; discurrió sobre el amor a todo lo creado, el amor panteísta, como el de San Francisco de Asís; habló de la gloria como algo condicionado y pasajero; del poder, la riqueza, los honores, como cosas deleznable, vanas y llenas de responsabilidades; y como inevitables y eternos, del dolor y la muerte.

Nuestra amiga nos dijo luego que la vida era hermosa, cualquiera que fueran las circunstancias; y que si el hombre en su breve proceso, mantuviera el propósito firme de elevarse sobre sí mismo, así como eleva altares al culto religioso, debía elevarlos también en su corazón a los más puros sentimientos humanos, como a la amistad en primer plano; la compasión a los débiles, a los vencidos, tanto como a las víctimas de su propia fragilidad.

Si cada uno supiera dignificar en sí los dones que recibe —agregó— como el talento, el valor, la voluntad y cuanto forma el carácter en el hombre; la gracia, la bondad, la belleza y demás nobles atributos, la mujer. Porque, por lo demás, la naturaleza vive dándonos lecciones que muy bien pueden aprovecharse en el arte de embellecer la vida...

Luego, de regreso a Caracas, continuaron las tertulias en casa de Doña Emilia, cerca de la Iglesia de Las Mercedes. Allí conocí a algunas de sus amigas; y juntos departíamos sobre cosas de arte, pues Teresa poseía una cultura extraordinaria que a todos nos cautivaba.

Una vez fué a dar la charla a los recuerdos de la infancia, a los cuentos de hadas y duendes; y nos causaba gracia lo que sabía Teresa de ese mundo imaginativo. El "otro yo" también vino a colación (ese ente misterioso que unas veces nos trata con bondad y otras veces con rudeza). Alguien recordó a J. Barbey D'Aurevilly que se despedía cada mañana de su doble, al cerrar tras de sí la puerta: "Au revoir, Barbey", y esto dicho como la cosa más natural del mundo.

Con una sonrisa investigadora me preguntó entonces Teresa con qué nombre distinguía yo a mi "otro yo"; y al punto le dije: tiene un nombre breve: Angel Ruíz. Aventuré luego a decirle que el de ella no podía ser sino María Eugenia. Ya en ese plan de confidencias nos refirió Teresa muchas cosas alegres y algunas tristes de María Eugenia, a quien le gustaba pasar largo tiempo en su balcón solitario contemplando el mundo, ver pasar la gente, oír lo que dicen y a ratos clavar la mirada en el cielo, y soñar con otros cielos, otros mundos y otro género de vida inefable...

Como es bien sabido, después de las confesiones de María Eugenia Alonso, vino el poema de Piedra Azul: "Las Memorias de Mamá Blanca", que fueron escritas a orillas del Lago Lemán, libro que es una verdadera joya de nuestra literatura criolla, juzgado sin parentesco con otros libros de la vida campestre venezolana, incluso "Peregrina" o "El Pozo Encantado", de Díaz Rodríguez y los cuentos admirables de Urbaneja Achelpohl.

No creo que haya mengua para la gloria y el éxito obtenido por Ifigenia, al decir que estas Memorias ahondaron más profundamente en el alma criolla, y si nó que lo diga aquel estupendo Vicente Cochocho. En

cuanto al estilo, basta decir que las Universidades de Washington y Chicago adoptaron el libro como texto oficial para el estudio del castellano tanto como para el conocimiento de la psicología y aspectos vivos de nuestro ambiente rural.

También cabe recordar aquí que nuestra genial amiga dictó tres conferencias en el Teatro Colón, de Bogotá, en las cuales describió la influencia oculta de la mujer en la Conquista, en la Colonia y en la Independencia. Fué este un valioso aporte al conocimiento de la acción social de la mujer en Venezuela. Yo he leído esas tres conferencias que deben ser editadas así como el epistolario completo de nuestra consagrada escritora.

Cuanto a las cartas que se recogen en este libro, pienso que harán reaccionar a los lectores según la sensibilidad de cada uno, mas estoy seguro de que muchos ganarán leyéndolas y les hará bien; otros, muy pocos, esquivarán exaltar su mérito intrínseco. Sin embargo, todos podrán gustar su fragancia exquisita, que ojalá los acompañe siempre...

Por lo demás, pienso que es fácil satisfacer la curiosidad de los que preguntan qué hacía Teresa cuando vivía en ese París adorable, después del triunfo literario. Una buena parte de esas actividades reflejan estas cartas: leía, estudiaba, escribía, tomaba notas marginales en libros de historia para su proyecto de escribir una vida íntima de Bolívar, libros en que un amigo pudo observar, no sólo "la presencia de un espíritu poético sino científicamente cultivado".

Ha querido mi buena suerte que en estos tiempos me fuera dado recorrer, como llevado por su sombra bienhechora, las mismas ciudades de Europa que ella

conoció, contemplar los mismos paisajes, visitar los lugares históricos y admirar las obras de arte perdurable que para Teresa fueran tan familiares.

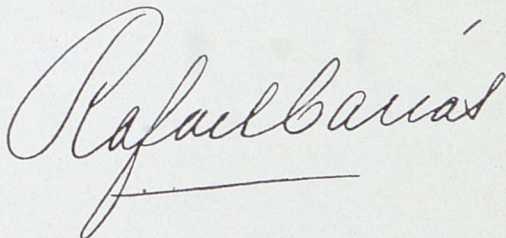
Cuando recibía estas cartas de la insigne escritora, confieso que sentía que me llegaban como un raro privilegio de su noble amistad, pero nunca pensé en que pudiera llegar el tiempo en que la gloria, con imperio arrollador, viniera a reclamar que se publicaran estas conversaciones escritas, que ahora llevarán a todos el calor humano de aquella original personalidad.

Hoy, cuando se quiere estudiar a fondo tanto la obra como el carácter de nuestra gran novelista, comprendo que su correspondencia será también una rica fuente de observación psicológica y de difusión cultural hecha en estilo de clara transparencia.

Un juicio sobre el mérito de este epistolario dentro de nuestra literatura, se expresa magistralmente en la hermosa carta que nos dirigió en Nueva York la brillante escritora y magnífica periodista **Gloria Stolk**.

Por ello pensamos que ningún homenaje puede ser más oportuno que este que rinde la mujer venezolana, por medio de uno de sus valores intelectuales más genuinos, a la esclarecida autora de **Ifigenia**.

Concluimos reiterando muy cordiales y cumplidas gracias a **Línea Aeropostal Venezolana** y a mis excelentes amigos **Rafael Arráiz** y **Raúl Carrasquel** y **Valverde**.

A handwritten signature in dark ink, reading 'Rafael Arráiz'. The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal stroke at the end.

Caracas: 31 de octubre de 1953.





*Carta de Doña ~~~~~
Gloria Pinedo de Stolk Mendoza*

Señor Rafael Carías.

Mi estimado amigo:

DEVOTAMENTE comparto su alborozo al ver realizado hoy un ideal largo tiempo acariciado por su corazón de amigo fiel y generoso: la publicación de las Cartas de Teresa de la Parra. Estas cartas bellísimas, llenas de profundas verdades y de melancólico filosofar que Usted una vez me confiara por largos días para su lectura despaciosa y saboreada, y de las cuales estaba Usted tan dulcemente orgulloso, tan tierna y enternecedoramente maravillado como lo está un chiquillo de una frágil y radiante mariposa que de pronto encuentra entre sus manos.

Que este tesoro que era todo suyo, estas alas palpitantes, vivas, ricas de mil matices e iridescencias, que son los pensamientos de Teresa vibrando en la red del estilo epistolar, pase a ser de todos nosotros, he aquí obra de verdadera cultura y auténtica devoción por las letras venezolanas. Todos habremos de estarle agradecidos a Usted por habernos dado a conocer esta nueva faz de nuestra Teresa: la epistolar.

Joven y un poco triste Madame de Sevigné, sin hijas en la Corte a quienes aconsejar sabia é ingeniosamente, encontró élla sin embargo, —en la sincera y abnegada amistad de Usted— un oído atento y emocionado donde verter sus pensamientos más delicados, sus preocupaciones y sus angustias cotidianas, sus íntimos desalientos, y al dejar correr así la pluma, en amistoso desgaire familiar, reveló, acaso sin proponérselo, un nuevo aspecto, —menos intelectual y más profundamente humano— de su magnífico talento de escritora.

Teresa de la Parra, rosa de los vientos, señala ahora un nuevo rumbo a la marinería soñadora de los que escriben. La Teresa de las cartas tiene la misma maravillosa claridad ática, la misma gracia traviesa, la misma profundidad ingenua de la protagonista de *Ifigenia*. Tiene además, un sentido trágico de la vida que aún no era evidente en "la señorita que se fastidiaba". Y qué profunda lección de venezolanismo real —a más de las muchas lecciones de real literatura— nos dá ella en estas cartas donde, joven, triunfadora, halagada por las "coteries" literarias del París de sus ensueños, viendo a *Ifigenia* figurar en francés con la misma gracia segura conque lo hace en castellano, empieza sin embargo a anhelar con amor cada día más acendrado a su Caracas lejana, suspira por "los paisajes verdes" y confiesa que "ermitaña algo laica", desea volver al "exotismo dulce del trópico" y pide a su vieja ciudad natal "un remanso de paz" para su espíritu prematuramente fatigado.

"Teresa en cuya sien el cielo empieza", como en los versos de Eduardo Carranza, toca ya en sus últimas cartas la eternidad clara en la cual solo las sensaciones

CARTA DE GLORIA STOLK

del alma, puras, transparentes y como desligadas de lo carnal, cuentan. Su sensibilidad de poeta, que siempre fué exquisita, ha llegado a alcanzar una acuidad casi dolorosa. Hiperestesiada por la blancura y el silencio reinantes en su Montaña Mágica, el alma de Teresa percibe los más tenues latidos de las otras almas que alientan a su alrededor, las intuye, las palpa, las comprende. Un infinito amor por todo lo creado, una inmensa piedad por todo lo perecedero, el aroma secreto y tenaz de una fé infantil casi olvidada, envuelven la estancia en la cual, la prisionera de las nieves, se desvanece élla también día a día, se hace leve, blanca, mínima.....

Cae la pluma por fin de los dedos pálidos y exánimes, y el espíritu de Teresa sube entonces a brillar, alto y lejano, en el cielo sereno del pensamiento. La opulenta y perfumada magnolia de nuestros jardines tropicales se ha convertido en una estrella. Florece ahora en el firmamento de los poetas, como uno de esos hermosos luceros del Sur que al cruzar el trópico en su esquiife romántico, señalara Heredia..... Y élla marca desde allí nuevos rumbos, abre nuevas estelas, a los que navegan el océano proceloso de nuestra literatura.

Créame su amiga sincera,

Gloria Stolk

Nueva York: 13 de Diciembre de 1952.



L. A. V.

EN SUIZA



Teresa de la Parra, a orillas del Lago Lemán, escribiendo "Las Memorias de Mamá Blanca" y preparando los apuntes del "Viaje por España". — Octubre, 1927.

EN SUIZA



Teresa de la Parra en Courseaux: A orillas del Lago Lemán.

EN ESPAÑA



Teresa de la Parra, con mantilla, en la Semana Santa sevillana.

EN UN LUGAR DE LA MANCHA...



En Luján, cortijo de la Infanta Paz, en plena Mancha, donde Teresa pasó una semana.
En el centro, la Infanta Paz; a la derecha, la Infanta Pilar; a la izquierda, la señora Roca de Togores; de pie,
el Príncipe Adalberto y Teresa de la Parra.

EN SUIZA



Teresa de la Parra con Manuel V. Madriz y su médico el doctor Jacquerod en las montañas de Leysin, cerca del Sanatorio.

ESCLAVA DE LAS NIEVES, EN SUIZA



Teresa de la Parra, en el Grand Hotel de Leysin, Sanatorio de tuberculosos, "Esclava de las nieves" — Febrero de 1932.

EN SUIZA



Teresa de la Parra, Manuel V. Madriz y otros amigos en la Terraza del Sanatorio, Leysin.

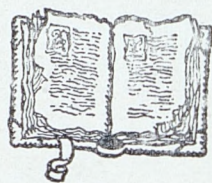
TRIUNFADORA EN FRANCIA



Teresa de la Parra. — París, 1925.

Leresa de la Parra

Epistolario ~~~~~
~~~~~ Intimo







**RAFAEL CARIAS**

(ANGEL RUIZ)

París - 1952.



# Cartas \_\_\_\_\_ a Rafael Carías

## I

### *Completo Ayuno de Literatura*

**C**ON muchísimo gusto he leído sus dos cartas tan simpáticas y llenas de interés. No le había contestado antes porque estoy en completo ayuno de literatura: (ni leo ni escribo una palabra) y además porque quería darle algunas noticias sobre su amiga María Eugenia, por quien tanto se interesa.

Desgraciadamente nada puedo decir aún en definitiva. Siguiendo mi programa de Caracas, al llegar presenté el libro a la Casa Editorial en donde se celebra el concurso anual de la novela hispano-americana. El veredicto debía darse en Diciembre y por falta de organización ó por no sé qué, es la hora en que no se ha dado todavía. Sé que mi libro, junto con nueve más, ha sido escogido entre trescientos llegados; sé que se halla en lectura y que ha gustado mucho; no obstante, no he logrado averiguar quiénes son los miembros del Jurado este año. García Calderón, que era Director de la casa y fué miembro del Concurso del año pasado, me ha asegurado varias veces que de haber enviado el libro al último concurso habría obtenido el premio sin



duda alguna. También él tiene gran predilección por María Eugenia, a quien solo ha visto hasta la fecha en el corral con Gregoria y las gallinas; el libro completo solo lo conoce usted y Parra Pérez que se lo llevó a Suiza para leerlo y de quien aún no he recibido cartas. Voy a darlo a García Calderón, Zérega y Zaldumbide, quienes también profesan gran cariño a la fastidiada señorita que por lo visto no era tan difícil de casar como ella creía.

Así pues el libro está aún en el mismo estado que en Caracas gracias al mutismo y "hermetismo" de la Franco-Ibero.

Hasta Mayo estaremos en París, luego pienso hacer editar el libro en Madrid, prescindiendo del Concurso, y entonces puede estar seguro de que el primer ejemplar será el que le mande a usted. Estoy curiosísima por conocer ese juicio crítico del cual me habla en sus cartas.

A pesar del olvido en que ha estado sumida mi literatura el cuento *La Mamá X*, aparecerá traducido por Mauclair (primo del escritor muy conocido) en una revista de París.

Aún cuando, como le digo, parece que perdiese el tiempo lejos de toda vida de contemplación interior, la aprovecho muchísimo en otro sentido: es cierto que abuso un poco del baile en los dancings, de los tacones de 7 centímetros, de los "cloches" muy ceñidas a la cabeza y de los vestidos "fourreau", cosas todas que me consumen un tiempo precioso; pero en cambio, visito ordenada y metódicamente todos los lugares, museos y monumentos más interesantes del viejo París.



Tomo clases de declamación y de dicción francesa, con Mme. Moreno una de las más atrayentes ex-actrices de Francia, voy á algunas conferencias interesantes de la Sorbonne y de la Universidad de los Anales donde he oído a Gyps; a Colette; a Linayre y otras celebridades masculinas y femeninas de la literatura contemporánea. Por lo tanto creo que, de semejante combinación de elementos, algo provechoso habrá de salir algún día.

Me habla de sus proyectos de viaje a Europa; aún cuando no sé en qué forma y por cuanto tiempo se realice ese viaje creo que para todos los venezolanos nos es indispensable, no solo por recibir un baño visual de cultura sino porque, además, perdemos en lo sucesivo esa desazón terrible por el más allá desconocido, restos quizás de un misticismo anterior y subconsciente.

No olvide de tenerme siempre al corriente de cualquier acontecimiento notable, literario ó no literario, que pueda interesarme; como le he dicho ya, ni escribo ni recibo cartas de Venezuela, por lo tanto nada sé. La boquilla "Mercedes Galindo", me acompaña siempre; no sabe con qué fidelidad me sirve.

Emilia me encarga mil recuerdos. Délos en mi nombre a G. y los niños, y reciba mis mejores votos por su éxito y buena suerte que tanto se merece.

*Ana Teresa.*

París: Marzo 2 de 1924.



## II

### *Bello Destino Floreecer en Silencio*

**A** CABO de recibir su carta después de haber recibido en París el radio que le agradecí muchísimo.

Me alarma la noticia de que no hayan recibido usted y G. mi libro dedicado y una larga carta en que le pedía me tuviese al corriente de las andanzas de Ifigenia. Hoy me interesan casi más las críticas que los elogios. No deje de referírmelos todos. Aquí ha tenido el libro mucho éxito en los círculos de habla española y franceses que conocen nuestro idioma.

Creo decididamente que Ifigenia tiene "sangre ligera" como dicen en Caracas. La traducción no ha empezado por abandono de mi parte. Para la edición francesa es indispensable reducir y ¿qué le corto a María Eugenia? El pelo y el vestido los tiene ya cortísimos..... habrá que privarla de un brazo ó de una pierna y estoy en el "embarras du choix" no sé qué será peor si dejarla coja o manca.

Estoy en Suiza desde hace unos veinte días. Hago una vida de reposo espiritual con excursiones en vapor



o automóvil que me han hecho gran bien. En París, no solamente no escribo, sino que tampoco leo una línea. La diversión agitada que me aleja de mí misma me causa un malestar inmenso; qué distinto del aburrimiento suave, poblado de ensueños y de ansias de ideal.

Pienso ir a Italia en Octubre o a mediados de septiembre, con Isabel. Luego volveré a París para ir a la Cote d'Azur con mamá y María mi hermana. Nada de instalaciones, ni de matrimonio; a correr, a errar, hasta que me rinda el cansancio y vuelva quizá a escribir.

Le escribo a orillas del lago, en un poético restaurant en pleno campo donde se oye una orquesta mientras se miran pasar lanchas y vaporcitos, todo ello dentro de un paisaje de tarjeta postal, lo más cinematográfico del mundo. Yo, vestida de blanco, me siento, por fin, una "heroína romántica".

Mil gracias por la enumeración de sus impresiones; mil gracias también por su recuerdo a Emilia cuyo cariño pasa sobre cada una de las páginas de mi libro, como un perfume inolvidable de tiempos pasados.

Le envío ese artículo publicado en "París-Times" sobre mi libro. Si no se conoce aún en Caracas, el de Daireaux, hágalo publicar. Si se conoce o si se ha hablado demasiado del libro, resérveselo para usted. Como le he dicho ya, le repito sin falsas modestias, que le temo más a los elogios que a la censura. Es tan bello destino, florecer en silencio!

Muchísimos recuerdos a G., a los niñitos, y para usted toda la simpatía de su afectísima,

**Teresa.**

Bellerive: Agosto 21 de 1925.



### III

## *Se parecen a Todo el Mundo*

**S**ACE pocos días le escribí una larga carta contestación a la suya en que le daba mis más expresivas gracias por el abrazo de bienvenida que le dió a su vieja amiga María Eugenia.

Hoy le escribo para ocasionarle algunas molestias. Culpa de ello es el gran cariño tan sincero, tan desinteresado que tanto usted como G. me demostraron en Caracas. Tengo en usted una confianza plena, ilimitada. Esto me inclina a dirigirme a usted antes que a cualquier otra persona, aún las de mi familia, y mi gusto hubiera sido, a no mediar circunstancias especiales, el dejar mis asuntos entre sus manos. Creo que hubiese tenido cierto gusto en molestarse venciendo dificultades. Me equivoco? Yo pienso que no.

Ruégole ponerse de acuerdo con Duarte, a fin de encontrarle colocación a la suma que tengo depositada en el Banco Caracas. Ya le he escrito a Duarte anunciándole que iba a dirigirme a usted pidiéndole este favor. Créame que se lo agradeceré de veras.

Sigo en Ginebra; un tiempo delicioso y un movimiento extraordinario con la apertura de la Sociedad



de las Naciones. Todos los "grands Bonnets" (ó grandes cacaos, como decimos allá) de la política, se encuentran aquí. Excuso decirle que sólo pienso verlos reunidos una o dos veces en solemne asamblea. ¡Es lamentable como se parecen a todo el mundo; pero es interesantísimo el contemplar tanta solemnidad inútil. Como delegado de Venezuela he visto a Zumeta que se encuentra entusiasmado con las tristes alegrías y alegrísimas tristezas de María Eugenia Alonso. Le dije naturalmente que era una hija ya emancipada, cuyo succés me interesa cada día menos. Que era en Caracas, cuando todavía bajo mi tutela recibía flores fragantes en su retiro conventual, cuando me halagaba mirar sus poquísimos pero sinceros admiradores.

Mil cariños a G. y los niñitos, y para usted, querido amigo todo el afecto, toda la sincera amistad de su amiga,

**Teresa.**

Geneve: 7 de Septiembre de 1925.





## IV

### *Abuso de los Nombres Dobles*

**E**NCANTADA con el honor que me hacen. Acepto desde luego el madrinazgo y bendigo a mi futuro ahijado á quien deseo mucha alegría, mucha salud y muchísimo dinero para el camino que acaba de emprender.

Supongo habrá recibido Carías mis cartas anteriores, con todas las correspondientes impertinencias.

Me parece muy bonito el nombre de mi ahijado, pues aunque en el libro critiqué el abuso de los nombres dobles me gustan mucho cuando están bien llevados. Supongo que mi ahijado habrá de llevarlo divinamente. ¿Qué edad tiene?

Creo que no habrá de necesitarse más fórmula que ésta carta para que su hermana me represente en la ceremonia del bautizo.

Mil cariños a toda la demás familia, y para usted las gracias y toda la simpatía de ésta amiga afíma.,

**Teresa.**

Geneve: 25 de Septiembre de 1925.



## V

### *Tantas Idas y Venidas*

**S**UPONGO que habrán recibido la carta en la cual les daba las gracias por ese ahijado que acepté de todo corazón, y para quien deseo una vida colmada de éxitos.

Por este mismo vapor se embarca el Señor Tomasi que ha de llegar según creo al Hotel Palace. Con él le remito a mi ahijado un recuerdito del bautismo. Quiero que en la medalla le hagan grabar esa fecha bajo sus iniciales.

No dejen de avisarme si han recibido ésta carta. Díganme también la edad del ahijado, pues con tantas idas y venidas no recuerdo si nació antes ó después de mi viaje á Caracas.

Yo quisiera que Carías dijese con toda la franqueza que le he demostrado siempre, si está dispuesto a encargarse de la administración de mis bienes. Esto se lo pregunto en completa reserva y como cosa, no segura sino posible.

Mil cariños para todos los niños muy especialmente para mi ahijado y soy de ustedes afectísima,

**Teresa.**

París, noviembre, 1925.





## VI

### *La Alegre Vanidad de los Trapos*

**D**ESDE mi llegada a París estaba por escribirles, pero los días que no pierden nunca la costumbre de correr como locos, me han traído hasta aquí con las manos ociosas; ni literatura, ni cartas, nada!

Espero que hayan recibido mi libro, son ustedes (que lo tuvieron en sus brazos recién nacido) de los pocos amigos a quienes lo he enviado. Hasta ahora no puedo quejarme del éxito obtenido. No dejen de tenerme al corriente de cuanto comentario favorable ó desfavorable despierte en Caracas. En el fondo es el único público que verdaderamente me interesa. Lo demás es vanidad, y si en París me he apegado un tanto a la alegre vanidad de los trapos, cada día, en cambio me despego más de la vanidad literaria. La encuentro lúgubre, incómoda y llena de responsabilidades. "Taches d'être belle, et tais-toi" que decía no sé quien, es actualmente mi regla de conducta. Desgraciadamente es difícil ser bella; pero me desquito con la segunda; callándome. Es por eso quizá que nada escribo.



¿Como están los niños? y los otros niños?, es decir los negocios y proyectos de Carías?. No saben que sinceramente les deseo toda alegría y toda prosperidad.

Espero con impaciencia sus cartas. Escribame aquí, a París, al Vernet, o a la Legación que ya me enviarán la correspondencia donde me encuentre.

Reciban los afectuosos recuerdos de esta amiga muy sincera.

**Teresa.**

París, julio 14, 1925.





## VII

### *Como el Judío Errante*

**R**ECIBI su carta y el juicio crítico del Doctor Lisandro Alvarado tan erudito y filósofo como incomprensible. Mi juicio a su juicio fué ésta exclamación llena naturalmente del respeto que me merece: Por qué no lo escribiría en griego de una vez? — No nos hubieramos comprendido mutuamente, él por hablar demasiadas lenguas muertas; yo, por relatarlo todo en esta pobre lengua viva conque pedimos y comemos el pan nuestro de cada día. Así habríamos estado seguros de no debernos nada ninguno de los dos.

Continúo como el Judío Errante; pasé tres meses en París, ahora estoy en la Cote d'Azur, entre Cannes y Niza, con mamá y María. Vine a bautizar mi segundo ahijado el baby de esta última; quien a pesar de estar presente no me ha hecho olvidar al ausente.

Tengo tan abandonada la literatura que no me traje de París varios juicios críticos sobre *Ifigenia* que pensaba remitirle. Va esa crónica literaria sobre Hispanoamérica que es interesante y en la cual me nombran. Si no se ha publicado en Caracas le agradecería la enviara al Universal.



---

EPISTOLARIO INTIMO

Mil besos a mi ahijado, muchos saludos a G. y los  
niñitos y para usted los más afectuosos recuerdos de su  
sincera amiga,

**Teresa.**

Juan-les Pins: Marzo 1º de 1926.





## VIII

### *Mis Primeros Oyentes*

**N**O sé cómo pedirle excusas por lo que tardo en contestar su última carta. Mil gracias por la traducción e inserción en "Elite" del artículo de Dairoux. Me ha parecido muy bien. Vi su retrato en el mismo número de la revista, Secretario del Congreso. Mis felicitaciones.

Conservo en efecto la carta que me escribió usted al devolverme el manuscrito de *Ifigenia*. Fué el primer juicio crítico sobre el libro; nunca olvidaré la emoción que me produjo su entusiasmo y aquella seguridad con que afirmaba el éxito de *Ifigenia*. Era usted mi primer lector y el único que la leyó en manuscrito. Su carta fué la primicia y fué mucho más del diezmo del éxito, ya que por este camino del éxito son los primeros pasos los que nos conmueven, los únicos que nos hacen saborear un poco eso que llaman gloria, que a mí se me antoja ahora parecida al maná; es un gran favor, viene del cielo y no sabe a nada!

Qué diferencia los elogios del público y de los críticos a la mirada de interés, a la risa de alegría y satisfacción con que oía Emilia, por ejemplo, al caer de la tarde, todo lo escrito en el día. Si pudiera conservar



esas emociones que me causaron mis primeros oyentes cómo las conservaría y qué puesto de honor les daría por sobre todas las críticas publicadas después. Su carta tiene ese puesto de honor y lo guardará siempre.

Sabe que estuve a punto de embarcarme para Panamá invitada por el Gobierno de Venezuela a ocupar un puesto en el Congreso de Mujeres? Hubiera pasado por Caracas antes de volver a Europa. Pero todo llegó tarde y me faltó tiempo material para irme. Creo que iré a Caracas en Noviembre y pasaré allí algunos meses.

No se preocupe por mi dirección; escríbame a la Legación que allí me remiten las cartas.

Mil cariños a G., besos a mi ahijado y a sus hermanitos y para usted de nuevo mis expresivas gracias y mi sincera amistad,

**Teresa.**

París: Junio 21 de 1926.





## IX

*No se se Tr No Tr*

**L**E recibido su carta del 10 de Diciembre con las cuentas y letras correspondientes, el regalo en efígie de mi ahijado, los libros de Juan Vicente González, Cecilio Acosta etc., que dí a empastar enseguida pues los quiero tener listos para cuando instale mi biblioteca que será pronto; ya estoy harta del hotel. Usted me colma de atenciones sin que yo haya respondido hasta ahora sino con mi agradecimiento.

Estoy ocupadísima. Tengo á un tiempo, la segunda edición de *Ifigenia*, la edición de las *Memorias* y la traducción francesa de ambos libros. A todas éstas, por la informalidad, descuido, abandono y mala fé de mi editor, he tenido que tomar los libros por mi cuenta, lo cual me ha costado numerosas discusiones que no han terminado aún. Me habían editado a *Ifigenia* en una forma y papel que no puedo aceptar. A fin de recuperar mis derechos he decidido pagar el papel inutilizado y reeditar el libro a mis expensas.

Estoy invitada al Congreso de la Prensa Latina que tendrá lugar en La Habana. Estoy indecisa; no sé si ir ó no ir. Ya le avisaré por cable.

Con mis mejores saludos para G., besos a mi ahijado y demás niñitos soy su affma.,

**Teresa.**

París: Enero 17 de 1927.



X

*Con Monsieur Tout Le Monde*

**S**U carta me encuentra ocupadísima, pues me voy dentro de unos días a Cuba con invitación del Gobierno cubano para asistir al Congreso de la Prensa Latina.

A mi regreso me ocuparé de buscarle los datos que me pide. — Creo (por Elite) que allá deben haber abusado de la palabra vanguardismo que trasciende a criollismo. — Aquí siempre se ha dicho "avant garde", como usted sabe, pero no estoy enterada de que designe una escuela especial. — Hay en todo eso, a mi entender, (me refiero a las pseudo-nuevas sensibilidades) mucho esnobismo, mucha originalidad forzada anti-original.

Yo soy un poco impermeable a todo eso. Me encanta el buen pan nuestro de todos los días y me gusta caminar entre la multitud gris, del brazo de "Monsieur tout le monde" que tiene un admirable buen sentido y es reposante.

Le escribiré largo de a bordo. Regreso pronto. Escribame siempre aquí y no tema desarrollar nubarrones



y brumas espirituales. — Como los paisajes, soleados o grises, todos tienen su encanto cuando se miran bien.

Muy desabrido ha estado con mi capítulo de las Memorias, ¿le gustó o nó? Sé que sí le ha gustado, y le pregunto como las niñitas, para que me lo diga.

A mi ahijado mil cariños, lo mismo a G. y todos los suyos.

Su afma. y siempre agradecidísima,

**Teresa.**

París, febrero 26 de 1927.





## XI

### *Me Gusta Andar en los Calvarios*

**M**IL gracias por su carta, informes y recortes. Todos me han interesado y sacudido un poco puesto que de nuevo me han hecho escribir y, lo que es más curioso, me han hecho releer las críticas de *Ifigenia* con un interés fresco, lleno de sabor. Todo es relativo, y es sólo cuando hemos sentido la voz agria de la censura y del reproche que llegamos a apreciar, por la fuerza del contraste, la dulzura de la comprensión.

Según veo, en Caracas, por lo general, no han acogido con cariño mi novela. Esto no puede herir en absoluto mi amor propio de escritora, puesto que para piedra de toque tengo los demás públicos de habla española, que han sido, no gentiles sino archigentiles, encantadores, y no puede usted imaginarse lo que son los lectores franceses. El caso de Caracas, pues, lejos de herirme, me interesa y me permite hacer observaciones muy curiosas. Hay en Caracas, como en casi toda ciudad pequeña, un microbio de envidia que nace en el organismo de un envidioso y gracias a sus condiciones virulentas, invade por contagio los organismos incapaces



ces de producir envidia; a los nó envidiosos. Yo recuerdo haber visto en Caracas muchas de estas epidemias. Cuando Villaspesa escribió su drama "Bolívar" (de mayores o menores méritos literarios) en Caracas, en vísperas ya del estreno, se le consideraba, gracias a la virulencia de la pandemia, como a una especie de monstruo, y este sentimiento se veía en contagiados, sanos de espíritu, incapaces de sentimientos pequeños, ni rivalidades literarias. Lo curioso es la exaltación que los domina.

Yo recuerdo un amigo excelente, de magnífico corazón, que temblaba de furor al hablar de ciertas muchachas, inocentes snobs que decían tonterías bien pronunciadas en francés y en inglés ¿qué era? Pues nada más que un caso de peste. Alguien a quien quiero entrañablemente tuvo una vez contagiada también contra una amiga mía. Cuando luego pudo comprobar el verdadero carácter, noble y sincero, de aquella alma joven, me decía: que razón tenías, que distinta idea me había formado de ella! Yo tengo un temperamento que lejos de dejarse invadir por esos contagios, reacciona contra ellos, por un violento espíritu de contradicción. Todos esos perseguidos han sido siempre mis grandes amigos; me gusta andar en los calvarios y estoy segura de que, extranjera en Jerusalem, sin saber de qué se trataba, me hubiese unido al grupo de las santas mujeres.

Otra cosa que me parece descubrir contra Ifigenia es ésta: el de no sentir allá la verdadera intención de la ironía. ¡En nuestros medios suramericanos, y por regla general en casi todos los de habla española, la literatura es frondosa; en un torrente de palabras retumban-



tes se elogia o se insulta; es siempre el ditirambo ó la diatriba, ambas cosas nacen del mismo tronco y son igualmente fáciles y de mal gusto. En Venezuela, por ejemplo, no existe (afortunadamente) el género diatriba puesto que no hay oposición; pero por el mal gusto conque elogian algunos, se adivina todo el mal gusto que pondrían al insultar. La ironía, pues, se falsea siempre en nuestro medio, se la exagera, se la deforma, la rebajan a la categoría de insulto, la consideran insulto atenuado y nada más. La verdadera ironía no es ésa. La verdadera ironía, la de buena ley, como digo en mi artículo anterior, es aquella que al igual de la caridad bien entendida, empieza por si mismo; la que debe tener siempre una sonrisa de bondad y un perfume de indulgencia. Pero ni este perfume lo siente todo el mundo ni tampoco ven todos la sonrisa. La ironía es algo muy distinto de la burla cruel de los vulgares.

Una vez yo dejé de tratar a unas personas porque habían tenido la crueldad y la vulgaridad de burlarse de un sombrero, ridículo es cierto, que, hecho por ella misma, llevaba puesto una muchacha muy pobre. Yo creo que un sombrero ridículo hecho por una muchacha pobre y puesto en su cabeza, es un poema respetable y bellissimo. En cambio ¿qué de cosas divertidas pueden decirse de un sombrero comprado en casa de Talbot, por ejemplo, si en su extravagancia ha costado 1.500 francos! Me parece que en ciertos medios de Caracas, por incomprensión, han calumniado mi libro; lo han hecho pasar de la clase ironía indulgente a la clase burla cruel, equivocados y heridos en un amor propio patriotero. Yo recibí una vez carta de un amigo



rogándome que suprimiese para una segunda edición las impresiones de María Eugenia Alonso al entrar en Caracas. Sobre todo aquello de las "casas chatas", le parecía la más espantosa falta de patriotismo. En cambio un escritor español muy inteligente y artista, me decía a propósito de esas mismas impresiones "qué delicia, qué encanto debe ser ese Caracas con sus casas chatas, con patios y con ventanas a la calle"! y me aseguraba que a través de las malas impresiones de María Eugenia Alonso había visto una ciudad sentimental y encantadora. El artículo de "Fantoques" corresponde a la incomprensión del primer caso, lo mismo en lo referente a las casas chatas que en lo referente a las severas costumbres sobre las cuales se insolenta María Eugenia Alonso. Todo eso para el que sabe ver está tratado con muchísimo cariño. Resumiendo: creo que la hostilidad de Caracas contra Ifigenia es debida a la envidia-pandemia, a un exagerado patriotismo y a la incomprensión de moralistas de criterio estrecho.

Hay muchísimo también de "rivalidad de camparino". Afortunadamente que yo trato de libertarme de todo ésto. Si me hubiese dejado invadir por el resentimiento, por la decepción, por esa herida terrible que nos hace la injusticia, herida que se cierra para siempre con olvido, con desprecio y con desdén; si al igual de otros muchos y muchas exclamara desde aquí, desde mi independencia gratísima de París lo que ellos exclaman: "Qué país de ingratos y de esclavos es aquél!", estaría perdida. A través de todas las injusticias que puedan hacerme en Caracas, yo preservo como un tesoro mi cariño a Caracas. En arte "lo propio" es la cantera de donde se saca todo. — Esta invasión de



idiomas y de costumbres en el espíritu son fatales a la producción literaria. Los que se dejan llevar por esa corriente no producen sino cosas grises y desteñidas. Pero esa corriente bien utilizada puede tener en cambio, una gran ventaja; la de hacernos sentir por contraste el sabor especial de las cosas propias. El que cree conocer a su tierra porque nunca ha salido de ella se equivoca. Es viajando como podemos conocer nuestra tierra, viajando y tratando íntimamente distintas personas. El que después de hacer un largo viaje en esc forma, dijera al volver a su tierra: acabo de hacer un recorrido en mi país, ahora lo conozco, diría una cosa muy exacta. Yo no me siento capaz hoy día de escribir sino "cosas criollas". Una novela escrita por mí que ocurriese en París, sería tan lamentable que no la acabaría nunca. Sin embargo, estoy sintiendo ya un libro, un libro de allá, que me está brotando y creciendo en el alma. No quiero de ningún modo que el rencor y la decepción me esterilicen el alma. ¿Qué importa que en Caracas no me aplaudan si de allá tomo los materiales necesarios para hacerme comprender en otras partes?

Como verá por lo que digo en mi último artículo y por esas críticas que por indulgencia o por temor de aparecer buscando réclame no había nunca hecho publicar en Caracas, Ifigenia tiene, sin que sea vanidad el decirlo, un éxito inmenso que a veces me deja temerosa y angustiada. A los franceses más que a nadie les gusta sobre manera. No hay suramericano en París que no la haya leído o no la quiera leer. Los fragmentos franceses fueron un verdadero éxito. De la novela española le contaré esta anécdota con la amistad sin-



cera que me permite hablarle de estas cosas sin parecer ridícula.

Hace varios meses se dió en París, una fiesta de caridad. Muchos escritores franceses y suramericanos mandaron sus libros firmados o los firmaban en la misma fiesta. Yo mandé seis ejemplares de *Ifigenia* como hicieron todos los escritores. La víspera de la fiesta la organizadora, que era la Ministra del Perú, me avisó que los seis ejemplares míos estaban ya vendidos junto con seis más que no había podido entregar por no tenerlos. Mandé pues una docena: los seis ya vendidos y los seis para la fiesta. Cuando al día siguiente llegué a la recepción, ¡gran crisis en la venta! todo el mundo quería a *Ifigenia*. Tuve que mandar a buscar tres docenas más que se acabaron mucho antes de acabarse la fiesta, mientras los demás libros llenaban las mesas.

A la Infanta Eulalia, la tía del rey de España, que tiene un espíritu encantador y es escritora, le gustó tanto *Ifigenia* que hizo que me llevasen a su casa, me dió un té, me colmó de cariños y atenciones, contó delante de todo el mundo la risa inmensa, las carcajadas que la habían acometido al leer en *Ifigenia* la escena del calado con el mantel y la discusión. Según parece era de noche, estaba en su cama leyendo y su camarera al escucharla reír de tal modo vino alarmadísima a ver qué le pasaba. Era que se estaba imaginando la tertulia descrita por tía Clara, escandalizada y sorprendida. (La que espanta en Caracas a tantos moralistas!). Y es que para comprender la verdadera intención que cada cual pone al decir las cosas no basta a veces el ser inteligente, hay que haber visto pasar junto a sí los innumerables matices que ofrecen las diversas clases



sociales y las diversas nacionalidades. Las personas de pueblo, los provincianos son muy suceptibles, se imaginan siempre que son blanco de las burlas, y en Caracas hay mucho espíritu de pueblo. Pero hay también otros y sé muy bien que allá tengo verdaderos y grandes amigos, como ustedes.

No deje de tenerme al corriente de las cosas. Mucho le agradecí el último artículo que me envió. Como verá, ya lo contesté. Voy ahora a escribir una crónica mensual para "El Universal" de Caracas. La traducción francesa está ya terminada y creo que está muy bien. No sé si le conté que la traductora al igual de "Angel Ruiz" me escribió pidiéndome la traducción, demostrándome así su gran cariño por el libro. Yo tuve una buena corazonada y le pasé la traducción que había comenzado Marius André y que, como toda traducción que vá de prisa, dejaba mucho que desear. Este cambio la ha retardado de año y medio, pero creo que está muy bien.

Hace mucho rato que le escribo pero estoy con gripe, en cama y me he lanzado como vé, pluma en ristre, sin tener cuando acabar. Supongo quien es esa parienta que me "hace la guerra". Me parece que la veo y me divierte imaginarme lo que dice. En el fondo es inteligente y de muy fácil palabra: creo que es la reina de la maledicencia amena de Caracas. Nació para un brillante destino y hubiera sido una gran conferencista. En el fondo le guardo cierto agradecimiento, pues viviendo cerca de mi casa, en una época, distrajo muchas de mis tardes tristes y vacías con el fuego artificial de sus historias. Si a costa mía distrée



## TERESA DE LA PARRA

---

otras personas, cumple hasta cierto punto con una obra de misericordia.

Como le decía téngame al corriente de las cosas y de los comentarios que se publiquen. Cuando no tenga tiempo para escribir, envíeme sólo los recortes, claro que con sus cartas me interesan más. No conozco esa crítica de Angélica Palma. Si se publicó en Caracas y pudiera conseguírmela se la agradeceré mucho.

Como verá, esta carta es una especie de borrador: me olvido de la mitad de las palabras y corrijo siempre al releer. ¡Costumbre de mis años literarios!

Mis hermanas me encargan que lo salude lo mismo que a Guillermina para quien es también esta carta. Mil cariños a mi ahijado y a todos los demás niñitos, y para usted mi buen amigo, toda la simpatía de su afectísima y sincera amiga,

**Teresa.**

París: Marzo 5 de 1927.





## XII

### *Entre mi Familia y mis Buenos Amigos*

**C**OMO sabrá por mi hermana Elia, pienso, terminado el Congreso de la Prensa Latina, ir a Caracas, a fin de permanecer allá algunas semanas entre mi familia y mis buenos amigos.

Ya le contaré de palabra lo interesante que ha sido para mí este viaje y las demostraciones de simpatía que he recibido de todos. El Congreso estaba formado por un grupo de escritores de la élite europea, franceses en especial, que han sido gentilísimos.

Aquí recibí, enviada de París, su carta del 7 de Febrero, con la letra correspondiente, que me ha venido muy bien. Mil Gracias. Hasta pronto pues!

Con mis mejores saludos para G. y todos los niños especialmente para mi ahijado, soy su affma.,

**Teresa.**

Habana: Marzo 22 de 1927.



## XIII

### *La Influencia Oculta de la Mujer*

**L**E escribo con lápiz y a todo correr, dispénseme, porque quiero que esta carta tome el vapor que sale hoy vía Colón.

Le envié en días pasados un cable rogándole me remitiese a la Habana las últimas letras que estuviesen en su poder, pues me vendría bien contar con esos fondos. Habíale dado mi dirección en carta anterior. Salgo el 6 de Mayo vía Buenaventura hacia Bogotá bien acompañada con familia distinguida colombiana. No sé aún el tiempo fijo que permaneceré allá ni si regresaré pasando por Venezuela. Puede escribirme a Bogotá al cuidado de Luis Eduardo Nieto Caballero, director de "El Espectador", Bogotá. Por vía aérea ó sea con dos sobres dirigiendo el primero a la Compañía de Correo Aéreo "Colombo-Alemana", Barranquilla, con franqueo corriente y dentro de este sobre la carta con sello aéreo que debe haber en Caracas.

El día 23 debuté aquí de conferenciante con un éxito que no me hubiera nunca atrevido a esperar, un verdadero homenaje. Fué mi tema "La influencia oculta de las mujeres en la Independencia del Continente



y en la vida de Bolívar". No envió la reseña de los periódicos, pues quien la hizo, de memoria sin duda, la llenó de errores. Espero que no se publique ni allá ni en Colombia. Si se hiciera, ruégole haga publicar mi advertencia.

Le agradecería telefonease a Elia ó a mis hermanos dándoles noticias de mi conferencia y de mis proyectos de viaje, pues no creo me sea posible hacerlo por este correo.

A mi ahijado mil besos y muchos cariños a G. y demás niños. Para usted todo el aprecio de su afma.

**Teresa.**

Habana: Abril 25 de 1927.





## XIV

### *Amar con Fé a Dulcinea*

**D**E viaje por España recibí sus últimas cartas y su cuento de carnaval que me gustó muchísimo; lo mostré a otras personas que también lo elogiaron y fué tema de una conversación animadísima; hablamos de las tendencias de nuestra literatura y vimos que el tipo del "blasé" ó desencantado tipo realista en nuestro medio predomina siempre en ella. Vivimos despegados del ambiente y el ambiente exportado es venenoso y ficticio. Miranda fué el primero de los desencantados y planteamos el dilema; ¿los viajes en los cuales se exporta cultura, cultura que retoña en desencantos, son más útiles que perjudiciales, ó más perjudiciales que útiles? Ese problema es el de todos los suramericanos. Yo creo que la manera mejor de resolverlo es haciendo lo que hizo el héroe de su cuento; irse, no hacia afuera sino hacia adentro con libros y ensueños para amar con fé a Dulcinea, ansia de algo que queremos alcanzar al embarcarnos en los trasatlánticos.

Pasé un mes en España encantador. — Semana Santa y Feria en Sevilla; luego Extremadura tras las huellas de los Conquistadores leyendo a Cieza de León



y a López de Gómara, cronistas de la época que son una delicia. Fuí a Trujillo, a Cáceres, Mérida, el Monasterio de Guadalupe; luego fuí a Avila tan llena de Santa Teresa, el Escorial, Toledo, Cuenca y pasé unos días en casa de la Infanta Paz en su hacienda de Luján, llena de color y de interés. Fué como viajar a través de los siglos. Es la manera de visitar a España, buscando lo hondo y no la superficie que naturalmente en confort y fácil agrado deja que desear.

Me vine llena de buenas resoluciones, rebosando deseos de escribir, pero al llegar a París me encontré conque todo el mundo andaba ya con los claros vestidos de verano, que los restaurants del bosque estaban ya abiertos y que no tenía que ponerme; y como lo más inmediato es quien manda, emprendí el calvario empinadísimo de las casas de modas..... Santa Teresa, Guadalupe y Luján se van esfumando. Para soñar en París se necesitaría que esa facultad fuera de acero, a fin de resistir a la avalancha de agrados momentáneos ¿y cómo hacerla de acero?

Nada me dice si recibió o nó mi larga carta. Espero que le haya llegado con retardo y que tendré noticias tuyas. En ella le daba las gracias por sus recortes y hablaba de muchas cosas. Sentiría que se hubiese perdido.

Cómo está mi ahijadito? Déle la bendición de mi parte. Mil saludos para G. y los demás niños y para usted, mi estimado amigo, las gracias de nuevo y mis mejores deseos,

Su affma.,

**Teresa.**

París: Mayo 7 de 1927.



## XV

### *Entre Lágrimas*

**D**IAS después de la gran desgracia que me aflige, recibí su carta que leí entre lágrimas porque pasaba el día entero llorando. Me sentía abandonada y sola, aburrida de vivir, desencantada, como si mi espíritu se hubiese muerto también junto con Emilia. Por eso no le había contestado aún.

A fines de Mayo me vine a Suiza junto a mi hermana Isabel y aquí mi desesperación estéril se ha vuelto tristeza suave y honda. Quizá influya esta naturaleza suave de lagos y colinas verdes.

Es casi seguro que antes de fines de año volveré a Caracas, es posible que mi viaje se efectúe durante el verano; todo depende de que mi presencia sea o no indispensable. Tendré entonces el gusto de verle y conversar de tantas cosas.

Aun cuando no tengo planes de vida futura (el dolor de la muerte me hace despreciar la vida) no pienso instalarme en Caracas, ni pienso tampoco desarraigarme por completo. Si sigo escribiendo quiero que mi literatura tenga siempre sus raíces en Caracas. Cada día creo menos en esos espíritus que desprecian lo suyo sin llegar nunca a bien comprender lo ajeno. Hacen el papel de intrusos, tímidos y encogidos en una casa extraña.



No sabe cuánto le agradezco su interés por su amiga María Eugenia. No puedo decirle aún si ha corrido con gran suerte, o con mucha desgracia: como le dije ya, supe, (estas cosas se saben aquí y hasta se publican de antemano en los periódicos) que era yo candidata para el premio. Luego, durante la enfermedad de mi querida Emilia, supe indirectamente que el premio se me ha dado a mí. Quiere, no obstante, mi mala estrella, que la casa editora, no sé si por razones económicas o por intrigas de otro género, no ha dado el veredicto del Jurado..... y el tiempo pasa, y me encuentro ante el dilema de seguir esperando indefinidamente, consumida de impaciencia, con el viaje a Caracas de por medio; ó renunciar al premio y editar el libro por mi cuenta, cosa que hubiera sido quizá la más sensata si la hubiese hecho desde un principio. Creo que para hacer algo de provecho en la vida, hay que prescindir lo más posible de los demás, salvo cuando son buenos amigos, sinceros y espontáneos como lo es usted.

Aparte de este contratiempo del concurso, mi libro ha tenido muy buena acogida entre los críticos que lo han leído. —Hacen los mismos elogios y los mismos presagios que me hizo usted. — Como verá por las revistas que le remito, mi novela ha sido traducida por J. Maclair y por Miomandre, éste último laureado de la Academia Goucourt. La traducción de Miomandre apareció en la Revue l'Amérique Latine, que se encuentra mal con Venezuela, por no sé qué razones. Por lo tanto me figuro que no deben haberla leído allá. Le envío de ésta última el recorte; y en paquete aparte "Les Faisceau" y "America Latina", periódico donde también me dedican unas palabras. "París Soir", donde



Miomandre me hizo una traducción, y donde también me dedican unas frases, no está en mi poder por eso no se lo envió.

No tengo la menor idea de si ésto habrá sido o nó publicado en la prensa de Caracas. No sé nada de lo que ocurre allá. Como por las circunstancias de mi libro juzgaría muy desairado el llegar a Caracas sin parecer haber hecho nada en París (supongo que recordará usted los accidentes que rodearon mi viaje), quisiera, y no por vanidad, que desgraciadamente se me ha muerto también, el que usted hiciese publicar todo eso en la prensa de Caracas.

Téngame al corriente de todo. No sé si sabrá usted que mi tan querida y maternal Emilia, me ha dejado heredera de todo lo suyo. Ojalá este gran dolor tuviera algún día su primavera y su verano; entonces viajaría y escribiría en cualquier rincón sonriente y apacible, todas estas cosas nuevas que me ha enseñado el sufrimiento. A veces pienso que en Caracas era feliz y que he sido desgraciada por esta inquietud nómade que llevamos todos los venezolanos en el alma y que usted lleva muy grande según he podido ver. Esta inquietud, que creó quizás las religiones y las artes, esta sed de ideal no se cura caminando, créame; no hacemos sino trasladarla, tras de nuestro cuerpo, sacrificando a veces la tranquilidad familiar del alero, y del rosal, y del cielo nuestro de todos los días.....

Pero basta de filosofías melancólicas. Mil recuerdos a G. y a sus niñitos y para usted, de nuevo mil gracias, y la expresión de mi amistad sincera,

**Teresa.**

Ginebra: Julio 3 de 1927.



## XVI

### *Los Ausentes Somos Débiles*

**E** recibido su atenta carta del 9 de julio. No sabe qué tranquilidad y qué alegría tan grande es para mí el que mi administración organizada en la forma en que lo ha hecho Luis, se encuentre bajo su dirección. Como le dije en mi anterior le agradezco de todas veras el que haya querido encargarse de ella.

Al saber que usted aceptaba la administración y que Luis se venía, fuí a casa de Zumeta a fin de hacer un poder en su favor y enviarlo lo antes posible. Desgraciadamente Zumeta estaba de mudanza, encargándose de la Legación y me dijo que para hacer un poder tenía que buscar un modelo en los archivos. Yo me vine en esos días para Suiza y después de su última carta en la que me decía usted que Luis podía traspasar el suyo, me quedé tranquila. Ahora no sé qué hacer. Voy a escribir de nuevo a la Legación de París o tendré que ir a Berna a fin de hacerlo ante la Legación en Suiza. Me angustia que con enemigos, como tengo allá, no haya ningún apoderado. Estoy muy satisfecha con las cuentas, pues a pesar de la gran merma oca-



sionada por el arreglo de las casas, veo que los precios son otros y los inquilinos seguros.

Si es posible me parecería bien recoger los papeles depositados en el Juzgado de Primera Instancia no vayan a extraviarlos y si es que allí no se necesitan. El Banco Caracas me ha escrito y ha venido mandándome directamente, descontados los intereses, los dividendos de las acciones.

Mucho siento que no puedan venderse los muebles de la casa de las Mercedes. Esa casa con muebles es un gran inconveniente. Aquí en reserva y en intimidad le diré que después de haberle hablado al abogado muy francamente acerca de este particular siento haberlo hecho. No he recibido contestación suya; estará quizás de parte de los otros. No creo que él haya tenido nunca muchas simpatías por mí y según él mismo me confesó, puso ciertas dificultades cuando Emilia le habló de hacer un testamento en mejores condiciones para mí. — Los ausentes somos débiles! Yo le dije, por lo demás, en mi carta, lo que estoy dispuesta a decir o a escribir delante de todo el mundo: que mi amistad por Emilia que databa desde ocho años antes de morir Barrios, era desinteresada; que yo hubiera acompañado a Emilia en la enfermedad o en la pobreza; que jamás por sentimientos de delicadeza muy natural, influí en ella a mi favor, al contrario, cuando Emilia decía que de tener yo un hijo algún día, todo, todo cuanto ella tuviera sería para mí sin condiciones, yo contestaba que no pensaba en casarme, y esto se lo dije a Emilia varias veces en presencia de personas de su familia.

Le repito que estoy muy satisfecha de la nueva organización, y muy de acuerdo en todo con su carta.



Me encuentro en Suiza desde hace un mes en plena tranquilidad y por fin escribiendo. Ya le contaré en mi próxima carta mis proyectos literarios. También quiero hacerle unos encargos. Uno de ellos es que me compre y me envíe, cuando le sea posible, las obras de lo que podríamos llamar nuestros autores clásicos: Bello, Cecilio Acosta, Juan Vicente González, Fermín Toro y otros, así como también las de nuestros principales poetas. Por haber crecido fuera de Venezuela, o más probablemente aun, por amor a lo extraño, conozco mal y poco nuestras letras. Tal vez fuera lo mejor el que usted mismo escogiera lo más interesante y me lo fuera mandando.

Otra cosa que quiero recomendarle es la siguiente: Emilia quería que en el cementerio, en el terreno de la familia Ibarra, contiguo a los Guzmán, en donde está enterrado Barrios, se pusiera una losa de mármol blanco, lisa a rás del piso que dijese: Francisco Barrios Parejo. Recuerdo de su esposa Emilia Ibarra de Barrios Parejo. Ella quería que fuera losa y no túmulo por la razón de armonía, a fin de que sólo se elevasen los tres grandes túmulos. En 1924 cuando fui a Caracas encargué la losa a Roversi pero no pudo hacerse el trabajo encargado entonces, porque alguno se opuso so pretexto de que los Guzmán, dueños del terreno, no se hallaban entonces en Caracas. Yo le agradecería que usted telefonease a Bernardo Guzmán poniéndole en autos de lo que pasa y pidiéndole autorización para proceder y que hablando entonces con Roversi me pudiese al corriente del resultado de las gestiones y del precio de la losa.



TERESA DE LA PARRA

---

Le ruego salude mucho a G. y los niños. La bendición a mi ahijado.

Pidiéndole de nuevo mil excusas por tantas molestias y dándole de nuevo las gracias, soy de usted affma.,

**Teresa.**

Vevey: Agosto 2 de 1927.





## XVII

### *Pase lo Que Pase*

**J**ENDRIA mil excusas que darle por mi negligencia al no haber contestado yá a su primera atenta carta fecha 12 de Agosto, sino fuera porque estoy segura que de antemano me habrá ya perdonado. Estoy entregada a mis "Memorias de Mamá Blanca" y tengo un poco abandonado todo lo demás.

Pase lo que pase no quiero irme de aquí sin haber terminado mi tarea. Vivo como una monja, sola, frente al lago Lemán, escribiendo. Creo que este libro menos difícil habrá de estar mejor que Ifigenia.

Volveré a escribirle la semana próxima hablándole de asuntos más interesantes.

Mil cariños a G. y a los niñitos, muy especialmente a mi ahijado.

Para usted, mi estimado amigo, todo mi aprecio y mi gran simpatía.

Afectísima,

**Teresa.**

Vevey: Octubre 1° de 1927.



## XVIII

### *Adelante con Mamá Blanca*

**N**O sé realmente cómo darle las gracias por tantas gentilezas de todas clases; ¡cómo quisiera demostrarle mi agradecimiento siéndole alguna vez útil como lo ha sido usted para mí.

Sigo escribiendo con perseverancia. A veces con menos bríos a veces con más. Si viera la vida que llevo ahora que comenzó el otoño y el acortarse los días. Sola, frente a un paisaje muy lindo pero muy triste, escribo toda la mañana; almuerzo, camino una hora a pié, vuelvo a escribir, vuelvo a caminar y de noche junto a la chimenea encendida, sola, oyendo crepitar el fuego y de vez en cuando la T. S. F. que me dá noticias de los nuevos aviadores ahogados al atravesar el Atlántico etc.

En esta vida de ermitaña me siento a veces muy fuerte, a ratos tengo tristezas negras y resuelvo irme a París al lado de los míos, pero vuelvo a la perseverancia y a la fé; y adelante con "Mamá Blanca".

De hablarle sinceramente le diré que hasta ahora estoy satisfecha. Creo que es mejor que Ifigenia. Aunque quizá no tenga la misma acogida. Mi querido



amigo: Qué éxito el de Ifigenia! yo me siento un poco asombrada y agobiada. Teniendo el más inícuo, el más infame de los editores, la 2ª edición está casi toda pedida (la tiene en preparación hace cinco meses). Como sabía ya y como vió por el artículo de Gómez de la Serna (que no conocía y que usted me había enviado), en España no se conoce, en ninguna librería está, nadie la ha leído. La pobre Ifigenia es un libro que ha andado solo. El único apoyo fueron los libros que personalmente regalé a amigos y escritores que han ido trayendo los lectores en bola de nieve.

Como éxito extranjero le diré que vá a hacerse una edición francesa de lujo a 600 Fcs. el ejemplar con ilustraciones de Van Doagen. Está pedida la traducción alemana y me la piden para el ruso traduciéndola del francés. Como éxito de orden práctico le diré que la casa Drecoll me ofrece vestirme casi "à l'oeil" con tal de que María Eugenia Alonso declare al discutir con su abuelita, que "todos sus vestidos son de Drecoll, que son muy bonitos y que no le han costado caros". Como comprenderá ya se lo hice decir. Veremos qué tal se porta la casa.

Le envío esa serie de retratos con el siguiente objeto: que los haga usted publicar como cosa suya: en Elite o la Revista más en boga. Quiero que se sepa que estoy escribiendo y que preparo un libro sobre España, y que estuve en casa de la Infanta Paz. Sé que me acusan de haber abandonado la literatura y de querer gozar de los privilegios de escritora. Trabajo para obtener un nombramiento que me convendría en extremo y del cual le hablaré más adelante. Aunque los cargos no son injustos, quiero hacer otra impresión. Sé



de antemano que, como de costumbre, quedará atroz en las copias, pero no importa. El retrato grande (no me gusta) se los envió a ustedes. Hágalo publicar también y envíeme los números. Dispense tanto fastidio.

Salió en "El Universal" mi capítulo? ¿lo leyeron? ¿les gustó?

Los artículos colombianos anti-Ífigenia (son tres). Terribles. Parece que como reclame han sido formidables. Los pobres. ¿Cómo no pensaron en eso? A mí no me indignaron en absoluto. Hasta ahora lo único que realmente me ha molestado es lo del señor Vetancourt.

Para satisfacción suya le diré que mi actual libro será el más criollo de la literatura criolla. Todo pasa en el trapiche, en el río, en el corralón de las vacas, en los ranchos; las seis niñitas que usted ya conoce, corren y se meten por todas partes.

Dígale a mi ahijado que el retrato de la madrina también es para él.

Le agradecería, mi querido amigo, que me devolviese dos: el de la mantilla y el grande donde estoy con la Infanta Paz. No tengo los negativos. Le agradecería también, mi estimado amigo, que me enviara las letras a nombre de Teresa de la Parra.

Me dirigen cartas y cosas con cinco diversas combinaciones, cosa que me trae dificultades. He resuelto adoptar el nombre de escritora.

Al dorso de los retratos ván notas necesarias.

Con mis afectuosos recuerdos para G. y todos los niñitos, soy su affma.,

**Teresa.**

Corseaux: Octubre 15 de 1927.



Corseaux Octubre 15

Mi excelente amigo

No sé realmente como darle las gracias por tantas gentilezas de todas clases ;; como quisiera demostrarle mi agradecimiento siéndoles alguna vez útil como lo ha sido usted para mí! Sigo escribiendo con perseverancia. A veces con menos bríos, á veces con más. Si viera la vida que llevo ahora que comenzo el otoño y el acortarse de los días! Solo frente á un paisaje muy lindo pero muy triste escribo toda la mañana, almuerzo, camino una hora á pie, vuelvo á escribir vuelvo á caminar y la noche, junto á la chimenea encendida sola, oyendo crackear el fuego y de vez en cuando la T. S. F. que me da noticias de los nuevos aviadores



abogados al atravesar el Atlántico etc.

En esta vida de ermitaña me siendo  
a veces muy fuerte, a ratos tengo brujerías  
negras y recuelbo irme a París al lado de  
los míos, pero vuelvo a la perseverancia  
y a la fe, y adelante con mamá Blanca!

De habérle sinceramente le diré que  
hasta ahora estoy satisfecha. Bueno que es mejor  
que Ifigenia. Aunque quizá no tenga la  
misma acogida. Mi querido amigo: ¿qué  
éxito el de Ifigenia! Yo me siento un poco  
asombrada <sup>y agobiada</sup>. Teniendo el más irrisorio, el más  
infame de los editores, la 2ª edición está  
casi toda pedida (la tiene en preparación  
hace cinco meses) Como sabía ya y como no  
por el artículo de Gorney de la Serna (que  
no conocía y que usted me había enviado),  
en España no se conoce, en ninguna librería  
está, nadie la ha leído. La pobre Ifigenia es  
un libro que <sup>ha</sup> andado solo. El único apoyo  
fueron los libros que personalmente regalé a



amigos y escritores que han ido trayendo los lectores. <sup>es cosa de niños</sup> Como éxito extranjero le diré que va a hacerse edición francesa de lujo ~~con~~ ejemplar a 500 fr. <sup>en</sup> ilustraciones de Van Dögen. ~~Esta~~ pedida la traducción alemana y me lo piden para el ruso, traduciéndola del francés. Como éxito de orden práctico le diré que la casa Drecoll me ofrece "retourne caie" à l'"œil" con tal de que María Eugenia Olooso declare al discurrir con su Abuelita, que "todos sus vestidos son de Drecoll que son muy bonitos y que no le han costado caros" Como comprenderá ya se lo hace decir. Veremos que tal se porta la casa.

Se envió esa serie de retratos con el siguiente objeto: que los haga usted publicar "como cosa suya" en Elite o la Revista más en boga. Quiero que se sepa que estoy escribiendo, y que preparo un libro sobre España, y que estuve en casa de la Infanta Fay. Se que me acusan de haber abandonado la literatura y de querer gozar de los privilegios de escritora. Trabajo para obtener un nombramiento que me reconociera



en extremo y del cual te hablaré más adelante aunque los cargos no son injustos, quiero hacer otra impresión. Se de antemano que como de costumbre quedaré atroz en las copias, pero no importa. El retrato grande (no me gusta) se los envío dedicado á ustedes. Hágalo publicar también y envíeme los números. Dispense todo fastidio.

Salí en el Universal mi capítulo? ; Lo leyeron? ; les gusta?

De los platos le diré que sus consejos son sanos y razonables. Sin embargo no puedo dejar de decir de ellos todo, cuanto pienso. Se lo escribiré á Bernardo Guzmán para que este se los transmita. Si que habría mejor en callarme pero qué quiere usted? Tengo imperiosamente que decirles lo que pienso, no puedo más, que tarde o haya después.

Los artículos colombianos - ante - Gigerina (son tres) 'terribles'. Parece que como reclame ha sido formidable. Los pobres! ; como no pensaron en eso? ; A mí no me indignaron en absoluto. Hasta ahora lo único que realmente me ha molestado es lo del certuro de Vitancourt. Para satisfacción suya le diré que mi actual libro será el más chullo de la literatura chulla. Todo pasa en el trapiche, en el río, en el escaleón de



-3-

las vacas, en los ranchos: las seis minutas que usted ya conoce corren y se meten por todas partes!

Digale á mi ahijado que el retrato de la madama también es para él.

Le agradecería me querudo amigo que me desobiese dos. el de la mantilla y el grande donde estoy con la Infanta Dey No tengo los negativos.

Con mis más afectuosos recuerdos para Guillermina y todos los queridos soy su affme.

Ana Teresa

Se habría alquilado ya la casa grande?  
Se agradecería mi estimado amigo que me enviase las letras á nombre de Teresa de la Torre

Me dirigen cartas y cosas con curules diversas combina cosas cosa que me trae dificultades He resuelto adoptar el de escritora.

El dorso de los retratos van las notas necesarias



## XIX

### *Lindas, Coquetas y Burlonas*

**H**ACE tiempo que no recibo cartas tuyas; me hacen falta, pues vienen siempre con alguna agradable sorpresa o alguna grata noticia. Las mías en cambio llegan generalmente a ocasionarle alguna molestia, que usted resuelve amable y complaciente.

Pensaba escribirle en estos días para remitirle unos artículos escritos el mes pasado y que deseaba confiarle a usted a fin de que los hiciese insertar en "El Universal", mediante ciertas recomendaciones. Pero encontré el otro día a Andrés Mata, quien insistió mucho para que se los entregase y enviarlos así directamente a "El Universal". Ayer se los entregué. Sin embargo, no prescindiendo por ello del gusto de escribirle, ahora que no tengo misión que confiarle ni molestias que ocasionarle; mi carta así me resulta mil veces más grata, no tiene más mira interesada que el agrado de la charla entre personas que simpatizan y no se han visto durante mucho tiempo.

Creo que los artículos han de interesarles. Los considero hasta cierto punto como un complemento de mi



novela *Ifigenia*, pues contesto en ellos a las principales objeciones que me ha hecho la crítica. Como bien sabe usted, en su relato, *María Eugenia Alonso* no se conoce; yo he tratado de demostrar ésto, lo he insinuado a través de ella, pero hay quien necesita de la afirmación rotunda y de la lógica; cuando la única lógica al tratarse de nosotros mismos es contar siempre con lo ilógico, con las sorpresas que nos depara el mundo misterioso de nuestro subconciente, el único que sabe y nos dirige en la vida. El primer artículo es una carta que escribí hace un año a Don Miguel de Unamuno, émulo de usted en su cariño a *María Eugenia Alonso*, especie de convertido, porque he de advertirle, como ya verá en mi artículo, que recibió el libro de mis manos con el mayor desdén y escepticismo. Considero esa conversión como una de las más grandes satisfacciones que he obtenido escribiendo y digo una de las más grandes, porque la mayor me la produjeron ustedes, mis primeros lectores, los que leyeron a través de las correcciones del manuscrito: Emilia, Carmen Helena de las Casas, y usted. Después de esa primicia de impresiones, los demás lectores, los artículos, los elogios, me han dejado muy poco, o mejor dicho no me han dejado nada.

A ese desgano por la fama atribuyo mi desgano de escribir.

Le recomiendo que me remita los números de "*El Universal*" en donde aparezcan mis artículos, pues mis hermanos son todos un tanto informales para escribir y más aún para mandarme recortes de prensa. Cuento, pues, con usted y con Guillermina. El último de mis artículos, algo violento como verá, es dirigido a cierto señor que se creyó ofendido por lo que se dice en mi



novela sobre las "Nueve Musas". Me escribió una carta tan necia como insolente, que quería hacerla circular entre escritores hispano-americanos de París, ocultando en ella su nombre. En esa circular anónima, insulta de la manera más violenta que puede darse, a varios historiadores: Tavera Acosta, José E. Machado y otros a quienes no recuerdo, pues supone que fué por medio de ellos que conocí a las Aristeguieta. No sabe que mi tatarabuela, Teresa Aristeguieta, era una de ellas y que siempre he oído decir en mi familia que las Aristeguietas fueron lindas, coquetas y burlonas, condiciones suficientes para que se las criticase; más o menos lo que digo en mi libro, sin empañar por eso el recuerdo de las nueve inquietísimas musas. Mi venganza habría sido publicar la carta en la prensa, dando el nombre del autor y contestarla luego, pero me pareció demasiado.

El desgraciado no hubiera podido volver a Caracas; de tal manera se expresa de los literatos contemporáneos, de las actuales costumbres sociales, etc.; todo ello para exaltar, por contraste, la pureza de costumbres durante la Colonia y el honor de las Aristeguieta. Yo jamás me hubiera ocupado en contestarle si no fuera porque su anónimo o libelo, dirigido a la Legación, fué leído por muchas personas. Ya sabe usted, pues, la historia de mi último artículo. Cuénteme los comentarios que suscite, si es que hubiera alguno y fuera interesante.

Registrando el otro día papeles viejos encontré la carta de Angel Ruiz; me pareció simpatiquísima é impregnada de nostálgico perfume del pasado.



---

EPISTOLARIO INTIMO

¿Cómo están G. y mi ahijadito? Téngame siempre al corriente de sus progresos y mándeme su retrato. Salúdelo de mi parte y usted, estimado amigo, reciba la expresión de mi gran aprecio.

Su affma.,

**Teresa.**

París: Noviembre 24 de 1927.





## XX

### *Idealistas Llenos de Calamidades*

**R**ECIBI su carta de fecha 11 de noviembre, así como también el libro que me envió, el cual he dado a empastar y que es para mi de sumo interés; no sabe cuanto se lo agradezco. Creo, como usted, que el autor no es ninguna cosa del otro mundo pero necesito absolutamente estar documentada sobre literatura venezolana. Otra vez mil veces gracias. Los libros de Cecilio Acosta, Andrés Bello y Juan Vicente González no me han llegado aún, supongo que estarán aquí de un momento a otro. El libro que me remitió llegó admirablemente bien embalado, cosido con gran cuidado, cosa que contribuyó a aumentar mi agradecimiento: a decir verdad, me dá "pena" (como decimos en Caracas, en forma tan expresiva y poco castiza) abusar de su amabilidad. Y pensar que la culpa de todo la tiene la primera carta de Angel Ruiz. Ya vé usted a lo que se expone uno escribiendo.



Otro día le contaré la historia inverosímil de mi traducción francesa, interrumpida por una carta casi anónima, cuyos autores, traductores hoy de Ifigenia. Menage de poetisa y pintor con muchísimo talento y con poquísimos centavos, y de éxito, son mis grandes amigos, bohemios idealistas llenos de calamidades y de exquisitos refinamientos. Imagínese que la traductora de Ifigenia ha pasado por dos operaciones gravísimas y varios meses de cama durante los cuales iba yo a menudo a las afueras de París a visitar y aliviar en lo posible el mal de mis pobres traductores; ella en la cama, él desesperado, Ifigenia en la página 55; mientras Marius André, el traductor primitivo de Ifigenia, con nombre y relaciones y todo lo necesario para lanzar la Ifigenia francesa que se hubiese publicado a principios de 1926, decía indignado: "il faut etre femme pour faire une chose pareille, ou a t'elle deniché ces traducteurs?". El caso es que Ifigenia está muy bien traducida con verdadera conciencia y cariño, cosa que jamás hubiera hecho un escritor de renombre, quienes solo quieren salir del paso. Y ya le conté el cuento que no pensaba contarle hoy. Le añadiré que Ifigenia, siempre por haberlo solicitado espontáneamente, está traduciéndose al rumano, al alemán y se espera que se imprima la traducción francesa para apoyándose en ella, en lo referente a ciertos recortes o abreviaturas, traducir quizás al ruso y al italiano. El libro gusta más aquí que en América, exceptúo a Colombia, donde el éxito ha sido absoluto.

Nada me dice de mis "Memorias. Me escribieron un folleto terrible en Bogotá con el objeto de refrenar el apetito desbordante conque se lee Ifigenia. Ya con-



TERESA DE LA PARRA

---

testé. Reconozco, que soy pica-pleitos. Puedo serlo impunemente al escribir, ya que en la vida corriente soy la paz en persona.

Con mis cariñosos saludos para G. y mil besos para mi ahijado y demás niñitos, soy su affma.,

**Teresa.**

París: Diciembre 3 de 1927.





## XXI

### *Ermitaña Algo Laica*

**M**E encuentro de nuevo en Suiza, pues mamá tuvo una fuerte gripe que nos alarmó mucho y todos los cuatro hijos que vivimos en París nos vinimos a su lado. Ya ha entrado en franca convalecencia y yo me quedo junto a María algún tiempo más acompañándola. Debo decirle que pasé días de verdadera angustia y todos sentimos junto a su cama crecer nuestra ternura y cariño. Ahora llevo una vida de ermitaña algo laica, pues en lugar de rezar, leo. Ahora hay una paz silenciosa y blanca de nieve, deslumbrante y alegre cuando hay sol, pero triste, tristísima cuando solo hay bruma y lluvia; éste lago Lemán tan literario lleno de Byron, Shelly, Mme. Stael y Benjamín Constant, en estos días de niebla tiene la melancolía insulsa de las pobres mujeres feas e ininteligentes sin recuerdos ni remordimientos. Pero los libros me alegran la vida y más aún que los libros la figura de mamá tan dulce, que podía haberse ido y que está aquí tejiendo junto al fuego, vestidos de lana para los nietos.



TERESA DE LA PARRA

---

A propósito, en noches pasadas soñé con mi ahijado. Lo veía pasar entre otros chiquillos muy abrigado con una bufanda y vestido de blanco, lo reconocí al momento, le pregunté porqué estaba solo y le dije que viniera a jugar con los babys de María que hablan español. Déle muchos besos de mi parte. Mil cariños a los otros dos y a G. y para usted la gran simpatía y aprecio de su afectísima,

**Teresa.**

París, febrero 2 de 1928.





## XXII

### *En Medio de Tanto Vaivén*

**E**SPERO que haya recibido la carta que le escribí a bordo del vapor que me traía de N. Y. a Europa y que dejé en Chesburg a mi llegada. Hace pocos días recibí la primera suya, tuve gran gusto en leerla y ver por ella que ni usted ni los de su casa me olvidan. También yo los recuerdo con inmenso cariño, a mi ahijado tan inteligente, a su hermanita tan bella, a todos.

Nada nuevo, mi excelente amigo, tengo que contarle; apareció la segunda edición de *Ifigenia*, *Las Memorias*... se imprimen; me voy de París huyendo del calor, a mi regreso en Octubre me instalaré en casa de Isabel mi hermana en Neuilly; quizás vaya a Munich en Agosto a la temporada de conciertos de Wagner invitada de nuevo por los príncipes de Baviera; la traducción inglesa de *Ifigenia* augura gran éxito aunque no hay aún nada firmado ni decidido; y en medio de tanto vaivén no acierto a sentirme alegre y feliz sino muy breves ratos.

Aquí siguen rumores fantásticos, ¿qué habrá de cierto? — Yo me traje de allá un inmenso desprendi-



TERESA DE LA PARRA

---

miento muy definitivo hacia casi todo y un profundo cariño por una minoría, los amigos nobles y buenos tan dignos de mejor suerte, tan grandes y tan fuertes en su silencio y en su actitud estoica.

Sé que dicen allá que se me dió una importante suma. Es absolutamente falso, una falsedad con mala intención.

No he obtenido ni siquiera mi pensión a la cual tenía derecho. La injusticia de unos y otros, lejos de amilanarme, me hace reaccionar. Ahora me siento sin obligaciones; enteramente libre e independiente.

Mil cariñosos recuerdos a G. y para usted, mi excelente amigo, el mismo cariño y profundo aprecio de siempre. Su affma.,

**Teresa.**

París: Julio de 1928.





## XXIII

### *A Orillas del Mar*

**S**OLO dos palabritas para saludarlo y decirle que acabo de saber por la sirvienta que el cartero me ha extraviado una carta certificada de Caracas ¿será de usted? Aparece la libreta de las firmas sin la mía y con el anuncio de una carta despachada de Caracas. Como hace algún tiempo que no sé de usted pienso que pueda ser suya la perdida y no creo ya que aparezca. Aquí (especialmente Neuilly, casas con jardín) el correo deja mucho que desear, a veces echan las cartas en los buzones del vecindario y si el vecino no tiene la buena voluntad de traerlas, se pierden.

Estoy ocupada, pues me voy a orillas del mar. De allí le escribiré largo; ahora no tengo tiempo sino para mandarle mis saludos y mis sentimientos de siempre,

**Teresa.**

París: Julio 13 de 1928.



## XXIV

### *Un Remanso de Paz*

**R**ECIBI su última carta del 14 de agosto, y me pide que le avise recibo. Temo por esto que mis cartas se pierden pues nunca dejo de hacerlo: a veces tarde, pero siempre contesto.

Veo por la frase final de su carta que se halla usted en una de esas horas de melancolía que nos barre el alma de tiempo en tiempo como un viento desolador. Piense, mi buen amigo, que es el tributo que hay que pagar cuando se tiene el alma delicada, la inteligencia sutil y los ojos puestos en alto, hacia puros ideales. Quizás le cause satisfacción el que le diga la amable impresión de espíritu limpio que me dejó usted en mi último viaje a Caracas. En aquella situación de callejón sin salida ¡qué hermosa era su actitud de estoicismo que protesta alma adentro sin quejas vanas y fáciles! Estoy tan desencantada de los falsos valores, de los que hacen de todo retórica, sin el pudor de callar a tiempo y tan dispuestos a cambiar la actitud de protesta por la del servilismo, si el azar, en vez de mostrarles un número par, les dejan entre las manos el impar. Hombres honrados y serenos como usted, son los que hacen un país digno y grande. Para los que como yo miramos la representación desde lejos, son usted, ustedes los



estoicos, los que salvan y purifican en su silencio y en la sombra de incomprensión que les rodea, el concepto de Patria, como los recuerdos de la infancia, como la armonía de los paisajes en el recuerdo, como las sombras de los antepasados. ¿Qué importa no triunfar? Para los puros, los vanos honores se vuelven contra ellos como una carga pesada y vacía. Si es para usted una satisfacción decirle que lo aprecio intensamente, quiero decirselo con toda sinceridad; lo aprecio por su alma limpia y digna. Espero sin embargo, que los tiempos cambien, que llegue para usted una era de bienestar económico para que sus hijos, prolongación suya, puedan educarse y vivir independientes.

En efecto estoy en Suiza, en la villa de Isabel que es un remanso de paz.

El mes pasado fuí a Munich invitada por la Infanta Paz en el castillo de Nymphemburgo, a fin de asistir al festival de Wagner que se celebra anualmente en esa ciudad con mucho carácter y en medio de un ambiente casi religioso. Me gustó mucho y me dejó encantada la hospitalidad llana en medio de tanta grandeza pasada, todo era tan evocador que me parecía haber viajado a través del tiempo y hallarme en el siglo XV o XVI. (Nymphemburgo es el Versalles de Baviera).

Cuando volví a Vevey tuve que ir a París, pasé unos días con mamá y desde antes de ayer estoy de nuevo aquí donde espero pasar todo el mes de septiembre.

Con mis mejores recuerdos para G., mil besos a mi encantador ahijado y los demás muchachitos, soy como siempre su afectísima,

**Teresa.**

Vevey: Agosto de 1928.



Key Agosto 1925.

Querido amigo

Recibí su última carta del 14 de Agosto con el cheque de 274 <sup>frs.</sup> y la cuenta de las casas. Me fide que le cause recibo. Lemo por esto que mis cartas se pierdan pues nunca dejó de hacerlo: a veces tarde, pero siempre contestó.

Veo por la frase final de su carta que se halla usted en una de esas horas de melancolía que nos barre el alma de tiempo en tiempo como un viento desolador. Tiene mi buen amigo que es el tributo que hay pagar cuando se tiene el alma delicada la inteligencia sutil y los ojos puestos altos hacia puros ideales. Quizás le cause satisfacción el que le diga la amable impresión de espíritu limpio que me dejó usted ~~en~~ mi último viaje a Caracas en aquella si-



tuación de califón sin salida; qué hermosa era su  
 actitud de esteticismo que protesta alma a dentro  
 sin quejas vanas y fáciles! Estoy tan desencantada  
 de los falsos valles, de los que hacen de todo retó-  
 rica, sin el pudor de callar a tiempo y tan  
 dispuestos a cambiar la actitud de protesta  
 por la del servilismo si el rayar en vez de  
 mostrarnos un número por los dejase entre las  
 manos el imperio. Hombreros leonados y serenos como  
 usted son los que hacen un país digno y  
 grande. Para los que como yo miramos la re-  
 presentación desde lejos, son usted, ustedes los es-  
 téticos los que salvad y purifican en su silen-  
 cio y en la sombra de incompreensión que les  
 rodea el concepto de Patria como los recuerdos  
 de la infancia, como la armonía de los pai-  
 sajes en el recuerdo, como las sombras de los  
 antepasados. ¿Qué importancia triunfar? Para  
 los puros, los vanos honores se vuelven contra  
 ellos como una carga pesada y vacía si es  
 para usted una satisfacción decirle que lo aprecio  
 intensamente quiero decirlo con toda sinceridad  
 lo aprecio por su alma limpia y digna. Espero  
 sin embargo que los tiempos también que lleguen  
 laría usted una era de bienestar económica  
 para que sus hijos, prolongación, suya puedan



educarse y vivir independientes.

En efecto estoy en Suiza en la villa de  
Isabel que es un remanso de paz. El  
mes pasado fui a Hünich invitada por  
la Infanta Paz en el castillo de Nym-  
phenburgs afín de asistir al festival  
de Wagner que se celebra anualmente  
en esa ciudad con mucho carácter y en  
medio de un ambiente casi religioso. Me  
gustó mucho y me dejó encantada la hos-  
pitalidad. Llana en medio de tanta gran-  
deza pasada, todo era tan evocador que  
me parecía haber viajado a través del  
tiempo y hallarme en el siglo XV o XVI.  
(Nymphenburgs es el Verreall de Baviera.)  
Cuando volví a Vevey tuve que ir a Pa-  
ris pasó unos días con mamá y desde  
antes de ayer estoy de nuevo aquí donde  
espero pasar todo el mes de septiembre.

Hablando de cosas materiales le diré  
que echo mucho de menos mis disidencias



del banco, pues gasto más de los dólares que me producen las casas. Esta vida es un engranaje en el cual cada año se gasta más. Espero que seas haya resuelto el problema con el banco tomando la hipoteca. Nada, me ha escrito pienso hacerlo y preguntándole.

Con mis mejores recuerdos para Guillemina, mil besos a mi encantador abijado y los demás muchachitos soy como siempre su afectuosa

Reesa



## XXV

### *Corrigiendo mis Pruebas*

**D**OS palabras para saludarlo muy afectuosamente y decirle que recibí su carta. Veo que todo va bien y usted siempre tan atento y puntual, mil gracias.

Le escribo corto porque estoy llegando a París y tengo mil cosas entre manos. Espero que habrá recibido mi carta de Suiza y que conste que aunque tarde a veces, y corto a menudo, le escribo siempre al ritmo de mi agradecimiento y afecto.

Mucho me he acordado de usted corrigiendo mis pruebas a propósito de la lista de americanismos sin notas que enturbien el texto; qué razón tenía. Escribí en Vevey el capítulo de presentación de Mamá Blanca. Creo le gustará. Vivo ahora en casa de Isabel. Estoy arreglándome en el piso que ocupo un estudio-biblioteca donde estaré más apacible que en la vida demasiada agitada del centro. Ojalá tuviera el gusto de verle aquí algún día.

Mi nueva dirección es: 84 Boulevard Victor Hugo. Neuilly sur Seine. (pres París).

Con mis cariñosos saludos a G. y mil besos para mi ahijado y demás hermanitos, soy su afectísima,

**Teresa.**

París: Octubre 3 de 1928.



## XXVI

### *Suspiro por los Paisajes Verdes*

**R**ECIBI en el pasado mes de Diciembre su cariñosa e interesante carta de Noviembre.

Antes que nada quiero decirle que le deseo a usted, a G. y a sus niñitos muy especialmente a mi ahijado Luis Eduardo toda clase de éxito y muy buena salud en 1929.

Su carta, en efecto, estimado amigo, tan franca, y tan cordial, fué una visita espiritual que recibí con alegría y que me sirvió de grato descanso en uno de esos días en que tenemos el cansancio amargo, indefinido, de haber corrido mucho sin haber hecho nada. ¡Cuánto me alegro de que su vida haya tomado rumbo a su gusto, con un trabajo ordenado exento de zozobras. Yo espero que la situación en Venezuela se haga estable a fin de que las preocupaciones materiales no le resten a su espíritu el don de la serenidad, tan necesario para los que como usted no viven solo del pan de los mezquinos éxitos que busca la mayoría.

Como vé por esta carta, me encuentro de paso en Suiza donde vine a pasar al lado de mamá, de mis tres



hermanos y su familia las fiestas de año nuevo. Tenemos nieve por todas partes y un frío que no se siente a fuerza de ser seco e iluminado de sol, pero es triste y suspiro por los paisajes verdes y los árboles amigos cubiertos de hojas. Pasado mañana regresaré a París y es muy probable que a fines del mes me embarque para Cuba con las Cabrera, las mismas amigas con quienes me vine; me quedará allí un mes a fin de estar aquí de regreso en Abril.

Las "Memorias de Mamá Blanca" deben de salir de un momento a otro. Uno de los primeros ejemplares será para usted. Pienso remitirle una antología de prosa y poesía francesa moderna que me parece muy bien hecha y que da bastante idea del movimiento actual literario. No olvide acusarme recibo, pues de aquí para allá los libros se pierden mucho.

Con mis cariñosos recuerdos para G., besos a mi ahijado y a sus demás hermanitos, le envío de todo corazón mis buenos deseos y la seguridad de mi grandísimo y sincero afecto.

**Teresa.**

Vevey: Enero 6 de 1929.





## XXVII

### *La Soledad Poblada*

**S**E recibido su última carta de Enero, y no le había contestado por estar como de costumbre ocupada.

Por este mismo vapor regresan a Caracas Luis y María, mis hermanos. Le envío con ellos un relojito y un vestido azul para mi ahijado. Aunque es de tricot no tiene mangas y no creo que lo haga sufrir del calor pues es artículo que se vende para el verano. Lo supongo siempre bonito creciendo en gracia e inteligencia. Dígale muchas cosas de mi parte.

Han recibido ya mi nuevo libro? Creo que la casa editora encargada de hacer los envíos se ha demorado mucho, pues sé de muchas personas que viven en París y no lo han recibido aún. Voy a reclamar mañana y llegará algún día. Usted sabe, con cuánto cariño e interés se lo dedico.

¿Cómo está su espíritu y los proyectos de negocios? Espero que todo se irá arreglando poco a poco, piano pero sano.

Yo salgo menos desde que vivo en casa, leo con gusto, a mi apetito y saboreo un poco más la vida del







STATE OF NEW YORK

IN SENATE  
JANUARY 1, 1901

REPORT  
OF THE  
COMMISSIONER OF THE LAND OFFICE

FOR THE YEAR  
1900

ALBANY:

JOHN P. KANE, PRINTER

1901

100

101

102

103



TERESA DE LA PARRA

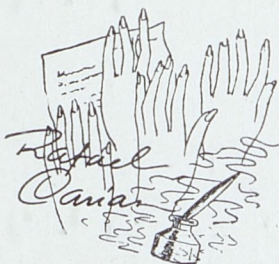
---

empiece a sentir ahora bienestar y facilidad en el terreno de los negocios. No sabe cuánta suerte y prosperidad le deseo siempre.

¿Cómo está G.? ¿Cómo está mi ahijado? Muchos saludos a todos y para usted el profundo aprecio y simpatía de su afectísima,

**Teresa.**

París: Mayo 9 de 1929.





## XXIX

### *Misticismo Sin Fé*

**H**ACE tiempo que no le escribo, le debo dos cartas; una larga y otra pequeña. Su primera carta, la larga, me causó una dulce alegría; como de costumbre era usted el primero que llegaba a traerme el eco producido en el propio ambiente por mi libro; el eco sentimental de un alma y de una inteligencia clara. La impresión fué excelente. Cada día me interesa menos el juicio impreso y más la carta, no por falsa modestia, ni por modestia sola, sino porque voy entrando en la edad en que solo se vive gratamente en la vida interior. Cuando no se tiene un hogar ni hijos, ni cuidados y preocupaciones necesarias a la vida material, vivir en profundidad y no en extensión es lo único que interesa. La paz del alma y la serenidad es el único cielo de este misticismo sin fé ni esperanza en el más allá de la muerte. Los libros y unos cuantos amigos a quienes se aprecie y que nos aprecien acaba por ser la única verdad, lo demás es ruido que aturde y que nos impide oírnos a nosotros mismos y a los que dicen cosas gratas por sinceras y sentidas. A mí me es muy difícil asistir al espectáculo de la vulgaridad social sin ponerme a su nivel de vulgaridad y lo más triste es que para











## XXXI

### *Vida de Peregrina*

**L**ACE algunos días recibí su larga y gratísima carta que me encontró aún en Florencia. Desde principios de septiembre estoy en Italia, llevando vida de peregrina, por las pequeñas ciudades que se han quedado olvidadas del tiempo presente y que vamos descubriendo con su ambiente intacto, no contaminado por el turismo, como objetos de excavación.

En Suiza, donde pasé dos meses de absoluto reposo, me preparé con mucha lectura sobre los siglos XIII, XIV y XV (que son mis preferidos, y los veo siempre en mi espíritu presididos por el espíritu de San Francisco) para este viaje que me ha dejado el alma llena de dulzura y de emoción. He venido con mi amiga, Lydia Cabrera, inteligente y muy artista, a quien quiero mucho y con quien comparto los mismos gustos.

De las grandes ciudades hemos ido en automóvil hacia las pequeñas, donde los hoteles son malos pero el ambiente lleno de perfume de leyendas. Qué diferencia con esta Roma triunfal y declamatoria, renovada y vestida por el Renacimiento. San Pedro me ha pare-



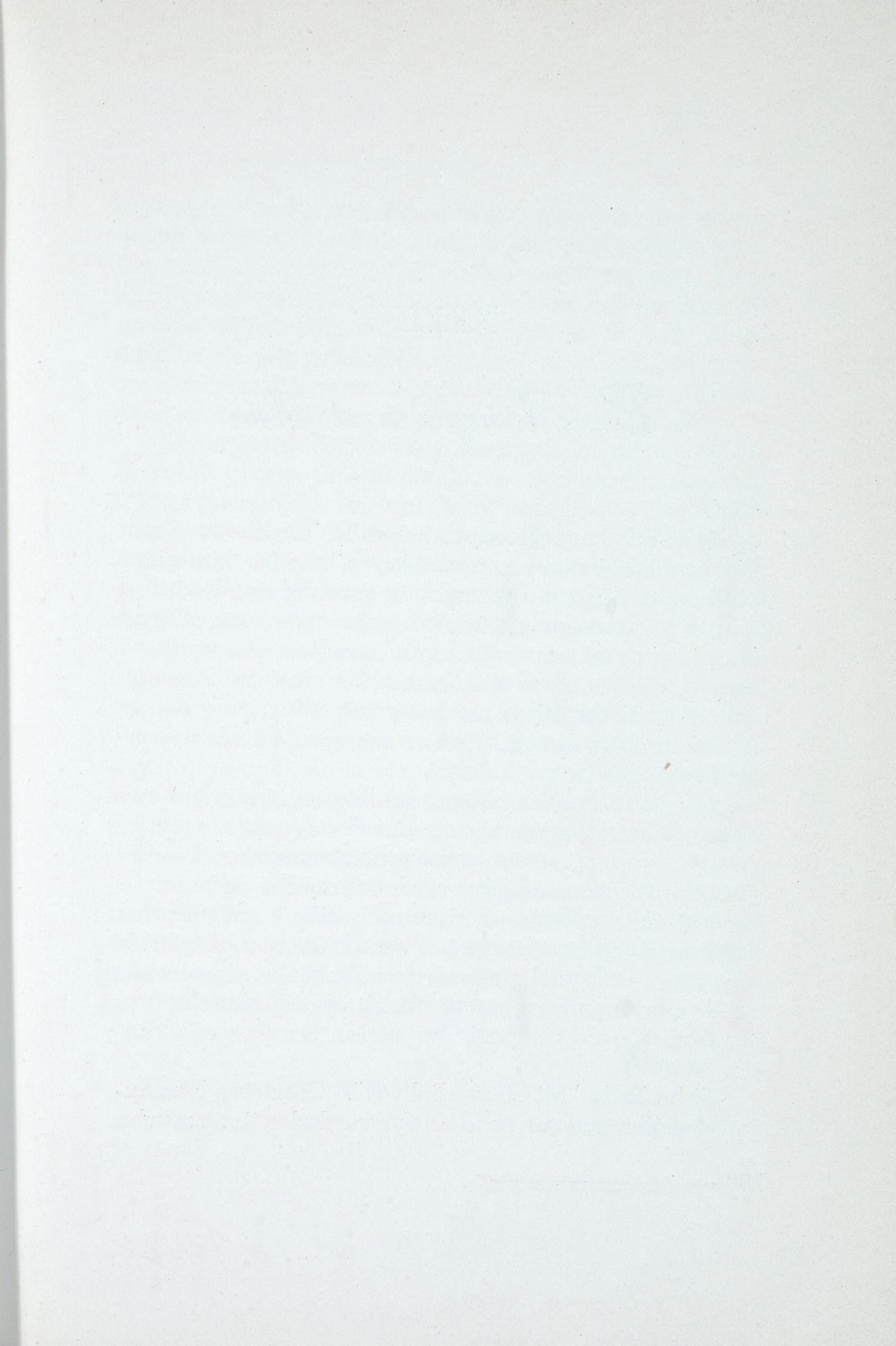
cido una inmensa y lujosísima estación ferroviaria de los Estados Unidos. No hay el menor sentimiento, ningún detalle que conmueva o hable al alma. Y ese torrente de fuerza y de mal gusto ha inundado las más viejas iglesias; las más venerables están invadidas por el río de estatuas colosales y musculosas; de túmulos complicados que resultan carnavalescos junto a las simples lápidas funerarias y los yacentes de las iglesias góticas. Ese mal gusto que siguió al Renacimiento, nos consuela, si lo aplicamos a nosotros mismos, de no ser poderosos por el dinero y por la sabiduría. La riqueza y la erudición son peligrosísimas, la mayor parte de las veces sólo sirven de vehículo para expresar la parte más vulgar de nuestro espíritu y para revestirnos con ella para siempre, con detrimento de las otras; la falta de recursos nos hace sobrios y discretos, vivimos más con nosotros mismos y todo lo que se dá viene del alma y está impregnado de ternura. Es esta la consecuencia que he sacado de mi viaje por Italia y que me apresuro a comunicarle, impresionada como estoy aún por mi visita a San Pedro y San Juan de Letrán.

No puedo darle aún noticias de Romain Rolland. Cuando contesté a su carta se hallaba en el lago de los Cuatro Cantones, pasando los meses de Agosto y Septiembre. Me dijo que fuese a ver a su hermana y colaboradora que vive con él en Villeneuve y me fuí a verla y nos hicimos muy amigas. Ella es fea, no joven, pero encantadora. De una inteligencia exquisita, llena sus palabras del entusiasmo de los místicos, es la colaboradora de su hermano por quien tiene un culto religioso también. Ambos se ocupan de obras sociales, especialmente del movimiento de los indios que aspi-











## XXXII

### *Buen Tiempo en el Alma*

**R**ECIBI su cariñosa carta del 27 de Marzo. Comprendo su silencio y esa abulia de que me habla, yo también la siento muy a menudo y no me ofende nunca porque un buen amigo sincero como usted me deje de escribir o de ver durante algún tiempo. Las cartas a los indiferentes, esas que se escriben mecánicamente, se contestan de prisa; para escribir a los amigos hay que tener "buen tiempo" en el alma para darlo a compartir.

Me gusta mucho cuanto me dice sobre sus lecturas y preferencias; su misticismo ecléctico de concordancia y fraternidad universal, tiene usted razón; es la única verdad y la única religión verdaderamente parecida al cristianismo de Cristo. Dígame con toda franqueza qué clase de libros le interesan, si lee fácilmente en francés o si prefiere español, pues he descubierto aquí una buena librería española, con traducciones del alemán, que por tradición de antipatía no suelen hacerse en Francia.

Si he leído "Mi Simón Bolívar". Creo que Fernando González aunque rudo en sus verdades tiene mucho



talento, no habla mal por encono personal sino por el deseo sano de destruir nuestra vanidad tropical y el narcisismo nacional. Eso duele cuando se oye, pero hace reaccionar. A mí me duele más ver en París el pesimismo inactivo, malsano, de algunos jóvenes venezolanos cuando hablan de allá; eso es lo malo; Fernando González dá muchos palos, dice verdades terribles, pero se siente que en el fondo cree en el porvenir.

No le ha parecido muy hermosa la revolución de España? Todos se han conducido con mucha nobleza. A los reyes caídos los han recibido aquí con ovaciones y en general con profundo cariño. Francia se acuerda siempre con cierto "regret" de sus reyes y Alfonso XIII es uno de sus Borbones. A pesar de su democracia le gusta la parte decorativa de la monarquía.

Me interesa lo que dice acerca de una traducción alemana del libro. Tres o cuatro veces me han escrito ya sobre el particular, pero es la dificultad de hallar "antes" de empezar la traducción, un editor fuerte y seguro, algunos no saben español, otros encuentran el libro voluminoso para ediciones corrientes, etc. Voy a escribir a la señora Posse y si como es probable fuera a Bruselas este verano iré a verla.

Recuerdos para todos los suyos, lo mismo que para Emilio Posse a quien recuerdo siempre con cariño. A mi ahijado muchos besos y que lo bendigo, a G. también que no la olvido.

Para usted mi profundo aprecio y simpatía.

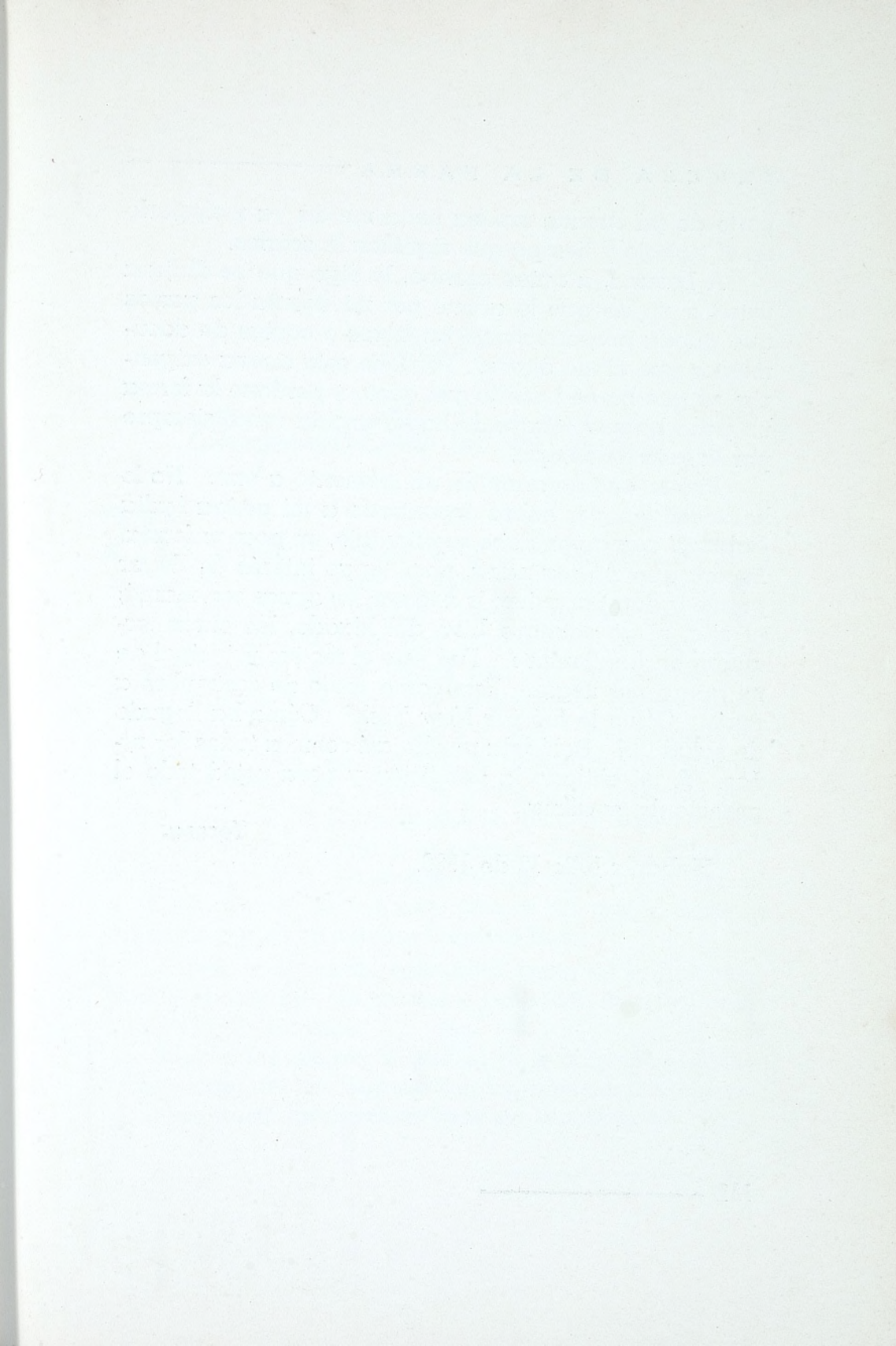
**Teresa.**

París: Abril 27 de 1931.











porte de mi cuenta; mucha pena me dá ya molestarlo en el trabajo y tiempo que significa buscarlos.

A Lecuna, a quien escribo, le digo que se dirija a usted a fin de que le abone por mi cuenta los gastos que pueda proporcionarle los libros o copias de documentos que él me ofrece. Perdona esta nueva exigencia, sé que ha de hacerlo con gusto y perdona la forma un poco brusca conque lo hago, urgida como siempre por la falta de tiempo.

Pienso embarcarme de un momento a otro. No lo he hecho ya, por haber encontrado a mi amiga Lydia Cabrera, con quien debo seguir viaje, un poco enferma. Espero que no sea nada, pues tengo interés de llegar pronto a Europa, quiero ir a tomar las aguas con mamá; ni ella, ni yo estamos bien del hígado, las curas terminan en Septiembre. Fué este el motivo principal de mi apuro por llegar. Escríbame como de costumbre a París. Cómo le fué por New York? Cómo ha llegado de salud G.? Salúdela mucho así como a todos los niños. A mi ahijado la bendición y para usted todo el aprecio de su affma.,

**Teresa.**

Habana: Julio 12 de 1930.



## XXXIV

### *Campanas Como las del Angelus*

**M**E encuentro desde hace una semana en Suiza, no en Vevey sino en plena montaña al lado de mamá, María y sus niñitos. Llevo una vida muy tranquila y reposante. No hay a nuestro alrededor sino cespced, abetos y las vacas con sus campanas que se oyen desde lejos como las del ángelus. Un ambiente muy propicio para descansar y leer. Pienso bajar a Vevey dentro de algunos días y regresar a París a fines de septiembre. Mi viaje de Cuba aquí pasando por New York me pareció agradable, pero al llegar a Europa comenzó la lluvia y la niebla. Cómo se echa de menos el trópico! Ultimamente han cesado las lluvias y se vé un poco de sol, pero parece ser que el verano en todas partes ha sido un invierno bobo.

Espero que habrá recibido mi carta de la Habana, donde le contaba mis planes y propósito de ir a Venezuela el año entrante.

Mucho me alegro de que su viaje a Estados Unidos le haya dejado tan agradables impresiones. También a mí me gustó extraordinariamente Washington. Creo



TERESA DE LA PARRA

---

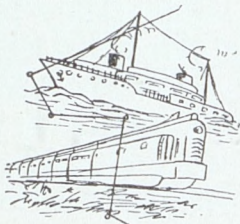
que es una de las ciudades en donde la vida debe llevarse apaciblemente, cosa tan necesaria para ser feliz; el vértigo de la velocidad y del trabajo ha invadido y afeado el mundo entero.

Espero que G. se encuentre ya enteramente repuesta. Salúdemela mucho en mi nombre así como a todos los niños, especialmente a mi ahijado, a quien le mando la bendición.

Para usted, querido amigo, el aprecio y cariño de su afectísima,

**Teresa.**

Villard-sur-Chamby: Agosto 22 de 1930.





*Excesiva Vanidad Nacional*

**A** CABO de recibir su carta. Quiero antes que nada decirle cuanto me alegro por las buenas noticias que me dá sobre usted y su familia. Con salud y tranquilidad monetaria se hace en cualquier parte del mundo una vida feliz si se tiene como usted vida interior; no le deseo, pues, sino que guarde para siempre firmemente esos dones únicos que dan ese bienestar que se trasluce en su carta. En estos momentos en que necesita educar a sus hijos, una situación monetaria holgada es importantísima. A propósito, me permito aconsejarle para ellos que no descuide como sueien hacer tanto en Caracas la enseñanza de los idiomas, sobre todo del inglés, hoy tan indispensable allá para los negocios. En todo orden el conocimiento de un idioma es una puerta abierta que amplía extraordinariamente las ideas y dá ventajas grandísimas y efectivas sobre los que solo conocen el suyo. Desgraciadamente suelen ser entre nosotros los más ineptos quienes más idiomas hablan, solo les sirve para importar apariencias de cultura y como decía mi tío Manuel Hernáiz: "perder la ocasión de callarse la boca".





"Perder la ocasión de callarse la boca"



Mucho le agradezco su ofrecimiento de colaboración en mi próximo y solo probable trabajo sobre Bolívar. Por de pronto me ocupo de conocerlo lo más "vivo" posible. Aunque no pasara de ahí, ya es mucho para mí misma. Pero quisiera ayudar a la medida de mis fuerzas en hacer obra de apostolado en Venezuela. Como creo haberle dicho, pienso que el Bolívar héroe superhombre ha contribuido a despertar el caudillismo y una excesiva vanidad nacional, que hace ver más triste y decaído el presente. Son las virtudes morales las que principalmente hay que exhibir, las de Bolívar y las de toda la sociedad colonial, tan fuerte y tan distinguida de alma. Me interesa mucho conocer la colonia. Ya que tan amable se ofrece a colaborar conmigo, le ruego que me indique todo aquello que sobre la vida íntima de la Colonia pueda encontrarse en Caracas. Yo trato de recordar lo más posible los relatos orales de los viejos que conocí en mi infancia cuando no sabía apreciarlos. Aunque algo me queda no es bastante.

Le digo hasta pronto pues estoy recién llegada a París y tengo mil cosas pequeñas y fastidiosas de qué ocuparme. Salude muy cariñosamente de mi parte a G. y los niñitos; para mi ahijado especialmente muchas cosas y para usted todo el afecto y aprecio de su sincera,

**Teresa.**

París: Octubre 1° de 1930.



## XXXVI

### *Un Recuerdo Franciscano*

**A**NTE todo muy feliz año para usted, mi ahijado y todos los suyos. Ayer recibí su carta con los giros y cuentas. Veo que las cosas se anuncian muy malas pero no me quejo. Hay que tomar las cosas con filosofía y resignación.

Por éste mismo vapor le mando unos recuerditos con María mi cuñada que se embarca; para mi ahijado un vestido marinero de pantalones largos y blusa blanca (pues no me olvido del día que me fué a ver allá en Caracas, muy elegante pero según me dijo le picaban en los brazos las mangas de lana; a G. le envió una polverita y para usted un volumen de las Florecillas de mi biblioteca; recíballo, como un recuerdo muy personal no por lo que valga materialmente sino por el encanto inmenso que tiene para mí ese libro, y que debe tener también para usted, alma que siento en tantos puntos fraternal a la mía. La cubierta la compré en Asís, es pues un recuerdo enteramente franciscano.

Me alegro mucho de que les haya ido bien por los Chorros y de que se encuentre ahora al frente de esa



empresa. No me han llegado los números que me anuncia. Ojalá sea solo un retardo pues me gustaría conocer el periódico.

Dígame en su próxima carta si desea los Recuerdos Entomológicos de Fabre en español o en francés. La librería Sánchez Cuesta se encuentra aquí en París y me consigue fácilmente todo cuanto necesito en español. No olvide pues de contestarme la pregunta.

Muchos recuerdos a G., díglele cuantas felicidades le deseo para el año que empieza, muchos besos a mi ahijado y para usted todo el aprecio de su alma.,

**Teresa.**

París: Diciembre 28 de 1930.





## XXXVII

### *Caracas de Hace Cien Años*

**L**E recibido su última carta. He recibido también los libros que me han causado gran alegría. Mil gracias. Ya le hablaré despacio de ellos pues no los tengo a mano en este momento y aún no los he leído.

Sigo en vida tranquila, muy encerrada con los muertos de Caracas de hace cien años. ¡Qué agradable compañía y cómo me provoca a veces, oírlos, verlos, sin decir nada de ellos, que siempre será inferior a lo que fueron! Sigo siempre con mi deseo y proyectos de regresar a Venezuela y quedarme allá algún tiempo, las cosas y la gente criolla, la que no viaja y no se europeíza, me atraen ahora extraordinariamente. En ellas está todo lo que vale de veras.

Se celebró aquí el centenario de Bolívar con cierto ruido de prensa y de cosas protocolares. La misa de requiem en mi opinión estuvo fría; el baile fuera de lugar, apenas entré. En el fondo Bolívar sigue siendo aquí el autor del sombrero con muchos epítetos tropicales que lo hacen pomposo y lo dejan desconocido.



---

## EPISTOLARIO INTIMO

Cómo está G? Déle muchos saludos de mi parte lo mismo a mi ahijado cuyos progresos me encantan. Para ellos y para usted muchas felicidades en este año y éxito de todas clases.

Son los deseos de su afectísima y sincera amiga,

**Teresa.**

París: Enero 3 de 1931.





## XXXVIII

### *La Dorada Mediocridad*

AUNQUE hace pocos días que le escribí una carta muy corta por falta de tiempo, hoy vuelvo a hacerlo con más calma porque recibí la suya del dos de diciembre, escrita se comprende en esos momentos de melancolía, los mejores quizás de la vida, porque sentimos la nostalgia de lo grande y de lo bello que creemos podemos encontrar más allá, en otro ambiente, en otro género de vida y que en realidad solo está, sin que lo sepamos, en el fondo de nosotros mismos. Son los viajes de la vida interior los que pueden curarnos. Usted es sin duda un poeta que no expresa sus sentimientos porque no ha encontrado o no ha querido encontrar la forma; un místico sin religión y es esa su tristeza resignada y hermosa. Mientras más pasan los años más me convengo de que todas las cosas que nos deslumbran, el mucho dinero, el éxito, los honores, no pueden satisfacer sino a las almas positivistas y vulgares, y éstas en su pobre satisfacción no sospechan siquiera la existencia de la verdadera felicidad que nos viene del alma; el amor a la vida que nos rodea, de la cual somos una parte a la vez efímera y eterna.

Usted tiene dentro de ese mismo sacrificio continuo de que me habla, en el cual van pasando los días uno a uno, grises, sin brillo exterior, pero llenos de su propia



substancia que se dá a los suyos sin pedir nada en cambio, la suprema felicidad en la suprema generosidad. Es cierto que a cada rato sentirá el choque de la incomprensión, la vulgaridad diaria de las mezquindades desapacibles, ¿pero, dónde no se encuentran? Más o menos grandes, más o menos frecuentes, están en todas partes.

Es cierto que la vida independiente, sin la responsabilidad y las mil preocupaciones que implica una familia, nos deja correr libres, como y cuando queremos, hacia lo que nos gusta; pero ¿no queda entonces la tristeza infinita del vacío, esa nostalgia de responsabilidad y de sacrificio? Yo creo, querido amigo, que solo podemos ser felices dentro del misticismo. El siglo XIX fué un siglo demoledor por ateísmo, fué suficiente y charlatán; creyó haber dicho la última palabra con sus inventos y su materialismo y ahora estamos sufriendo las consecuencias. La gente toda se odia porque quieren arrebatarle los bienes materiales como en una piñata, y cuando una revolución o un sistema ha triunfado, son los mismos males con distintos nombres.

La única ventaja que veo yo en la vida de las grandes ciudades, es que es más fácil aislarnos de la gente, haciendo vida de solitario gracias al anonimato, pudiendo ir cuando querramos hacia lo que nos cautiva, nos distrae o nos levanta el espíritu. Pero en cambio ¡qué desventaja la de este clima sin sol, ni estrellas, ni cielo! Qué bendición la del trópico siempre en plena comunión con la naturaleza tan buena amiga y maestra. Yo creo que con bienestar económico, salud, libros, unos ratos de soledad, y una casita de campo modesta y agradable, sin saber ni leer sobre política, se puede



ser en Caracas enteramente feliz. Yo creo que la gente de la Colonia era muy feliz, tenían la dorada mediocridad y no los atormentaba el deseo de mando ni el de los millones. Con un cielo siempre azul, y la seguridad de Dios ocupándose de ellos ¿qué vida más agradable puede darse?

Quiero pedirle un favor: dígame qué clase de libros le interesan más y en qué idioma los prefiere, para tener el gusto de mandarle algunos de tiempo en tiempo. ¿Conoce usted las últimas biografías de Romain Rolland sobre los Apóstoles indios contemporáneos: Mahatma Gandhi, Rama-Krishna y Vive Kananda? Aunque encuentro que tienen el defecto de estar demasiado recargados de notas, cosa que hace difícil la lectura, dejan una inmensa paz del alma. Qué bella y qué verdad es esa doctrina de todos ellos, la de redimir el mundo por el amor y no por la violencia ni el odio. Solo que la violencia hace más prosélitos que el amor, porque exalta sentimientos fáciles y frecuentes como la envidia, por eso crece el bolchevismo y en Gandhi nadie quiere creer.

Sigo en mi vida retraída leyendo de Venezuela y de la Independencia, saliendo poco y deseando ir a tierras de sol. Aquí llueve sin cesar. Parece que no se conocía año como el de 1.930. Quién pudiera mandar esta lluvia a Venezuela donde según parece hace siempre falta!

Mis mejores saludos para Guillermina, mi ahijado y los demás niñitos.

Para usted, querido amigo, mi vieja y fiel amistad de siempre,

París: Enero 16 de 1931.

**Teresa.**



Paris Enero 16-831.

Querido amigo Carlos

Quince hace pocos dias que le escribí una carta muy corta por falta de tiempo hoy vuelvo hacelo con más calma porque recibí la suya del dos de diciembre, escrita se comprende en esos momentos de melancolía, los mejores quejidos de la vida, porque sentimos la nostalgia de lo grande y de lo bello que creemos podemos encontrar más allá, en otros ambientes en otros generos de vida y que en realidad solo está sin que lo dejemos en el fondo de nosotros mismos. Son los viajes de la vida interior los que parecen curarnos. Usted es sin duda un poeta que no expresa sus sentimientos porque no ha encontrado o no ha querido encontrar la forma; un místico sin religión y es esa su verdadera resignada y hermosa. Encuentra más fra en los años mas me convengo de que toda las cosas que nos deslumbran el mucho dinero, el culto, los honores, no pueden satisfacer sino a las almas frías y vulgares, y esa es su propia satisfacción no sorprenderá siquiera la existencia de la verdadera felicidad que nos viene del alma; el amor



a la vida que nos rodea de la cual somos una parte a la vez ínfima y eterna. Usted tiene dentro de su mismo sacrificio sostenido de que me habla, en el cual van pasando los días uno a uno, grises, sin bullos exterior, pero llenos de su propia substancia que se da a los demás sin pedir nada en cambio, la suprema felicidad en la suprema generosidad es cierto que a cada rato sentirá el choque de la incompreensión, la vulgaridad diaria de las mezquindades de aquí y de allá ¿pero donde no se encuentran? Mas o menos grandes, mas o menos frecuentes están en todas partes. Le diré que la vida independiente, sin la responsabilidad y las mil preocupaciones que implica una familia, nos deja correr libres como y cuando queremos hacia lo que nos gusta; pero no queda entonces la tristeza infuente del vacío o la nostalgia de responsabilidad y de sacrificio. ¿yo creo, querido amigo que solo podemos ser felices dentro del misticismo. El siglo ~~XX~~ fue un siglo consolador por eso fue suficiente y charlatán; dejó haber oído la última palabra con sus inventos y su materialismo y ahora estamos sufriendo las consecuencias. La gente toda se odia porque quieren exaltarse los bienes materiales como en una pirata, y cuando una revolución o un sistema ha triunfado con las mismas cosas con diferentes nombres. La única ventaja que ves yo en la vida de las grandes ciudades, es que es mas facil disuarnos de la gente, haciendo vida de solitarios granas al anonimato, pudiendo ir cuando queremos hacia lo que nos cultiva, nos interesa o nos levanta el espíritu. Pero en cambio; qué desventaja la de este clima sin sol ni estrellas ni cielo! Qué bendición la del trópico siempre.



en plena comunión con la naturaleza. Tan buena amiga y maestra. Yo creo que con bienestar económico, salud, libros, minutos de soledad, y una casita de campo modesta y agradable, sin saber ni leer sobre política, se puede ser en la vida enteramente feliz. Yo creo que la gente de la colonia era muy feliz, tenían la dorada mediocridad y no los atormentaba el deseo de mando ni el de los millones como un cielo siempre azul, y la seguridad de Dios ocupaban los de ellos; qué vida más agradable puede darse?

Quiero pedirle un favor: dígame que clase de libros le interesan más y en qué idioma los prefiere para tener el gusto de mandarle algunos de tiempo en tiempo. Conoce usted las últimas biografías de Reinhold Niebuhr sobre los apóstoles indios contemporáneos: Mahatma Gandhi, Rama-Krishna y otros en esta? Aunque encuentro que tienen el defecto de estar demasiado resacados de notas, cosa que hace difícil la lectura, definen una inmensa paz del alma. Pero tal vez que la verdad es esa doctrina de todos ellos, la de redimir el mundo por el amor y no por la violencia ni el odio, solo que la violencia hace más prosélitos que el amor, por que falta sentimientos fáciles y frecuentes como la envidia, por eso crece el bolchevismo y en Gandhi nace quiere creer.

El libro de Hispano de que me habla lo tengo. Me alegraría mucho que me enviase las revistas de Dupont. Recibí el artefacto de Concha Cepina. El diseño es una completa farsa que no me explico. Nunca le he hablado mal de ella ni siquiera la he nombrado. Me frustro de una vulgaridad sin nombre el tono de sus contestaciones dando crédito al diseño de un desconocido; así se lo hice sentir en mi res-



freesta. Se ha asido la lección y se ha causado muy herida, pero no cree usted que tengo razón, que los intelectuales de nuestros idoma tienen sentimientos de quite del mercado?

Sigo en mi vida retirada leyendo de Venezuela y de la independencia, sabiendo poco y deseando ir a tierras de sol a qué leese sin cesar. Parece que no se conocía esto como el de 1930. Quien pudiera mandar esta lluvia a Venezuela donde según parece hace siempre falta?

Mis mejores saludos para Guillemina, mi alijado y los señas viejitos

Para usted querido amigo mi vieja y fiel amista  
de siempre  
Teresa

Recibe la cuenta y libro. Conforme. Muchas gracias



## XXXIX

### *Una Carita de Tejas*

**A**QUI recibí sus últimas cartas. Después de pasar algunos días en Bretaña a orillas del mar con mamá y la familia, estoy actualmente en esta montaña solitaria muy bonita pero aburrida si no contara con los libros que son los únicos amigos que podemos trasladar a todas partes y que acompañan tanto!

No comprendo por más que busco, con quién creen en Caracas que me caso. No hay nada de éso. Si fuera cierto, ya usted lo sabría.

¿Cómo está mi ahijado? Me figuro que estará hecho un hombre. Dígale muchas cosas de mi parte. Que su madrina siempre lo recuerda y lo quiere.

Aquí, como habrá visto usted por las noticias, ha estado la situación angustiosa. Los pesimistas no hacían sino profetizar bancarrota general seguida de bolchevismo europeo causado por Alemania, guerra, horrores. Por fortuna parece que la situación se ha arreglado, momentáneamente, por lo menos, pero la crisis seguirá en aumento según dicen y la situación actual de Francia no se sostendrá mucho; el año que viene o



antes se dejará sentir aquí la crisis: ¿será cierto? — Si se implantara el comunismo en el mundo, siempre tendríamos en Venezuela un pedazo de tierra y una casita de tejas donde vivir tranquilamente y quizás con gran felicidad por la ausencia forzada de todo deseo.

Dentro de algunos días pienso ir al litoral cerca de Niza donde hay mar bonito, calor y buen tiempo. Luego iré tal vez a Italia cerca de Asís a donde me han invitado.

Mi dirección es siempre la de París de donde me harán seguir las cartas.

Muchos saludos a Guillermina y a los niñitos. Y para usted querido amigo, los mejores deseos de su afectísima y sincera,

**Teresa.**

Agosto, 17 de 1931.





## XL

### *Erclara de las Nieves*

**B**A a extrañarse y a dolerse también un poco cuando le diga de donde le escribo. Estoy en el "Gran Hotel de Leysin" Sanatorio de tuberculosos..... Tengo una lesión en un pulmón, me la descubrieron hace poco. Aquí estoy desde hace quince días, sola, en cama, con el balcón abierto de par en par sobre la nieve, y una temperatura de 3 o cuatro grados dentro del cuarto. Mi pobre "animal" de tierra caliente, expansivo y afectuoso se encuentra espantado, pero el espíritu está tranquilo, conforme de antemano con todo, creyéndose entre tierra y cielo. Todo, todo cuanto me rodea es blancura, luz y silencio. Las noches son muy lindas, tan lindas como las de Caracas, y la luna sobre la nieve de una luz rara por lo clara y es fina. Aquí leo, reflexiono, recuerdo la vida del mundo y espero; hasta que Dios quiera!

Según parece y me han enseñado en la radiografía mi enfermedad no hace sino empezar. Me había debilitado y tomé por accidente la infección. Me aseguran que mi caso es muy favorable, que me curaré pronto, que he salido de la edad peligrosa, que no ha habido casos en mi familia, etc., etc. ¡Pero qué sabe



nadie! Esta enfermedad es tan caprichosa y tan traicionera! Hay quien viene en camilla moribundo y se vá curado, otros vienen muy alegres, por dos o tres meses, y no vuelven más. Manuel Antonio Matos, tenía, recuerdo, cuarenta años cuando fué a Davos y murió a los cuarenta y dos. En todo caso me siento resignada, contenta casi con mi suerte, sea cual fuere veo estos meses o años de cura como un camino blanco, todo lleno de vida espiritual, algo parecido a la luz de la luna sobre nieve. Es el estado de gracia. Ojalá no me abandone nunca.

Isabelita mi hermana vino a acompañarme y se fué a los tres días. Desde entonces estoy presa sin casi hablar con nadie. Los libros, el sol y la nieve, es todo. Al principio es duro, las horas pasan con mucha lentitud, una lentitud absurda, para nuestra época, luego todo se vá haciendo leve hasta creer que ya no se vive en la tierra. Es el país ideal para los poetas. Leysin es la ciudad de los tísicos, los hay de todas las edades, de todas clases sociales, de todas fortunas, los sanatorios populares, los universitarios, los de lujo, todos parecen fraternizar en esta enfermedad que tanto afinca el alma.

Yo no siento nada o casi nada. Pero tampoco me dejan hacer nada. Todo esfuerzo, dicen, retarda la curación. No puedo por eso escribirle tan largo como desearía.

Mamá no sabe que estoy enferma. Cree que he venido a la montaña a fortificarme y como tampoco quiero alarmar a la familia de Caracas, le recomiendo reserva sobre el particular. Le escribiré más largo cuando me sienta más fuerte y me levante.



Ahora quiero consultarle algo relativo a la vida material, tan necesaria en todos estos casos. En vista de la baja del bolívar y de una circunstancia casual sería prudente tal vez suspender durante algunos meses los giros; es lo que quiero consultarle. Yo tengo una íntima amiga cubana, Lydia Cabrera, que vive en París pero que debe volver a la Habana en Mayo. Ella tiene depositada una suma en francos, y como no le urge cambiarlos en dólares ni le conviene, me los ofrece, a condición de que yo se los devuelva dentro de algunos meses, en dólares si sigue en Cuba, en francos si vuelve a París; yo he pensado que me conviene aceptar su proposición. Tengo en el Banco Caracas una cuenta abierta. Podría si a usted le parece depositarse allí las mensualidades de la renta. En caso de algún apuro yo pondría un cable al Banco diciendo que me girara una suma X. Si no, podría esperar unos cuatro o cinco meses a ver si mejora el bolívar. El último cheque de dos mil francos me dejó alarmada. Luego no volví a acordarme con la enfermedad y el viaje. Le insinué ésta solución, contando sin embargo con su consejo, si no le parece prudente por el porvenir, que sigan las cosas como hasta ahora. Caso de aprobar éste plan me parecería prudente no enterar a León de ello a fin de que no disminuya su celo en cobrar y su puntualidad. Usted sabe como la gente se despreocupa cuando cree que los demás no necesitan dinero. Este sanatorio, el mejor sin duda de Leysin, es caro. Yo me resolví a venir a él, no por espíritu de vanidad, sino por la comida que es excelente. Tengo un desgano inmenso y la comida es con el aire y el reposo el único remedio.



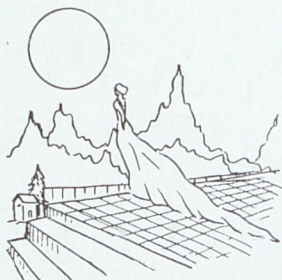
¿Sabe Carías que desde que estoy enferma, de "esclava de las nieves", no hago sino pensar en Caracas con una dulzura infinita? ¡Qué linda me parece desde aquí y cuanto desearía volver! El recuerdo de los amigos como usted de quien nunca se ha recibido decepciones, son también como sombras queridas que ayudan a pasar estas horas de paz.

Saludos a G. Muchos besos a mi ahijadito. ¿Como está? Como le quedó su vestido de marinero? Tome experiencia para usted y los suyos con lo que me ha pasado a mí. Cuando los vea debilitarse y adelgazar hágalos radiografiar enseguida. Yo me sentí mal en Octubre. Fuí casa de un profesor que me dijo que estaba perfectamente bien. De modo que me hizo perder cuatro meses!

Hasta pronto, pues, querido amigo. Le envió mis mayores deseos y mi cariño de siempre,

**Teresa.**

Leysin: Febrero 23 de 1932.





## XLI

### *En mi Cárcel Blanca*

**E**SPERO que habrá recibido mi primera carta de Leysin donde le contaba mi enfermedad y le participaba mis angustias pecuniarias respecto a la baja del bolívar. De entonces acá creo que las cosas han cambiado bastante. Estoy mejorando mucho aunque me dió una grippe, que por dos días me hizo pensar con mucha resignación en la cercanía de la muerte. Usted sabe lo frágiles que son los pulmones atacados de este mal, cualquier grippe es un pretexto. Afortunadamente la vencí bien, lo que demuestra que mi organismo se defiende con valentía. Sigo mi vida horizontal en mi cárcel blanca. Hace cuatro días que nieva sin cesar. Me he acostumbrado ya de tal manera a la cama que las horas se me van sin sentir. Viajo mentalmente..... voy mucho a Caracas. ¡Qué ocasión tan extraordinaria para escribir un libro si tuviera aún una migajita de fé en mí misma! De aquella que tenía en Macuto en 1922. Usted tenía fé y yo tenía aún más y como la fé mueve montañas! Pero todo se lo han llevado estos diez años y yo no me quejo de mi orfandad.



Un asunto práctico. No cree usted que sería mejor en adelante, puesto que estoy en Suiza, (me quedaré, no me hago ilusiones, un año si todo va muy bien) mandarme los giros en francos suizos? Puede igualmente hasta que le avise escribirme aquí al Grand Hotel Leysin, Suisse. Me escriben de París que el bolívar está ya a 5,90 respecto del dolar. ¿Será cierto?

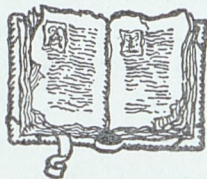
Mándeme cuando tenga ocasión un retratito de mi ahijado y saludemelo mucho, lo mismo que a Guillermina y los demás muchachos.

Aunque estoy en Leysin, puedo ocuparme siempre de conseguirle con mis librerías, los libros que desee. Nada me ha dicho sobre lo que le pregunté de si deseaba la obra de Fabre en francés o en español.

Reciba, querido Carías, mis mejores y más afectuosos recuerdos.

**Teresa.**

Leysin, 15 de mayo, 1932.





## XLII

### *Quiero Mucho a Caracas*

**N**O sabe cuanto le agradecí su cariñosa carta. Si he tardado tanto en contestarle no ha sido por olvido ni por enfermedad. Lo recuerdo diariamente. Pero tuve la visita primero de mi hermana Isabelita, luego la de Lydia Cabrera, la amiga de quién le he hablado. Eran las dos tan cariñosas que cuando no me hablaban para distraerme, me leían en voz alta, me ponían el fonógrafo o la radio. Mientras tanto las cartas sin contestar! Entre las dos me acompañaron mes y medio. Ya se fueron. Hace dos días que he vuelto a la soledad completa. Es duro acostumbrarse. Tiene algo de entierro una ausencia aquí; como está uno tan sensible, a todo se apega como los niños.

Mucho le agradezco su deseo de acompañarme que realiza en parte; lo recuerdo tanto! El otro día pensaba en el tono de tristeza interior que encierran sus cartas y me preocupaba. Luego pensé que era el resultado de sus mismas cualidades, de la sensibilidad de su alma noble, y concluí: mejor para él que sea así! Aquí, Carías, la tristeza se depura, se limpia. Es la vulgaridad



humana la que nos la ensucia allá, en el mundo. Por eso, porque no quiero que me manchen mi tristeza pura, no veo a casi nadie aquí en este Sanatorio, en donde no faltan fiestas y reuniones. Debo tener fama de salvaje.

Los libros, la música, los recuerdos, me bastan.

Le mando esa fotografía tomada en mi terraza de cura. Así me puso la vida. Ahora solo me levanto a las ocho de la noche para ir al comedor y acostarme a las diez. Gracias a este régimen y gracias sobre todo a mi naturaleza hostil a la tuberculosis, he reaccionado muy bien. He aumentado 7 kilos, el pulmón enfermo se ha aclarado y tengo un mínimum de bacilos. Si como espero en Dios no tengo recaída, ni cojo una mala gripe, podré estar en libertad enteramente curada (según me dice Jaquerod el especialista) la próxima primavera. Tal vez me vaya a Caracas como clima medio pues no me conviene aun París que como sabe es muy poco recomendable. Pero todo ésto son proyectos. Me distraigo con ellos.

Me encantan ahora los relatos de viajes. El otro día leí la excursión hecha por un inglés en 1870 al pico de Naiguatá: había nombres de personas y lugares que me eran familiares, como el relato de una noche pasada en Güeregüere" (la hacienda de los Barrios) una alusión a "Juan Díaz", me llenó de melancolía y de un deseo inmenso de irme allá a viajar así, a pie. En el fondo quiero mucho a Caracas. Le mando ese retrato tomado en mi terraza de cura:

Recibí su cable y lo contesté: "Tout tres bien", refiriéndome a mi salud y al depósito en el Banco. Creo que por ahora, puesto que aun puedo esperar con el



---

## EPISTOLARIO INTIMO

préstamo de Lydia, es mejor seguir depositando en el Banco las mensualidades.

Dígale a mi ahijado que pronto voy a verlo, que no me olvide. A G. muchos saludos y las gracias por sus cariños.

Para usted los sentimientos de mi profunda amistad.

Su affma.,

**Teresa.**

Leysin: 21 de Junio de 1932.





## XLIII

### *Abrir el Alma al Dolor de Todos*

**L**ACE unos días que me encuentro aquí en "la plaine" como dice la gente de la montaña. He venido a cambiar de clima durante estos meses suaves del otoño, para que la montaña al regreso me haga nuevo efecto y ¡a esperar la nieve, que venga y que se vuelva a deshacer en la primavera! Después no sé lo que será de mí ni hacia qué climas me lleve mi estado de salud.

No estoy tan optimista como estuve en mi última carta y usted me dice. En junio estuve realmente bien, casi curada, pero el mes de julio fué de lluvia, de niebla y de frío. Debí bajar entonces a buscar un poco de calor y tiempo seco, pero nada me dijeron y he cojido una bronquitis tenaz que es siempre una incógnita..... Mis 8 meses de vida en Leysin me han enseñado mucho: a conocer la enfermedad y a tener filosofía. Hay que estar siempre preparado a recibir una sorpresa desagradable con el ánimo alegre, sin decaer y "con elegancia". Es como en la guerra, en las trincheras, unos caen, otros esperan ayudando y compadeciéndose fraternalmente de los que cayeron, pensando en que quizás también caerán mañana, pero desafiando la amenaza con una alegría afirmativa que acaba por ser sincera..... Siento hoy un profundo desprecio por



todos los que estando enfermos "no quieren oír hablar de enfermedad ajena". Es una forma de egoísmo odiosa. Yo he llegado a creer por el contrario, que hay que abrir el alma al dolor de todos, y recoger algo cada día: se ven casos tan tristes y tan bellos! Cortar todo contacto con la vida en plena juventud es a veces renunciar a todo, morirse quedándose el cuerpo vivo, mirando como los demás se reparten lo que se ha dejado atrás: el amor, la gloria, el porvenir, todo lo que en la juventud es más que la vida misma.

Yo he llegado en una edad en que el alma está más madura para el sacrificio y el misticismo. Entre otras cosas porque ya se sabe que no son tan grandes los tesoros como se creía a los 20 años. Por eso observo, admiro y aprendo.

Ha leído la novela de Mann "La Montagne Magique"? Tiene gran fama y el premio Nobel. Pasa en un sanatorio en Davos y son dos inmensos tomos de 600 páginas. Empecé a leer el primer tomo y no pude acabarlo. Me causó una especie de molestia invencible ver como el autor sólo parecía fijarse en lo exterior; páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: cuando hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla!

Como verá por todo ésto llevé en los últimos meses una vida de mayor contacto con los otros enfermos. Desde fines de mayo comencé a salir de mi cuarto, a hacer paseos cortos, a tener amigos. La naturaleza allá en verano es muy linda y el campo está lleno de florecitas silvestres llenas de gracia como las que tanto se ven en los cuadros de los primitivos.





Esclava de las nieves



Creo, como le dije, que me quedaré aquí hasta fines de noviembre en que regresaré a Leysin a pasar el invierno. Escribame siempre al Grand Hotel de Leysin que de allá me harán seguir las cartas a donde me encuentre. Pienso mudarme del Grand Hotel, pues es demasiado caro para como están las cosas y se seguirán poniendo. Pienso instalarme en una pensión modesta donde se come bien, se tiene excelente servicio y los cuartos muy limpios y muy linda vista. Hay que renunciar a cierto confort y lujo; pues ya me están pareciendo insoportables y hasta de mal gusto, la gente del "confort y el lujo".

Lo que me dice de Caracas, no me extraña, tenía que llegar allá también. Hay quienes siempre gastan y triunfan sin saber de donde sacan el dinero: es un misterio, pero son tipos que abundan en todas partes. Recuerdo hace dos años en La Habana oía y veía lo mismo.

No se preocupe por lo demás, y si la renta se reduce a la mínima expresión, me iré entonces a vivir al Sanatorio popular; lo mismo se curan, lo mismo se agravan y lo mismo se mueren pobres y ricos.

Recibió los tomos de los Recuerdos Entomológicos de Fabre que le hice mandar de París? Nada me dice. Mucho sentiría que se hubieran perdido.

Dígale muchas cosas a mi ahijadito; que su madrina tampoco lo olvida nunca y que lo que desea es demostrarle algún día su cariño.

Vá el retrato que se me olvidó. Es de cuando no salía del cuarto.

Muchos saludos a G. y para usted todo el cariño y aprecio de su affma.,

**Teresa.**



## XLIV

### *Aceptar lo Que Venga*

 ENSANDO siempre en usted, en su última carta tan llena de ambiente espiritual, que todavía me acompaña, como un eco que se prolongara indefinidamente, han ido pasando los días sin escribirle. Hoy es domingo, hace frío y un sol muy lindo. Estos domingos de Leysin tienen un fastidio sordo e irritante, (aunque en el fondo son exactos a los otros días) si no se trata de despertar en el alma el sentimiento religioso. Acabo de oír por radio una misa, la he seguido rezando como usted me aconseja, haciendo acto de resignación a la voluntad divina, y siento actualmente un gran bienestar espiritual. Oyendo las campanas de la única Iglesia de Leysin, me ha parecido que una voz amiga me llamaba de muy lejos y he pensado que era sin duda la suya recordándome que hace ya tiempo que recibí su última carta.

Me alegro de que le hayan llegado bien los tomos de Fabre y pienso lo mismo que usted; es una de las lecturas más interesantes que pueden hacerse. Yo no he leído a Fábrc todavía, pero conozco la vida de las



abejas y de las termitas o comejenes por Maeterlinck, que me asombraron. La vida de los comejenes, sobre todo, es admirable y Maeterlinck la describe muy bien. Meditando sobre estas cosas nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra inteligencia, de la que estamos los hombres tan orgullosos; cuando se la compara a la armonía maravillosa de las leyes que dirigen el mundo: esa energía divina que penetra todos los seres y los despierta al misterio de la vida. Creo en efecto que no hay nada mejor para los niños que esa clase de lectura. Despierta el sentimiento poético y el misticismo. Yo creo que los niños son capaces de comprender cosas que no están a nuestro alcance y de las que nosotros nos reímos porque no vemos todo el sentido oculto que tienen. Ultimamente he estado en Vevey con mamá y mi hermana María; yo salía a pasear muy a menudo con la chiquita de María que tiene cinco años y es encantadora. Adora a los animales, las plantas, las flores, algunas piedras y descubre en todo dibujos y formas imperceptibles en las que uno ni se fija. Imita a los pajaritos cuando se bañan o beben agua, y un día, con mucho misterio y gagueando, porque a la pobre entre el francés, el español y el ruso que conoce muy bien, se le forma a veces al hablar una confusión graciosísima que le impide encontrar las palabras, me contó, bajando la voz y pidiéndome que no se lo contara nunca a nadie: "Tú sabes que Dicky (el perro) habla de lo más bien y cuando nadie lo vé habla conmigo? Yo le pregunté qué cosas le había dicho y me contó: "Pues que no quiere nada a los gatos porque el gato es malísimo, siempre que puede se come a los pajaritos y todas las noches hace horrores con los po-



bres ratones allá abajo en la cava, Dicky no puede ir a defender a los ratones porque le cierran la puerta del jardín, pero oye todo....." Siguió en ese estilo, narrándome con su español criollo lleno de extranjerismos, verdaderas fábulas; yo las anoté pues me pareció que estaban llenas de sentidos ocultos...

Martes. 14.—Interrumpí mi carta el domingo para ir a dar un paseo con Manuel Madriz que se encuentra aquí y con quien he simpatizado mucho, pues encuentro que tiene muy buen fondo, a pesar de la fama de calavera, o tal vez por eso mismo. Le hablé naturalmente de usted, de que le estaba escribiendo y resulta ser gran amigo suyo. No sabe con qué cariño y admiración me habló de usted. Me dijo que de niños habían sido inseparables en El Valle y me contó historias de entonces, pues tiene una memoria extraordinaria y narra cualquier cosa con mucha gracia. Me ha encargado saludos para usted y yo lo he encargado que cuando vaya a Caracas les haga una visita en mi nombre a usted y a G., para que me mande luego noticias de todos. El saldrá de aquí mucho antes que yo, en marzo, según creo.

Mi salud vá bien pero piano, piano. Tengo el aspecto de gozar de una salud estupenda, pero ya he aprendido a conocer esta enfermedad, me he convencido bien de una verdad importantísima; que casi la única forma de cura es el tiempo; hay que aliarse con él y tener paciencia. La gente, Carías, se muere de tuberculosis por ignorancia. Algunos también (y ésto parte el alma) por pobreza. La tuberculosis atendida a tiempo, sin prisa, desconfiando de las falsas curaciones, se vence siempre. Casi todos los casos fatales



vienen de que los enfermos al sentirse como estoy yo ahora, sanos en apariencia, vuelven a la vida corriente y en la mayoría de los casos al año y medio o dos años es la recaída de la que ya no se sale. Yo tuve en el mes de diciembre una recrudescencia acusada en los análisis que me afligió bastante, pues a pesar de que me he acostumbrado a aceptar con valor "lo que venga", ese valor no dura las doce horas del día y sobre todo las de la noche. Hay el desvelo en donde el mundo subconsciente se impone, con todos sus terrores y egoísmos y nos hace sufrir. Este primer mes del año 33 me ha sido por el contrario sumamente favorable. No quiero alardear pues parece que trae guiña, pero si sigo así, dentro de poco habré entrado en el período de la convalecencia. Esta para consolidar la cura debe ser larga. Yo me avengo mucho a cuidarme, pues para mi carácter es la vida ideal. No hay siquiera el peligro de caer en el egoísmo, pues por una simpatía invencible que trae la misma enfermedad, vive uno pendiente de los otros enfermos, se sufre y se alegra uno con ellos.

He vuelto al Gran Hotel. Me había ido por economía a una clínica modesta donde se tenía en el fondo el mismo cuido de aquí. Pero era en los días cortísimos de invierno y me invadió "el caffard". Los amigos y amigas de aquí me sacaron de allá y casi a la fuerza me hicieron regresar al Gran Hotel. Aquí hay muchos halls, grandes salones, grandes restaurants, gente rica y bien vestida, alegría toda para la vista, ¿pero creará que tengo la nostalgia de mis amigos de la Richemond? Eran más interesantes que los de aquí porque eran de posición monetaria modesta y entre la pobreza y



la enfermedad y la juventud también, se hacen un ambiente espiritual lleno de belleza y de armonía. Quisiera escribir sobre los casos de la Richemond como yo los veía. Cuando salí de allá me prometí volver de visita muy a menudo casi todos los días..... Sin embargo tengo ya un mes aquí y no he sido para volver una vez. Hasta qué punto nos pone de imbéciles la vida mundana y confortable. — Como Kyserling, creo que esta era de confort (él dice mecánica, es lo mismo) es la de la decadencia engreída; volvemos a la barbarie!

Mi vida en el Gran Hotel es, además, del todo contraria al espíritu de previsión y economía; me cuesta carísima y aunque trato de no salirme mensualmente de las entradas que tengo en Caracas, muy a menudo me extralimito. Quisiera regresar un tiempo allá e instalarme en Los Teques; el bolívar no piensa subir y temo encontrarme adeudada.

Vamos a sacar unos retratos con Madriz y otros amigos exclusivamente para usted, para que le conste que desde lejos se le recuerda y quiere.

Muchos cariños para mi ahijadito, saludos a G. y para usted todo el cariño y el aprecio profundo de su affma.,

**Teresa.**

Leysin: Febrero 11 de 1933.



## XLV

### *Bajo los Matapalos*

**H**ACE tiempo que no le escribo, pero no crea por eso que lo recuerdo menos. Encargué a Manuel Madriz que fuera a verlo de mi parte, él le dirá con qué cariño le hablé de usted. Espero que Madriz que llegará a Caracas a fines de este mes no se olvidará de la promesa y que irá de mi parte a hacerle una visita muy larga.

Las cartas puede seguir mandándomelas aquí que es donde recibo por ahora mi correspondencia. De aquí me la harán seguir al lugar donde me encuentre. No sé cual será ese lugar. Me paso la vida haciendo proyectos..... Muy a menudo me embarco en imaginación para Venezuela y me veo en Los Teques en una casita sencilla en medio del campo, conversando con usted, como aquella primera vez cuando fué a visitarme en Macuto, bajo los matapalos que cubrían la casa de los Guzmán que ocupaba entonces con Emilia, y a la sombra de los cuales escribía a Ifigenia. Ya hace once o doce años. ¡Cuántas cosas cambiadas desde entonces



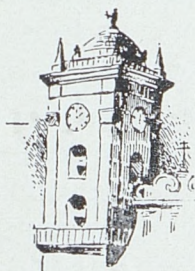
y cómo me parece haber envejecido espiritualmente! Si supiera cómo echo de menos mi petulancia de aquella época!

Ya Madriz le contará de mi salud. El estado general es magnífico, pero tengo un punto tenaz que no acaba de cicatrizar por lo cual resolví hacer un neumotorax. Ahora estoy esperando con paciencia los efectos. Quiera Dios que sean por fin definitivos!

Salude mucho a Guillermina en mi nombre y dí-gale a mi ahijado que le mando muchos besos. Para usted, mi querido amigo, el mismo aprecio y cariño de siempre,

**Teresa.**

Leysin: Mayo 18 de 1933.





## XLVI

### *Con Trufinitos la Piedad y el Amor*

**M**E encuentro ya con dos cartas tuyas por contestar! Tengo la impresión de que le ocasiono muchas molestias y como siento además que tiene muchas dificultades personales, me mortifica pensar que se las agravo quizás quitándole su tiempo. No dude nunca en contarme sus contrariedades, si la simpatía inmensa conque yo las comparto puede servirle de alivio y de desahogo.

En estos días hemos estado muy interesados siguiendo las peripecias de la novela de amor entre el príncipe de Asturias y la novia. Ella estaba aquí enferma el año pasado y conoció al príncipe también enfermo en Lausanne. Ella es una cubanita bonita (pero no distinguida, en ningún sentido) y nadie creía que llegara a casarse el príncipe con ella. Aunque el Rey no se oponía al principio, creo que por táctica lo hizo al fin cuando lo vió decidido. Pero el muchacho se portó muy bien, se les escapó una noche de Fontainebleau donde viven los reyes y él había ido a participarles el matrimonio, llegó a Lausanne, publicó sus carteles y una carta renunciando a sus derechos del trono. La familia real no vino al matrimonio que se efectuó ayer y el Rey pidió que ningún miembro de la nobleza española asistiera, pero tuvo en cambio la simpatía de-



lirante de todos los estudiantes de Lausanne y de las colonias sudamericanas.

Parece que él está mucho mejor de la hemofilia y la novia del pulmón. Con tal que no se arrepienta más tarde de haber renunciado al trono por amor! Desgraciadamente el amor se gasta pronto en el matrimonio y las ambiciones pueden surgir más tarde.

Pasó una temporada aquí Lydia Cabrera, pero se fué anteayer tal vez para seguir a Cuba donde debe arreglar las particiones de la herencia que le dejó su madre. Esta muchacha tiene un carácter encantador, es muy inteligente, muy artista y una excelente amiga. Su partida me ha dejado muy sola. No puede figurarse que desgarramiento se siente aquí cada vez que se vá alguien que ha venido a acompañarnos o con quien uno se ha unido en verdadera amistad, cosa que se forma mucho más fácilmente aquí que allá en la tierra de los sanos. La enfermedad, el peligro compartido, purifica el espíritu y despierta una fraternidad muy honda. Si a veces se descubre en las guerras y revoluciones que la maldad humana es infinita también son infinitas la piedad y el amor. Si todos trabajaran en apoyar el bando del amor, se salvaría el mundo, pero hoy es el Anticristo quien vá triunfando por todas partes.

Ha visto a Manuel Madriz? Le pedí que fuera a hacerle una visita de mi parte y le dijera cuánto lo recuerdo y cuánto lo aprecio.

Saludos a G. y muchos besos a mi ahijado. ¿Cómo se porta en el Colegio? Le gustan los estudios? Para usted el cariño de siempre.

Su affma.,

**Teresa.**

Leysin: 22 de Junio de 1933.



## XLVII

### *Y Entonces.... Veremos*

**M**E disponía a escribirle cuando llegó su carta. Yo tenía el proyecto optimista de irme a París durante varios meses y seguir luego en un sanatorio en Francia durante el invierno. Los meses en París, en casa de mamá, además de las ventajas sentimentales, hubieran tenido las económicas y lo mismo en la temporada de invierno, puesto que la vida en Francia es mucho más barata que aquí. En vista de ese plan que tanto me sonreía, seguí instalada en el Grand Hotel en una habitación demasiado costosa, que había tomado no por afán de lujo, sino por la clara y por la alegría de la vista. Usted puede comprender la importancia que tienen estos detalles en la parte moral y lo que ésta supone en una enfermedad tan larga y tenaz en la que tanto se sufre de soledad. Pero ya a fines de agosto, el Doctor Jaquerod me dijo que consideraba una imprudencia mi viaje a París, pues teniendo un neumotorax que me está dando espléndidos resultados sería una locura que me expusiera a una recaída. Como a otros enfermos declarados crónicos e incurables los deja



ir y venir, comprendí que la prohibición no era por encontrarme peor, sino al contrario mejor, en vías de un resultado definitivo y no insistí. Aquí estoy pues y sigo presa durante todo el otoño y el invierno. Tuve además que mudarme de hotel. Ahora me encuentro en el Hotel du Mont Blanc. Me costó trabajo decidirme y mucho trabajo acostumbrarme al nuevo ambiente. Usted sabe cómo, cuando estamos enfermos, nos apegamos al médico, a las enfermeras y a todo lo que nos rodea. Pasé al principio unos días de mucha tristeza, pero ya estoy reaccionando y acostumbrándome de nuevo a mi soledad.

Me he armado pues, de valor y de paciencia, aquí me quedará todo el otoño viendo caer las hojas de los árboles, luego la nieve del invierno, otra vez los retoños de la primavera y entonces..... veremos! El tiempo por ahora está muy lindo, es el mes de septiembre el más bonito en Suiza, sobre todo en la montaña. No hay la niebla de la primavera que es realmente obsesionante cuando se está enfermo y solo. Los árboles se ponen rojos y hay una luz muy fina que dá a todo el campo un tinte de melancolía.

Pronto volveré a escribirle. Saludos a G., besos a mi ahijado y para usted los mejores sentimientos de su affma.,

**Teresa.**

Leysin: Septiembre 15 de 1933.



## XLVIII

### *Vocación de Enclaustrada*

**G**REO que he dejado pasar mucho tiempo, (como me sucede aquí tan a menudo, porque el tiempo en Leysin a fuerza de ser idéntico casi no existe) sin contestar a su última carta.

Después de haber pasado, enteramente sola, los meses de septiembre y octubre, recibí a mediados de noviembre la visita de María mi hermana quien se quedó conmigo quince días, que me parecieron un sueño de cortos y de entretenidos. Antes de su llegada hacía una vida de cartujo, pues en este nuevo hotel no conozco a nadie, entre otras cosas porque no hay casi nadie a quien conocer, circunstancia magnífica para hacer largas y buenas curas que se pierden con la compañía y la conversación. Me he descubierto un poco tarde que tenía vocación de enclaustrada, pues esta soledad absoluta, lejos de desesperarme, me ha dado una gran serenidad y como el anhelo de alcanzar la perfección interior. Me parece a ratos que camino hacia ella, pero después descubro que no es mérito ninguno tener la mansedumbre de los bienaventurados cuando se vive lejos del mundo, sin las grandes y pe-



queñas contrariedades que nos proporciona a cada instante "el prójimo inevitable" de que habla Kyserling. No puede imaginarse cómo se siente aquí la crisis en la ausencia total, casi, de enfermos. El Grand Hotel que tiene una reputación mundial, a donde llegaban enfermos de todas partes, cuenta apenas con unas diez o doce personas. El otro día fuí a almorzar invitada por un amigo y éramos tres personas en el restaurant! Lo que dá verdadera tristeza es pensar que cada uno de esos puestos vacíos representa casi con seguridad una tumba más en algún cementerio, pues el porcentaje de curaciones en las ciudades es muy escaso. Esta enfermedad más que ninguna otra es cruel con los pobres, y la crisis está haciendo en estos momentos grandes hecatombes. ¡Cuántos se quedan atados a su trabajo sabiendo que no podrán dejarlo sino para la muerte! Cuando las contrariedades y la lucha por la vida lo depriman, piense, querido amigo, en el don maravilloso que Dios le dá al concederle la salud y la libertad de acción! cuando estamos sanos y felices pensamos poco, o mejor dicho no pensamos nunca en el bienestar que nos sostiene.

Hace tiempo que quería preguntarle si su hermano el poeta, Alejandro, dejó alguna obra publicada. Yo lo conocí de nombre antes de conocerlo a usted; supe su muerte, había leído su soneto del Centenario; y siempre me interesó mucho. Ahora en la soledad me vuelven los recuerdos de Caracas y de mi primera juventud, embellecidos y como purificados por el tiempo. Si tiene algún libro de su hermano mándemelo que me dará mucho gusto conocerlo. Le agradecería mucho también que me hiciera una lista de los mejores poetas



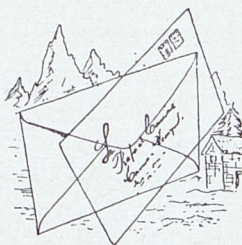
de estos últimos años (vivos y muertos), digamos: de los diez mejores, pues estoy muy poco al corriente de lo que se escribe en Venezuela. Antes recibía Cultura Venezolana, pero ya, no sé por qué, no me la mandan. y lo que publica Elite es generalmente mediocre, desde que falta allí Raúl Carrasquel. Yo voy a mandarle dos obras que me gustan mucho y aclaran ciertos puntos de vista muy discutidos, son "La Poesie pure" y "Priere et poesie" de l'Abbé Brémond. No sé si usted los conoce.

Mi salud sigue su buen camino; como ya le dije, espero llegar con paciencia a la curación completa.

Dígale muchas cosas cariñosas a mi ahijado, lo mismo que a G. y al resto de su familia. Para usted, querido amigo, todo el profundo aprecio y cariño de su afectísima,

**Teresa.**

Leysin: Diciembre 6 de 1933.





## XLIX

### *Los Buenos Pensamientos*

**A**UNQUE un poco tarde quiero mandarle mis felicitaciones y mejores deseos para el año que empieza. — No hace mucho le escribí, pero como dudo que lo felicitaba por el año nuevo, quiero hacerlo, pues creo en la fuerza de los buenos pensamientos. Aquí van los mejores: mucho éxito material, bienestar económico y, sobre todo, mucha paz del alma, lo mismo para G., los demás muchachos y en especial para mi ahijado.

Sigo bien de salud, esperando siempre en que el tiempo me traiga la curación total.

Mucho deseo poder ir a Venezuela a acabar allá mi tratamiento.

La vida, la gente, el clima y el paisaje de Suiza me hacen desear, por reacción, con toda el alma, la gente, el paisaje y el clima encantador de allá.

Muchos recuerdos a todos; otra vez muchas felicidades y mis mejores sentimientos para usted.

Su afma.,

**Teresa.**

Leysin: Enero 19-1934.



## L

### *El Juego del Anade*

**H**ACE un tiempo infinito que no recibo cartas ni noticias tuyas. Después de mi última carta ya tan vieja no he tenido contestación. Hace tiempo que quería volver a escribirle pero tuve algunos contratiempos, me fuí de Leysin y así fueron pasando los días.....

A principios de marzo me dió la bronquitis asmática que me ataca en todas las primaveras, pero este año fué más fuerte que nunca. Tuve fiebre y me ví obligada a quedarme en cama durante más de un mes. Por primera vez desde que estoy en Leysin, me sentí verdaderamente triste y descorazonada, pues pensaba que debía tratarse de una complicación seria que me escondían y veía, sin resignación, la decadencia lenta, encerrada, sin esperanza hasta llegar al fin, quien sabe entre qué sufrimientos! Perdí en gran parte el gusto por la lectura y me aburría en mi soledad llena de ideas negras. Afortunadamente este período de neurastenia o pérdida de la gracia, no fué muy largo. Cuando llegaron los días de sol, aun cuando la bronquitis seguía siempre lo mismo, empecé a cambiar, pude salir un



poco y me demostraron con las radiografías que la bronquitis era banal y que el pulmón había seguido mejorando. Como no me gusta alarmar, a nadie había participado mis temores, de modo que esos días negros los pasé en la soledad más absoluta. Después recibí la visita de Mamá que se quedó aquí unas tres semanas y cuya presencia me hizo mucho bien. A fines de abril, como la bronquitis persistía y me molestaba mucho, me decreté yo misma que era necesario bajar a la planicie y aunque los médicos no eran de opinión de que lo hiciera, tanto discutí que por fin me lo permitieron: les dije que tomaba toda la responsabilidad, que significaba el cambio de vida y de clima. El 10 de Mayo me fuí a Lausanne con una alegría infantil, como cuando a los seis u ocho años me veía en coche con mis hermanos camino a la hacienda. Me instalé en un lugar llamado Oucly cerca del lago, lleno de jardines y poco a poco fuí sintiendo cómo volvía la salud, regresando a la vida. La cosa más trivial me llenaba de alegría: tomar un tranvía como todo el mundo, ir al cinematógrafo, pasear en vapor por el lago, todo me parecía nuevo como en los días de la infancia..... Yo creo que después de tantos meses de esta vida de paz tan bienhechora al principio para los que tienen sed de vida interior, se forma en el espíritu una especie de saturación de la que es menester salir para no caer en la neurastenia. Era esa mi teoría en abril y he visto por los resultados que tenía razón. En Lausanne se reunió conmigo Lydia Cabrera que había pasado el invierno en Italia con su hermana, además como es Lausanne un centro medical y universitario, siempre se encuentra gente amiga. De los venezolanos ví a menudo a Va-



llenilla Lanz y su familia, Isabel Ibarra de Alamo, la viuda de Andrés Mata, y otros con quienes pude hablar muy largo de Caracas, del de ahora y sobre todo del de antes que es el que más me interesa. Hace unos días, ya entrado julio, en vista del calor he regresado a Leysin donde hay un tiempo fresco delicioso. Los dos doctores que me ven, están de acuerdo en decir que tuve mucha razón en haber tomado mis vacaciones y que el doble cambio me ha hecho un bien extraordinario. Ellos creen, y yo también tengo la impresión, de que nunca he estado más cerca de la curación. Usted sabe como es de tenaz esta enfermedad, yo la comparo siempre al juego del ánade, que cuando ya se toca el fin, se vuelve para atrás..... Por eso y por una especie de superstición no me gusta decir a los demás, ni aún a mí misma, que estoy cerca del término. Con Usted hago, como vé, una excepción. No se si le conté los contratiempos económicos que vinieron a coincidir con los de la salud. Pero gracias a la economía y a la subida del cambio he podido irme nivelando a pesar de los gastos ocasionados por el viaje a Lausanne. Yo no me quejo por los contratiempos económicos, pues considero que siendo sola por poco que tuviera bastaría con someterme a ello. Lo triste es, tener una familia que sostener, estar enfermo, no poder trabajar y ocasionar gastos: Se ven o adivinan aquí tantos de esos dramas, que, a la larga, por muy egoista que sea, acaba uno pensando poco en sí mismo.

Cuando tenga un momento libre, escríbame. Usted sabe cuanto me intereso por usted y los suyos. Yo sigo siempre con el proyecto de ir a Caracas al permírmelo la enfermedad. Si supiera que emprendedora



TERESA DE LA PARRA

---

me siento, qué ganas tengo de atravesar el mar y llegar otra vez a tener a la vista el Ávila.

Muchos saludos a G. y los muchachos. Para mi ahijado muchos besos y para usted el mismo afecto y profunda amistad de siempre.

Su affma.,

**Teresa.**

Leysin: Julio 18 de 1934.





## LI

### *Ensueños de Tierras Lejanas*

**M**E encuentro en París desde hace tres meses, ya convaleciente del pulmón, pero sufriendo siempre del asma que me dejó la larga permanencia en la montaña.

Después de los años de ausencia, como salgo apenas, me puse desde hace unos días a revisar mi "archivo": recortes de periódicos, cartas y retratos, todo lo que forma ya para mí un pasado definitivo, en que los años de juventud se confunden con el entusiasmo ya apagado de la creación literaria. Después de mucho leer y clasificar por años, encontré un paquete de cartas del año 22 recogido en Macuto. Entre ellas la carta de "Angel Ruiz" que tanto me había entonces animado y conmovido..... Fué una evocación dulcísima de aquellos tiempos: Emilia Barrios, la casa de los Guzmán medio en ruinas en donde me escondía a escribir, el eco del mar, el aire tibio y hasta el olor salobre que me traía ensueños de tierras lejanas, de lectores en espera, y aquel Angel Ruiz que llegaba a anunciarme lo que yo creía una alucinación de mi amor propio: el éxito literario!

La emoción conque leí ahora la carta de Angel Ruiz fué tan grande y tan llena de profunda simpatía como la que experimenté aquel domingo en Macuto mientras miraba por la ventana abierta de mi escritorio en



ruinas, cómo temblaban las hojas del inmenso matorral.

Entre esas ramas encontraban mis ojos todo lo que iba escribiendo María Eugenia Alonso. Ahora, doce años después, con la misma emoción y mucha melancolía pensé en el amigo que andaba perdido en la multitud y a quien no podía dar las gracias por la buena nueva que llegaba hasta mí. Y a pesar del olvido, a pesar de haber escrito ya dos veces sin resultado, resolví hacerlo esta tercera, no ya a Rafael Carías, sino al primer amigo, al más viejo: Angel Ruiz, por quien tengo un sentimiento de amistad tan puro y tan sincero.

Tal vez no sean los tiempos muy halagüeños y por eso no escribe, pero piense que tampoco lo son para mí y que la prosperidad une menos que el infortunio. Deme noticias de usted y de los suyos y reciba, aunque tarde para el año que empieza, mis votos por la mayor felicidad posible.

Me voy a fines de mes a España, pero aquí en la nueva casa de mi hermana dejo mis libros y muebles y aquí puede escribirme. Espero que el clima templado de Barcelona o Málaga acabe de curarme.

Muchos saludos a G., cariños a mi ahijado y para usted, Angel Ruiz, el mismo afecto y simpatía de los tiempos de Macuto y María Eugenia.

Su vieja amiga,

**Teresa.**

París: Enero 11 de 1935.

*Fin*





LA PRIMERA SALIDA

LA LECTURA SEMANAL

Raúl Carrasquel

J. Vaher TERESA DE LA PARRA

Diario de una  
Señorita que  
se fastidia



50 CENTIMOS



San Carlos  
Carrasquel  
Editorial

Edición: 6.000.—Fot. Ramírez & C.—Imp. Bolívar.—Caracas.

Caracas: 4 de Junio de 1922.



# EL DIABLO, PADRINO



JOSE RAFAEL POCATERRA

Fundador y Director de "La Lectura  
Semanal" y Padrino Literario de  
Teresa de la Parra.

Caracas - Junio de 1922.





DIARIO DE UNA SEÑORITA  
~~~~~ QUE SE FASTIDIA

Breve Comentario Editorial

*"In a few generations we shall produce women with
"as sound a constitution as men's an civilization will so
"far have mitigated the conditions of City life that they
"will not drop off like flies under forty".*

DOLF WYLLARDE".

LA autora de estos fragmentos, **Ana Teresa Parra Sanojo** —quien en lo sucesivo adoptará para hacerlo célebre en las letras venezolanas el seudónimo de **Teresa de la Parra** con el cual firma estas páginas— los ha desglosado en un volumen inédito e interesantísimo para LA LECTURA SEMANAL.

Viene la joven novelista a hacer época en su patria; llega a la hora del alba y nos ofrece, dentro de un marco de absoluta propiedad que es el estilo, ágil, lleno de gracia, de espíritu libre, de voluntad tesonera en el dibujo, algo que está más allá de la correctísima presentación literaria: el profundo sentido del alma de una protagonista que ella conoce, pero la cual no se conoce a sí misma...

María Eugenia Alonso no es precisamente "un carácter"; desgraciadamente no lo es: es un **caso**. Y he aquí el talento de la escritora que, en ciertos momentos sabe a Rachilde, en otros a Colette, pero elevando, por sobre estos admirables cerebros femeninos un concepto puro, noble y descorazonado de la vida que esas atormentadas —una en la angustia de una emotividad enfermiza, la otra fabricando una Elianta que llega a las lindes delirantes del cuadro clínico por donde cruza, a ratos, la enorme sombra de Balzac, corpulento y sonreído bajo

los mirtos inmortales;— y que ambas no quisieron o no pudieron alzar como una lámpara sobre el sencillo absurdo de sus caracteres y de sus tipos.

Hay vacilaciones de ejecución y de expresión —de expresión, sobre todo— que perdonamos a la reserva natural de la mujer pero que jamás perdonaremos al escritor, al gran escritor en crisálida que apenas apunta la punta de las alas maravillosas.

Teníamos la firme resolución de castigar estos originales; pero no ha sido posible. No ha sido posible porque pese a quien pese, caiga como caiga esta opinión, declaramos que la mujer en Venezuela, la mujer en Caracas, está mucho mejor preparada que el hombre. Y ya quisieran esos “orfebres”, malos copistas de literaturas que no han leído y de emociones que nunca sintieron y de psicologías que jamás estudiaron ni observaron, tener como Teresa de la Parra la gracia admirable, la delicadeza del rasguño y el centelleo firme y luminoso de los ojos que penetran hasta el alma, la cosa, el sér y el paisaje. . .

El día que entre nosotros, algunas cohibidas y tímidas, se atrevan a recoger el guante que esa linda y diestra mano de mujer les arroja hoy —impecable como dama e impecable como escritora— nuestra Patria va a contar por cabezas hermosas de mujer cerebros poderosos de escritor.

Nosotros saludamos en este tipo de excelencia mental y de noble espíritu resuelto la aurora de una nueva orientación literaria.

Ya no será posible el mote despectivo hacia las que escriben de las señoritingas torpes y presumidas que imaginan la feminidad como una pasiva ignorancia preconcebida de todas las más nobles cosas que viven llorando en el fondo de su corazón de mujeres.

Valdría la pena de haber fundado no una sino muchas ¡todas! las empresas editoriales de Venezuela para que Teresa de la Parra iniciara, junto con otras que ya vendrán después, la era de una literatura nacional sincera y libre, preparada profundamente en lo hondo de las grietas, y que sea a la manera de esos árboles que asoman la copa verde y audaz, desde el fondo de los valles hasta la orilla de los caminos del mundo porque hincaron hondamente la raíz en lo hondo de las entrañas fecundas de la tierra. Es la verdadera literatura de un país: firmela

una mujer bonita, distinguida, rodeada de todas las preocupaciones sociales de su época y de su medio, sígnela un pobre artista atormentado, perdido en el anónimo gris de lo que no floreció jamás.

Ya lo dijo la ilustre inglesa al profetizar que dentro de pocas generaciones tendremos mujeres tan fuertes y bien preparadas como los hombres y la Civilización habrá mitigado tanto las condiciones de la vida social que no sucumbirán bajo la opresión de un ambiente que las sofoca y las anula y las hace siervas propicias de su eterno señor.

José Rafael Pocaterra



Caracas: 4 de junio de 1922.

"La Lectura Semanal"—Nº 12.

Tomo I — Año I — Mes 3.

~~~~~









*Un fragmento que se ha tomado al azar  
en el Diario de una señorita que se fastidia*

MARIA EUGENIA ALONSO es una persona que teniendo ya diecisiete años tiene además una altísima idea de sí misma. En la actualidad esta persona se aburre extraordinariamente en una forma que, dicho sea en su elogio, es muy parecida a la forma resignada, estoica y silenciosa con que se aburren las ostras siempre inmóviles dentro de su concha. Pero como no obstante, en su larga y accidentada vida, María Eugenia Alonso ha viajado muchísimo, tiene muchísimo en qué pensar, y así, desdeña filosóficamente su presente de ostra y gracias a su imaginación, con los dulces recuerdos de su pasado teje guirnaldas de ensueño para su porvenir.

Pero como en este mundo no existe la perfección, María Eugenia Alonso que es un dechado de cualidades, tiene este pequeño defecto: exagera demasiado su propia importancia ante sus propios ojos. De ahí que ella se considere a sí misma sin discusión ninguna el centro y el eje de todo el Universo; de ahí que adore con ferviente idolatría ese conjunto de maravillas llamado: "María Eugenia Alonso"; de ahí que adore asimismo a todos los espejos puesto que todos sin excepción están de acuerdo en proclamar a gritos su belleza; y de ahí últimamente el que haya descubierto que su cabeza a más de ser preciosísima por fuera (opinión de los espejos) es, por dentro, el más abundante semillero de ideas filosóficas.

Desgraciadamente sobre la tierra predomina la injusticia y así María Eugenia Alonso en lugar de ser reina, multimillonaria, o actriz célebre,



como ella desearía y como ella se merece, no; al igual de la gran mayoría de las personas vive sencillamente en Caracas, su ciudad natal, a donde ha regresado después de una larga ausencia, hace cosa de dos meses. Actualmente se halla de luto riguroso y habita una casa muy grande y muy vieja adonde casi nunca va nadie. En la misma casa viven también su abuelita y su tía Clara, pero es como si no vivieran, porque dichas señoras en lugar de extasiarse el día entero ante la belleza y ante la inteligencia de María Eugenia Alonso, desdeñan completamente la belleza y en cuanto a la inteligencia la juzgan así: "¡Es una lástima que María Eugenia tenga la cabeza tan llena de cucarachas!"

Y es claro, como María Eugenia no tiene ocasiones de prodigar oralmente el riquísimo tesoro de su inteligencia ha decidido prodigarlo por escrito sobre el silencio del papel. Por esta razón, desde hace algunas semanas María Eugenia Alonso escribe su diario. Sí; su confidente único es ahora el blanco, amable y discretísimo papel que guardará siempre con cariño todos sus pensamientos y que nunca, jamás, emitirá sobre ellos este juicio absurdo, irritante y disparatado: ¡Es una lástima que María Eugenia tenga la cabeza tan llena de cucarachas!

La escena ocurre en los tiempos actuales.

**En donde María Eugenia Alonso describe los ratos de suave contemplación pasados en el corral de su casa.**

Caracas, diciembre de 19...

... Nuestros antepasados, los fundadores de la ciudad de Caracas, aun cuando no lo parezca a primera vista, tuvieron mucho talento. Encontraron la manera de vivir en ciudadana comunidad sin renunciar a los encantos agrestes y bucólicos de la vida campestre. Es cierto, que tendieron unas calles demasiado angostas; que las empedraron con guijarros muy agresivos; que las cubrieron de aleros y las recargaron de rejas, pero tuvieron en cambio la inteligencia y la inmensa previsión de guardar un buen pedazo de campo dentro de cada casa. ¡Ah! eran delicados y eran previsores nuestros antepasados los fundadores de la ciudad de Caracas!... Gracias a sus delicadezas y a sus previsiones es sin duda, por lo que yo, una de sus muchas descendientes, tengo el



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

alma soñadora, algo indolente y muy dada a las dulzuras de la meditación. . ."

Así pensaba ayer, mirando los distintos verdes en las matas del corral, mientras yacía acostada cuan larga soy sobre un inmenso baúl, lleno de viejas etiquetas de todas formas y colores, el cual allá, in illo tēmpore, perteneció a mi difunto tío Enrique y el cual, ahora, en la actualidad se halla situado bajo el amplio tinglado del corral frente a las gallinas meditaundas y entre la tabla de planchar y la cesta de la ropa limpia. Allí, baldado, triste y decaído, con el llanto de todas sus desgarradas etiquetas llora y llora de nostalgia el pobre viejo, mientras recuerda como yo los pasados viajes, y las pasadas aventuras por tierras lejanas. . .

Pero bien, es el caso que este pedazo de campo encerrado entre cuatro tapias que acostumbran llamar corral, es para mí una delicia y es también el origen de todos mis ensueños y meditaciones. Tía Clara no lo comprende así y dice casi todos los días:

—El puésto de una señorita no es el corral, ni su sociedad la de los sirvientes.

Podrá tener razón, pero de todas maneras me tienen sin cuidado los sermones de tía Clara sobre este particular. A mí me encantan las gallinas; me encantan las copas de los árboles que como cabezas curiosas se asoman por las tapias desde los corrales vecinos; me encantan las hojas tan verdes y tan rizaditas de la mata de acacia; me encantan las cayenas chillonas, me encantan las grandes piedras manchadas de blanco donde se extiende al sol la ropa enjabonada; me encanta el pedazo del Avila que se mira a lo lejos por encima de las matas y de los tejados; me encanta el nostálgico baúl de tío Enrique y me encanta sobre todo Gregoria, la vieja lavandera cuando conversa restregando con sus negros puños los islotes de ropa que emergen aquí y allá, en su inmensa batea como en un mar blanquísimo de espuma de jabón.

Gregoria conoce mis tendencias contemplativas y en lugar de contrariarlas como tía Clara, las alimenta. Cuando yo entro en el corral y me extiendo sobre el baúl que acostumbra a hacer las veces de "chaise longue", ella, conociendo ya mis gustos y caprichos prodiga sobre mi persona toda clase de cuidados: me cubre los pies para que no me piquen los mosquitos, cierra la puerta con el objeto de evitar toda corriente de aire; tiende en el alambre una sábana ancha a fin de



atenuar a mis ojos la luz directa del sol y suele además prestarme como almohada algún mullido paquete de ropa limpia y sin planchar.

Tía Clara detesta todas estas familiaridades con Gregoria y detesta todavía más las familiaridades de mi cabeza con la ropa limpia. Pero también me tienen absolutamente sin cuidado estos otros sentimientos anti-democráticos de tía Clara.

Y es que en el sencillo ambiente del corral, lo digo y lo repetiré mil veces, es donde únicamente paso ratos de suave contemplación y de sabrosa plática. A veces estamos en silencio y entonces, mientras Gregoria lava yo miro los caprichosos arabescos que tejieron las ramas entre sí; miro los disparates que van haciendo las nubes al pasar por el cielo; miro allá a lo lejos, más arriba de matas y tejados el misterio indefinido del Avila y poco a poco me voy perdiendo en el dulce laberinto de los ensueños... ¡Sí; sobre las durezas del baúl de tío Enrique he aprendido a soñar como soñó Jacob sobre las durezas de su piedra!

Otras veces conversamos.

¡Ah! si yo fuera poeta, habría escrito ya sin duda ninguna el elogio del jabón, multiplicándose en espuma y en luminosas burbujas por obra y gracia de los activos nudillos de Gregoria. Y es que para mi gusto no hay ningún poema comparable a ese blanquísimo poema de la batea que tan bien interpretan las viejas manos ya algo rígidas y temblorosas. Sí: ¡cómo brillan las aladas y negras manos sobre la inmaculada blancura! ¡Parecen a ratos dos enamoradas golondrinas retozando y persiguiéndose una a otra sobre el mismo pedazo de nube!... y sin embargo, mucho más chispeantes y luminosas que la espuma del jabón son las palabras que en el entretanto van surgiendo de su boca y son más fecundas en filosofía que fecunda es la blanquísima espuma que crece y crece eternamente tras el continuo batir y restregar.

Es esto lo que tía Clara no comprenderá jamás y lo que yo he descubierto desde hace ya mucho tiempo. Gregoria es la sabiduría sencilla y sin complicaciones. Bajo la maraña de su pelo lanudo se esconde como en el misterio de un brillante negro la chispa clarísima del más agudo ingenio. Gregoria posee además la facultad de expresarlo porque domina a maravilla el arte rarísimo de la conversación. Tan sobria es en palabras superfluas como rica es en ideas y en gestos expresivos. Los gestos de Gregoria tienen sutilezas y matices adonde no puede llegar jamás la palabra. Hay veces que son miradas miste-



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

riosas y largas como puntos suspensivos; otras un súbito relampaguear de pupilas que imitan el asombro de las exclamaciones; tiene guiños epigramáticos, caída de párpados que son paréntesis, silencios repentinos que resultan epílogos muy elocuentes y carcajadas que describen en sus notas como la música wagneriana todos los sentimientos y las pasiones que pueden agitarse dentro del alma humana. A veces en obsequio a la reserva y discreción que exigen ciertos temas delicados, lo que empezó frase acaba en mímica. El silencio parece entonces presidir la escena; en la batea, momentáneamente abandonada chisporrotea imperceptible la espuma del jabón, las expresivas manos vuelan y revuelan rápidas o lentas por las cercanías del rostro y los tres juntos realizan prodigios descriptivos.

Naturalmente, después de haber saboreado toda la gama de colores que atesora en su paleta la conversación de Gregoria, al oír hablar a las personas bien educadas como son verbigracia abuelita y tía Clara resulta muy insípido y sumamente desteñido. Y es que Gregoria maneja con el supremo buen gusto del artista esta serie de gestos que a falta de intérpretes inteligentes la buena educación, en su cordura, ha decidido vedar y prohibir completamente.

Es así, en mis largas pláticas, con Gregoria, como he llegado a conocer dos cosas a la vez: por un lado muchos ocultos repliegues del alma humana y por otro lado todas aquellas intimidades de mi familia que Abuelita y tía Clara tienen gran cuidado en no referir delante de mí y que por lo tanto son las únicas que a mí me interesan.

Sí; por Gregoria he sabido muchas cosas. He sabido que tío Eduardo fué siempre egoísta, mezquino y ordenado; todo a la vez; que cuando pequeño escondía siempre sus juguetes y jugaba con los de tío Enrique, es decir, que durante su infancia hizo siempre con los juguetes de tío Enrique lo mismo que ha hecho ahora en su edad madura con las tres cuartas partes de la Hacienda San Nicolás que me pertenecían a mí y que se ha cogido de un todo para él; por Gregoria he sabido que tío Enrique desdeñaba completamente todos sus juguetes, razón por lo cual se los dejaba a tío Eduardo muy contento puesto que él prefería mil veces subirse a las matas para atisbar la vida ajena y para tirar piedras y frutas verdes a los corrales vecinos; por Gregoria he sabido, y en esto actuó muchísimo la mímica, que mi Abuelo Aguirre aunque de costumbres pacíficas y ordenadas "se alborotó" ya viejo



con cierta bailarina francesa, lo cual tuvo por resultado el que su cama, bajo la orden y dirección de Abuelita saliese de su cuarto, atravesáse bélicamente el comedor como atravesaron los israelistas el Mar Rojo para venir a aposentarse aquí, en el segundo patio en donde se halla ahora este mi cuarto, y que mientras duró dicha mudanza o anomalía ella no se dignaba contestar nunca cuando él la llamaba o dirigía la palabra; por Gregoria he sabido que tío Enrique cuando regresó de Europa ya grande, solía enamorarse de todas las sirvientas que hubiera en la casa lo cual hizo que Abuelita escogiese en adelante para su servidumbre todos aquellos rostros femeninos en donde la naturaleza hubiese acumulado el mayor número posible de disparates y desórdenes; por Gregoria he sabido que María Antonia, la antipatiquísima mujer de tío Eduardo es de un origen muy oscuro por no decir muy negro, que fué tío Pancho Alonso, quien una vez que la dió por coleccionar genealogías averiguó en un dos por tres con pelos y señales la de María Antonia y resultó ser tan accidentada y tortuosa que desde entonces María Antonia abomina a tío Panchito como al más vil e intruso de los delatores; por Gregoria he sabido que mamá tenía un carácter que era dulce y era alegre a un mismo tiempo mientras que el de tía Clara aunque de exterior apacible era intensamente apasionado, razón por la cual su vida había sido una vida tan dolorosa y tan triste; y finalmente por Gregoria he sabido cómo tía Clara, siendo muy joven se enamoró perdidamente de aquel novio suyo que yo recuerdo entre sueños cuando me daba dulces y me hacía gallitos con pedazos de papel; cómo de repente, después de muchísimos años de noviazgo se averiguó que él andaba enamorado de otra más joven y bonita; cómo algún tiempo después no volvió a sus diarias visitas, y cómo un día tras el llorar infinito y amarguísimo de tía Clara, él acabó por fin casándose . . . . con la otra.

—Desde entonces— añade Gregoria, sacando las negrísimas manos de la blanquísima espuma y escogiendo entre su repertorio las más sentimentales expresiones— desde entonces: ¡se acabó la Niña Clara! Ya no volvió a salir más, se metió en la iglesia y empezó a ponerse delgada y pálida . . . pálida como está ahora, que más que la niña Clara de antes parece la pobre un mismo cirio, de esos que llevan el jueves santo en las procesiones . . .

Y con semejante frase terminó Gregoria una de sus largas disertaciones acerca de tía Clara ayer a cosa de las once de la mañana.



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

Ahora bien, como yo soy tan aficionada a metáforas o símbolos, y como para desarrollar un tema apropiado tengo esta elegancia y esta fecundidad que ya desearía tener cualquiera de esos admirables poetas llamados simbolistas u orfebres; es claro, al ver que Gregoria esbozaba este símbolo del cirio no quise perder la ocasión de desarrollar un tema tan adecuado. Y así, mientras ella volvía en silencio a su trabajo, yo me hundía en el terreno de las afinidades psicológicas, y acostada siempre en el baúl y mirando a lo lejos la montaña, me puse a comentar el caso diciéndome a mí misma llena de la más dulce melancolía:

—Sí; pobre tía Clara, sí! . . . Eres el cirio votivo cuyo fuego idealista va consumiendo, consumiendo, tu propia vida, y tu vida es la luz mística y perseverante que olvidada de todos arde en la sombra bajo el silencio y bajo la soledad de los altares. A nadie alumbró nunca esa luz tuya y el día en que te apagues no dejarás a tu alrededor ni oscuridades ni fríos de soledad porque sólo has sido fuego lírico de sacrificio, porque en el lento consumirse de tu vida ni fuiste jamás lumbre en el hogar ni serás nunca luz para el camino! . . .

Así andaban más o menos mis poéticas consideraciones y así hubieran andado muchísimo tiempo más si no fuera porque de pronto se abrió muy buscamente la puerta del corral y como al conjuro de algún encantamiento apareció en ella la cabeza de tía Clara; pero no en aquella actitud macilenta, propia de los cirios, no, sino agitada, encendidos los ojos y un tanto molesta que decía encarándose conmigo:

—¡Mira, María Eugenia, si en lugar de estar en el corral, a puerta cerrada, ensuciando con tu cabeza la ropa que nos vamos a poner, estuvieras donde te corresponde, no sería menester llamarte a gritos por toda la casa exactamente lo mismo que a "Jolie", mi perrita lanuda cuando le da por esconderse debajo de algún mueble. Hace más de una hora que sin acordarme de tu dichosa manía por el corral ando loca, detrás de tí, registrando la casa entera: ¡te llaman por teléfono!

—¡¡Eureka!!— exclamé yo, por ser ésta, aunque un poco pretenciosa la única interjección a que me ha dejado reducida Abuelita— ¡Eureka! y ¡¡Eureka!! ¿quién podrá ser y para qué me querrán? . . .



Y levantándome de un salto atravesé como corriente de aire por patios y puertas hasta llegar al teléfono y pronunciar la mágica palabra:

—¿Quién es?

Y era la mil veces bendita Mercedes Galindo que me llamaba para que fuese en la noche a comer con ella. Tío Panchito haría las veces de acompañante o chaperón: vendría a buscarme y volvería a traerme: ya estaba convenido. Mercedes añadió:

—Quiero que a la noche estés muy bonita, es decir, tan bonita como el otro día que es lo más bonito a que puede llegar una persona.

Esta frase que me pareció resplandeciente de verdad, lo mismo que parece resplandeciente de luz el sol del mediodía me puso de un admirable buen humor. Y como afortunadamente por el teléfono yo no podía percibir el perfume turbador que usa Mercedes, ni la fastuosa palidez de sus perlas, ni el suave brillo de su vestido de terciopelo, ni aquella encantadora sonrisa que es un escándalo de labios rojos y de dientes blancos; como por el teléfono repito, no me era dado percibir esta serie de circunstancias, las cuales, a más de la persona contribuyeran a despertar en mí el día de su visita aquel imoportuno sentimiento de timidez, libre por completo de dicho sentimiento, me fué dado el contestar con mucha elegancia a su amabilidad, diciendo: que si tal opinaba ella, yo entonces, me vería obligada a creer que su casa era como los severos y desnudos claustros de los conventos en donde los monjes acaban por olvidarse a sí mismos a fuerza de no mirarse jamás en los espejos.

Esto dije a Mercedes, lo cual era decir en pocas palabras que su belleza es superior a la mía, cosa que puede pasar como finura, pero cuya falsedad salta inmediatamente a la vista. Mercedes es muy linda, sí, Mercedes es preciosísima pero yo soy todavía mucho más bonita que ella. No cabe duda: soy más blanca, tengo más sedoso el pelo, soy un poco más alta y soy mucho más joven. La gran ventaja de Mercedes sobre mí es aquel refinamiento suyo, sí, aquel chic incomparable.... ¡Ah! si yo tuviera dinero!.... Ah! Si tío Eduardo no me hubiera quitado las tres cuartas partes que me correspondían en la hacienda San Nicolás!....

Pero volviendo al teléfono. Después de aquellas mutuas y galantes réplicas y después de muy cariñosas despedidas, se dió por ter-



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

minada nuestra conversación. Yo entonces, me dirigí a mi cuarto, eché dos vueltas de llave en la puerta, con el objeto de que tía Clara no entrase de sopetón a cortar por segunda vez el hilo de mis pensamientos, y así, tomada esta precaución comencé a deliberar. Lo primero que hice fué abrir la hoja de mi armario de luna e instalarme de pié frente a él, es decir, hacia el lado derecho del armario que es en donde se alinean en fila todos mis vestidos. Una vez allí, con mis dos brazos en jarras sobre la cintura, actitud ésta, que diga lo que diga Abuelita es sumamente propicia en los momentos de gran indecisión, poco a poco fuí pasando revista. Y así mientras mis ojos iban de un vestido a otro vestido, mis labios murmuraban por lo bajo, a modo de letanía:

—¿Cuál me pondré? ¿Cuál me pondré? ¿Cuál me pondré?

Y por fin resolví ponerme mi vestido de tafetán de Persia.

Ya solucionado este primer problema, arrastré mi silloncito hasta colocarlo junto a la ventana, me senté en él adoptando una posición muy cómoda y comencé a pensar así:

Seguramente que esta noche irá también a la comida el tan anunciado y cacareado Gabriel Olmedo. Sí; no hay duda que irá y que me lo presentarán hoy mismo. Bien. Hay que tener en cuenta las leyes draconianas que Abuelita y tía Clara suelen aplicar a la cuestión del luto: un invitado extraño puede dar a una comida cierto aspecto de fiesta; y si ellas por desgracia percibieran el aspecto: ¡patatrás! o me llaman "hija sin corazón" lo cual es muy desagradable, o me dejan sin ir a la comida, lo cual es mucho más desagradable todavía. ¿Qué hacer?

Y como en el almacén de mi cabeza nunca faltan recursos; para allanar el conflicto y a guisa de medida de precaución, decidí elaborar la siguiente mentira: diría que Mercedes se encontraba sola, solísima, completamente sola, que su marido estaba ausente y que por esta razón me invitaba ella para que fuese a acompañarla.

Y claro, después de haber resuelto estos dos interesantísimos problemas, primero el del vestido y luego el de eliminación de comensales, me quedé tan satisfecha como debe quedarse un general después que ha trazado su plan de batalla.

Pero ahora, en forma de comentarios digo, que es verdaderamente prodigiosa la rapidez y la profundidad con que ha echado raíces en



mí, esta costumbre de mentir. Desde que vivo con Abuelita miento a cada paso, lo cual ha servido de gimnasia a mi imaginación que se ha desarrollado muchísimo, adquiriendo a la vez agilidades asombrosas. Hace algún tiempo yo no mentía. Desdeñaba la mentira como se desdeñan todas aquellas cosas cuya utilidad nos es desconocida. Ahora, no diremos que la respete muchísimo ni que la haya proclamado diosa y me la imagine ya, esculpida en mármol con una larga túnica plegada al igual de la Fé, la Ciencia o la Razón, no, no tanto, pero sí la aprecio porque considero que ella desempeña en la vida un papel bastante flexible y conciliador que es muy digno de tomarse en consideración. En cambio, la Verdad, esa victoriosa y resplandeciente enemiga de la mentira, a pesar de su gran esplendor y a pesar de su gran belleza, como toda luz muy fuerte, es a veces algo indiscreta y suele caer sobre quien la enuncia como una bomba de dinamita. No cabe duda de que es además un tanto "trouble fête" y la considero también en ocasiones como madre del pesimismo y de la inacción. Mientras que la mentira, la humilde y denigrada mentira, no obstante su universal y malísima reputación, suele, por el contrario, dar alas al espíritu y es el brazo derecho del idealismo, ella levanta el alma sobre las arideces de la realidad, como el globo vacío levanta los cuerpos sobre las arideces de un desierto, y cuando se vive bajo la opresión nos sonríe entonces dulcemente, presentándonos en su regazo algunos luminosos destellos de independencia. Sí; la mentira tiende un ala protectora sobre los oprimidos, concilia discretamente el despotismo con la libertad y si yo fuera artista la habría simbolizado ya, como a su dulce hermana la Paz en la figura de una nivea paloma, tendido el vuelo en señal de independencia y ostentando una rama de oliva en el pico.

Sé perfectamente bien que estas ideas son para escritas y no para dichas. Si yo acertara a enunciarlas delante de Abuelita por ejemplo, ella se pondría inmediatamente las dos manos abiertas sobre los oídos y me cortaría la palabra diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué disparates! ¡Qué ideas tan inmorales!

Y es que Abuelita al igual de la gran mayoría de las personas tienen a la pobre moral amarrada entre cadenas y condenada a una especie de "démodé" espantoso. Yo no. Yo creo que la moral podría cambiar de vez en cuando lo mismo que cambian las mangas, los som-



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

breros y el largo de los vestidos. Pero siempre, siempre, una misma cosa? ¡Oh! no, no, no, eso es horriblemente monótono, y es una prueba palpable de lo que yo he dicho siempre; "¡La humanidad carece de imaginación!"

Y sin embargo, debo hacer constar que a pesar de mis teorías sobre esta tesis de la mentira, en la práctica, mi rutinario sentido moral no se encuentra todavía completamente de acuerdo con ellas. Lo sentí ayer, en el punzante aguijón del remordimiento que es a mi ver el alerta centinela que vigila las puertas de dicho sentido moral y acostumbra anunciarnos sus conquistas o decadencias.

Y fué que anoche, cuando ya vestida con mi traje de tafetán de Persia me iba a la comida, comparecí primero ante la presencia de Abuelita. Ella me vió y sonrió, con esa sonrisa suya que como la sonrisa de Gioconda encierra un misterio en su expresión, que yo conozco muy bien. . . . ¡sí! . . . ese misterio, es el misterio de una inmensa vanidad maternal que me halaga y me satisface muchísimo, porque es tan mudo y tan elocuente como el elogio de los espejos. . . . Pues bien, anoche, al verme venir, Abuelita acercó inmediatamente a sus ojos los impertinentes de carey y dijo acentuando más que nunca dicha misteriosa sonrisa:

—¡Tánto vestirse y tánto componerse para ir a comer sola con Mercedes! ¡Qué presunciones, Señor!

Y yo, mientras pensaba: "Abuelita me encuentra lindísima pero no me lo dice para no envanecerme más de lo que estoy" sentí a un mismo tiempo, en vista de su credulidad y candidez el agudísimo y punzante aguijón del remordimiento. Tan grande fué, que tuve verdaderas tentaciones de exclamar rebosante de contrición:

—¡Abuelita, no creas lo que te dije! aunque me llames "hija sin corazón", sabe que voy a comer con Mercedes acompañada de un ejército de personas si es que ella ha tenido a bien el invitarlas.

Pero como la mentira no admite en sus filas a los prófugos ni a los pusilánimes, no tuve más remedio que exclamar interiormente como los soldados heroicos: "¡Adelante, siempre adelante!" y respondí:

—Tengo en mucho la opinión de Mercedes, Abuelita. Para mí una sola persona de buen gusto equivale a una muchedumbre de gente que no sepa vestir.



En realidad, no hubo ejércitos ni muchedumbres en la comida de anoche. Había sido dispuesta en honor mío, y en consideraciones a mi duelo, a más de tío Panchito. Mercedes y su marido, sólo se encontraba en ella como lo había previsto ya, el llamado Gabriel Olmedo. A decir verdad creo que tío Pancho exageró muchísimo cuando lo describió, tanto, que anoche al verle entrar en el salón de Mercedes tuve una verdadera decepción, si es que esta palabra: "decepción" puede usarse al hablar de aquellas personas hacia quienes sentimos desbordarse nuestra indiferencia. En primer lugar tiene los ojos y el pelo negros como pedazos de carbón, cosa ésta que me produce un efecto detestable; además, sus piernas son demasiado largas para el busto, usa unos zapatos de forma muy fea y tiene los tobillos muy gruesos. Sin embargo, en general y viéndolo despacio, no resulta mal para aquellas personas que encuentren agradable el color trigueño, pero como a mí no me gusta ver el pelo negro azabache sino en el lomo de los gatos y que en las personas me cripa y me desagrade muchísimo, Gabriel Olmedo, con su lisa y perfumada cabeza color "ala de cuervo" me impresionó anoche bastante mal. Moralmente lo encontré muy pretencioso. Creo que Mercedes debe haberle comunicado ya "aquel proyecto", porque él, aunque amable y correcto en apariencia, tomaba a ratos actitudes de rey coronado y adherido a la soltería a quien su gobierno anda buscándole novia.

Afortunadamente que yo, por mi parte, tengo la conciencia y la inmensa satisfacción de haberme dado cien veces más tono que él. ¿Fué debido a las amabilidades y al exquisito tacto de Mercedes? . . . ¿Fué debido al perfumado cocktail seguido de varias copas de champagne? ¿Fué debido más bien a la multitud de espejos que reflejaban continuamente la armonía de mi figura? . . . No sé; pero es el caso que anoche, lejos de experimentar timidez alguna, tuve todo el tiempo el delicioso sentimiento de mi propia importancia, cosa que me hacía estar muy a gusto con los demás y conmigo misma. Ahora cuando pienso en ello, noto que desde anoche, ha bajado unos cuantos grados en mi conciencia dicho sentimiento de importancia. Esto me hace creer que decididamente debió ser el cocktail y el champagne quienes al subirse un poco hacia mi cabeza hicieron subir también junto con ellos y en varios grados el termómetro de mi vanidad, termómetro que, dicho sea de paso, según he observado últimamente es muy sensible,



y es más dado a subir que a bajar. Pero de todos modos: ¡bendito sea! puesto que me ayudó a demostrar ayer ante los negrísimo ojos de Gabriel Olmedo, el inmenso caudal de indiferencia y desdén que atesora mi alma para enterrar en ella a los hombres pretenciosos.

La casa de Mercedes es preciosa y su mesa elegante y rica como la de un palacio. Los más finos objetos de plata alternan por todos lados con cristales de Bohemia y porcelanas de Saxe y de Sevres. Tiene en las paredes espejos, tapices y cuadros de gran mérito artístico y las plantas surgen alegremente por toda la casa dentro de legítimos jarrones de la China. "Todo son restos del naufragio", dice Mercedes, iluminando "el naufragio" con una sonrisa y aludiendo a los tiempos en que vivía en París en un precioso hotel propio, rica y bien relacionada como una princesa. Y es que debido a los despilfaros y a los desaciertos de su marido han perdido los dos gran parte de su fortuna y a eso lo llaman ellos el naufragio.

Alberto Palacios, marido de Mercedes, es muy simpático y como ella, tiene también mucho mundo y dón de gentes. Noté sin embargo que no obstante su amabilidad exterior, habló varias veces a Mercedes en un tono que tenía cierto matiz de brusquedad, lo cual me hizo pensar: "Abuelita y tía Clara deben tener razón al decir que la trata muy mal, y ¿cómo puede tratarse mal a una criatura tan llena de encantos y de atractivos? También observé que Alberto Palacios después de admirar mucho mi belleza, cosa que me pareció muy bien, durante la comida, me miró varias veces con una expresión que... francamente en su edad resulta ya algo disgraciada... algo ridícula... algo extravagante... algo... ¡pero bueno! digamos que resulta ser lo mismo, exactamente lo mismo que era, la expresión aquella con que solía mirarme Su Excelencia el Ex-Ministro de Bolivia en el Japón y con eso ¡ya está dicho todo! Según pienso ahora esta expresión ridículísima, es, sin duda ninguna, lo que llama la gente: "tener expresión de sátiro"... y ¡claro! como afortunadamente yo tengo muy buena memoria, anoche, no bien la ví reflejarse por primera vez en el rostro de Alberto Palacios, me acordé al punto de aquellos ratos fastidiosísimos pasados a bordo, frente al mar, por culpa de mi buena educación, por culpa de Su Excelencia y por culpa de los libros histórico-literarios que escribía y que leía continuamente Su Excelencia. Y así, gracias a Su Excelencia y gracias a mi admirable memoria, me



guardé mucho, mucho, muchísimo, de hablar ni de bromear con Alberto Palacios aun cuando él dijera bellezas de mi belleza.... ¡Ah! razón tiene Abuelita cuando alaba la experiencia y dice que es la madre de nuestra futura tranquilidad!

Pero bien, aparte de estas pequeñas observaciones, al resumir mi impresión general puedo decir que anoche pasé un rato verdaderamente encantador. Desgraciadamente, no sé cuando volverá a repetirse. Por mi parte, yo, lo repetiría todas las noches. Sí.... ¡Qué ambiente delicioso se respira allá en la casa de Mercedes!.... No parece sino que con los cuadros, los tapices y las porcelanas de Sevres, se hubiesen traído ellos para llenar su casa algo de aquel divino ambiente que sólo me fué dado respirar algunos días, durante mi último y cortísima permanencia en París....

¡Ah! me olvidaba ya de un detalle importantísimo. Y fué que anoche, cuando ya nos marchábamos, mientras Mercedes había ido a buscarme la ofrecida miniatura, tío Panchito se acercó a Gabriel Olmedo que se hallaba junto a la puerta de salida, algo alejado de mí y le preguntó a media voz:

—Bueno ¿y qué te ha parecido mi sobrina, Gabriel?

—Tú sobrina, Pancho, —contestó él en el mismo tono— es la tentación bíblica del Paraíso encerrada en el más divino cuerpo de Grecia. Espero sin embargo que yo sabré resistir al embate de la tentación y que no caeré en el pecado de enamorarme de ella. Mi libertad, Pancho, no la sacrifico yo ni aun a los preciosos pies de esa muñeca sobrina tuya. Pero llévatela sin embargo, sí, llévatela pronto, hazme el favor, y escóndela donde yo no la vea más, que es propio de sabios y de prudentes el evitar las tentaciones.

Este diálogo llegó perfectamente a mis oídos, a pesar de que yo, en aquel instante, parecía estar profundamente abstraída contemplando un óleo copia de Greuze que representa una muchacha abrazada a su perrito. Las anteriores palabras sorprendidas a distancia, son una de las razones por las cuales opino que el tal Gabriel Olmedo, a más de trigueño y corto de talle es un sér pretencioso, imbuido de sí mismo, que habla de la importancia de su "libertad" como si fuese algún pueblo o nación. En el fondo no parece poseer más cualidades que la de no tener mal gusto, y la de ser acertado en sus apreciaciones.



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

Anoche, cuando ya de regreso a esta casa, tío Panchito se despidió de mí, yo, me quité el abrigo que me había puesto para atravesar la calle, y en el fresco de la noche, en pleno patio de entrada, junto a palmas y rosales, apoyada en uno de los pilares, me dí a mirar y a sentir la infinita serenidad del cielo. . . . Y así mirando la luna y mirando las estrellas tuve grandes deseos de irme volando por el divino espacio, lejos, muy lejos, no sé dónde. . . . lo mismo que se van las palomas mensajeras. Y con los ojos siempre fijos hacia arriba pensé en el volar glorioso de los que tienen alas, pensé en la frase que había dicho Gabriel Olmedo sobre su libertad, y pensando en las alas, y pensando en la divina libertad y pensando en la frase de Gabriel Olmedo, sin saber bien lo que decía, me puse a decir así, entre irritada y ansiosa:

—¡Su libertad! . . . ¡Su libertad! . . . Ah! si creará él que yo no aprecio la mía! . . . La apreció, sí, la aprecio muchísimo. . . . la aprecio tanto, pero tanto, que la próxima vez que venga a verme tío Panchito, yo también le diré:

—“Mi libertad, tío Pancho, no la sacrificaré yo jamás a los pies de un hombre que tiene los ojos negros! Porque has de saber tío, que yo odio los ojos negros, sí, los odio tanto como adoro mi libertad!”

Y una vez tomada tan firme resolución, frente a los rosales del patio y bajo la inmensidad del infinito, resolví por fin venirme a acostar, porque la noche de ayer era muy fresca y mi traje de tafetán de Persia es demasiado escotado para estar al sereno sin abrigo.

Pero hoy en la mañana me he puesto a reflexionar. . . . Ahora pienso: si la próxima vez que venga tío Pancho, yo le hiciera la anterior declaración acerca de mi libertad, es segurísimo que al oírme, se reirá a carcajadas y me contestará en medio de su risa:

—¡Pobre María Eugenia! ¡Si tu libertad no existe! ¡Ni tu libertad existe ahora, María Eugenia, ni ha existido antes, ni existirá jamás! Tu libertad es un mito; sí; es una de las muchas fantasías o aberraciones que se agitan en tu cabeza. Por consiguiente, me parece mejor que no alardées tanto sobre el particular!

Naturalmente que yo, en caso de oír semejante verdad, no me quedaré callada sino que contestaré al punto indignadísima:

—¡Te equivocas, tío Pancho, te equivocas! ¡Mi libertad existirá en el futuro, tan cierto como existe hoy la luz del sol! Y si no dime:



¿quién, quién, puede prohibirme a mi el día que yo cumpla veintiún años, que me vaya de esta casa, si es que así se me antoja y me contrate en París, Madrid o Nueva York como bailarina, cupletista, o actriz de cinematógrafo?...

A lo cual Abuelita, de estar presente, soltará la costura o lo que quiera que tenga entre las manos, se quitará los anteojos y exclamará espantada:

—¡Por Dios, María Eugenia! no hables así, eso no debes decirlo tú ni de broma!

Y tía Clara, por su lado, opinará también:

—¡Esas son las ideas que sacas de tus conversaciones con Gregoria y de los libros inmoralísimos que lees cuando estás encerrada con llave, allá, en tu cuarto!

Y es muy posible que entren en sospechas y una mañana mientras yo me encuentre en plena "reverie" acostada sobre el baúl de tío Enrique, tía Clara y Abuelita vengan a mi cuarto en són de pesquisa, hagan un registro, den con las novelas inmorales que tengo escondidas en el doble fondo de mi armario de luna y resulte de todo ello un horrible disgusto.

Por estas razones me parece muchísimo más prudente no mencionar mi libertad delante de tío Panchito... y también por esta razón me he encerrado hoy en mi cuarto desde muy temprano y escribo... escribo... escribo... Ah! tía Clara, eso es lo que tú no sospechas! Cuando estoy encerrada en mi cuarto no leo, no, escribo, escribo todo aquello que se me antoja porque el papel, este blanco y luminoso papel, me guarda con amor cuanto yo le digo y nunca, jamás, se escandaliza, ni me regaña, ni se pone las manos abiertas sobre los oídos!...

Sí, hoy escribo, y mientras voy escribiendo miro caer la lluvia a través de mis postigos... porque desde muy temprano llueve espantosamente... Sería más o menos estas horas cuando tía Clara fué a avisarme ayer que me llamaban por teléfono. ¡Y cómo corren las horas! Desde mi escritorio miro el reloj, miro gotear la lluvia sobre las hojas pulidas de los naranjos, pienso en el correr del tiempo, y no sé por qué hoy esta casa de Abuelita me parece más grande, más silenciosa, y más aburrida que nunca...





## *Un segundo fragmento que también se ha tomado al azar en el mismo Diario*

En donde se ve muy a las claras que no es tan gran calamidad la de tener los ojos negros y en donde se demuestra, además, cómo un hombre de talle corto y de tobillos gruesos puede hacerse desear muchísimo en el espíritu de una señorita que se fastidia.

---

Hacienda San Nicolás, Febrero de 19...

*H*ACE ya más de una semana que estamos en San Nicolás.

Esta casa, vieja casa de hacienda de los Alonso, hecha quizás por los propios esclavos servidores de la familia que también se llamarían Alonso, como sus amos; esta casa grande, desnuda de paredes y altísima de techos, me ha recibido con mucho cariño y mucha melancolía. Sabe sin duda que soy el último retoño de sus antiguos dueños y me guarda en ella con reverencia y con lástima, como se guarda a uno de esos pobres vástagos destronados que vegetan tristemente en algún oscuro rincón de sus perdidos dominios.

Como los vástagos destronados tengo en San Nicolás mi solitario rincón y es este cuarto que me han adjudicado para mí sola. Ya está tan lleno, tan lleno y tan rebosante de mí misma que lo quiero mucho. Lo quiero además porque se parece a mi cuarto de Caracas y porque tiene reja sombreada y florecida como la tiene aquél. Pero sucede que allá, en Caracas, los azahares que brotan en los naranjos de mi reja, son propiedad de los naranjos y aquí no; aquí las flores que brotan



en la rama de acacia que viene a sombrear mi reja, no son propiedad de la mata de acacia sino que pertenecen a una bellísima que un poco más allá de la ventana ha trepado por la pared, se ha agarrado a la acacia, se ha metido por ella y la tiene toda agobiada y entretejida de bejucos y de flores. Y la acacia en lugar de protestar contra semejante abuso, no, se ensancha, se explaya muy satisfecha como una sombrilla inmensa, parece estar muy contenta de tener encima todas las flores que le va poniendo la bellísima y en una de sus ramas me las ofrece y me las trae aquí a los propios barrotes de la ventana. Cuando yo me despierto todas las mañanas le digo a la rama:

—“Muchísimas gracias; si no fuera por tí me daría de frente en los ojos ese resplandor vivísimo del cielo; tú me lo quitas, eres muy amable y tus flores prestadas como las que yo me pongo algunas veces en mi sombrero te quedan tan bien como me quedan a mí las mías; no te las quites nunca, ni se te ocurra jamás pelear con la bellísima aunque te moleste un poco”.

Bien, destronada y todo, yo sería feliz en este oscuro rincón de mis perdidos dominios; sí; sería feliz conversando con la florida rama o balanceándome en la hamaca que atraviesa mi cuarto de extremo a extremo; sería feliz, feliz, ni no fuera porque en mi espíritu tengo también yo mi enredadera como la acacia tiene la suya. Sólo que ésta enredadera mía me oprime, me ahoga, no me deja vivir y todavía no me ha dado ni una, ni una siquiera de esos millones de flores que la bellísima le ha regalado a la acacia.

¡Ah! mi enredadera es solo de bejucos y ésta es la razón por la cual hasta el presente no ha hecho sino oprimirme con sus mil tentáculos; sí, me oprime; me agobia, me estrecha como si quisiera verme muerta entre sus dedos larquísimos y se llama... se llama... ¡La ansiedad de la espera!

Sí; desde aquella noche, desde aquella divina noche del nocturno de Chopin, no he vuelto a ver a Gabriel. Cuántas veces he pensado con desesperación: “por qué no quise quedarme en el piano como Gabriel decía? ¿por qué? ¿por qué?... Y estas interrogaciones contra mí misma son tan agudas y tan punzantes como los remordimientos; y son también tenaces y perseverantes como son ellos... Sí... al día siguiente de la noche del nocturno, llamaron a Gabriel urgentemente fuera de Caracas y tuvo que irse. Luego fuimos nosotras quienes nos vinimos a la hacienda y por consiguiente no le he visto más ni he vuelto a saber de



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

él... es decir, sí, sí, he sabido, pero sólo he sabido indirectamente por medio de Mercedes.

Hace algunos días Mercedes me llamó por el teléfono y me dijo:

—“Gabriel estuvo en Caracas unas cuantas horas; vino a verme y sintió muchísimo no encontrarte aquí. Me dió para que yo te lo remitiera, un paquete de libros que te había ofrecido y me dijo que al regresar de nuevo a Caracas se pondría de acuerdo con Pancho para hacerte una visita a San Nicolás. Me pareció muy contento. Creo que sus asuntos andan muy bien. Estuvimos los dos haciendo proyectos, y, naturalmente, al hacerlos, fué preciso hablar mucho, pero muchísimo de tí”.

Aquel día, no bien dejé el teléfono, con las palabras de Mercedes cantándose en el alma, vine aquí, me acosté en la hamaca, y comencé a balancearme muy suavemente, como es mi ensoñadora y queridísima costumbre. Recuerdo que entonces, bajo el dulce vaivén de la hamaca, este cuarto mío, este solitario rincón de mis perdidos dominios, comenzó poco a poco a cubrirse de ensueños, a llenarse de visiones, a poblarse de blancas y florecidas siluetas... Era como el sueño del Dante con Beatriz, o era más bien como si al impulso de un capricho la bellísima de la reja hubiera atravesado de pronto los barrotes y se hubiese puesto a tejer, a acumular, a enlazar guirnaldas y más guirnaldas, por las paredes, por el suelo, por los rincones, por el techo, hasta hacer un río y una catarata de florecitas menudas y rosadas.

¡Sí! Cómo, como al conjuro de las palabras de Mercedes saboreadas así, en el propicio vaivén de la hamaca, este cuarto desnudo de paredes y desnudo de techos comenzó a poblarse lentamente hasta adornarse de arriba a abajo como para el derroche de una fiesta!

Ahora me acuerdo muy bien, en todos sus detalles, que arrullada siempre por el dulce vaivén de la hamaca, luego de contemplar un largo rato aquella muchedumbre de rosados ensueños, empecé al fin a concretar en ideas todas mis suaves visiones, y poco más, poco menos sin dejar de balancearme comencé a pensar así:

“Dice Mercedes que Gabriel le entregó un paquete de libros para que ella me los remitiera. Bien, hay que enviar a buscar ese paquete pronto, prontísimo; lo más pronto que se pueda. ¿Y cuándo es lo más pronto? Pues lo más pronto es mañana muy temprano con el sirviente que va todos los días a hacer las compras a Caracas... El paquete llegará pues mañana a las diez y media o quizás, quizás no llegue sino



hasta las once... Bien, media hora más o menos no tiene importancia, a veces parece larguísima... pero en fin pasará... pasará la media hora, llegarán las once y con las once, a más tardar, llegará el sirviente... Yo saldré a esperarle, tomaré el paquete, con el paquete en las manos me vendré a mi cuarto, echaré bien la llave, me sentaré en la hamaca y entonces, con las manos trémulas y frías lo abriré poco a poco... lo abriré temblando de emoción; porque ya lo sé de antemano, sí, sin duda ninguna, entre las hojas de uno de los libros habrá una sorpresa... sí... sí... entre las hojas de algún libro me aguardará en acecho la sorpresa de una carta!... Ya la estoy viendo... sí... ya la veo... será un sobre blanco, grande, immaculado... será un gran sobre silencioso que guardará en sus entrañas el tesoro de la carta!... Pero quizás no, quizás en el sobre venga escrito con aquella letra de Gabriel que sólo he visto una vez y que son como patitas de moscas que se dan la mano.

"Señorita María Eugenia Alonso. — Hacienda San Nicolás".

Bien... esté escrito o esté en blanco, es el caso que lo rasgaré con trabajo, porque las manos las tendré muy torpes, y porque estarán mucho más frías y mucho más temblorosas de lo que estuvieron antes de abrir el paquete... por fin, después de batallar un rato, acabaré por rasgar el sobre, caerán de su seno algunos doblados pliegos y entonces, ¡ah!, entonces, me sentiré rica, me creeré archimillonaria, porque tendré mi regazo lleno, rebosante, cuajado de ejércitos y de legiones de patitas de moscas!... Ah! ¡Y cómo desfilarán por mis ojos mil y mil veces esas legiones de patitas de moscas!... Sí, aquí mismo, en esta propia hamaca leeré por primera vez los pliegos uno tras otro, y luego, uno tras otros volveré a leerlos, dos, tres y cuatro veces para recoger bien todas, toditas esas cosas que se escapan a la emoción de la primera lectura, y después cuando yo tenga la seguridad de que no se me ha escapado nada, seguiré leyendo mi carta por el solo gusto de leerla como se leen las oraciones y los versos que ya se saben de memoria. Cuando me haya cansado de leerla en voz baja, la leeré en alta voz para que la escuche todo el cuarto, y cuando ya el cuarto la conozca y la haya escuchado bien, me iré a leérsela al campo entero. Sí; la esconderé en mi seno donde nadie la vea y con ella escondida, irá a leérsela a la acequia grande, allá, bajo el ceibo, donde el agua forma aquel alboroto de murmullos y de espumas sólo porque se tropieza con las puntiagudas lajas que cierran la compuerta; y cuando



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

la haya oído el agua de la acequia me iré a leérsela al inmenso bucare que está como preso en el corazón del cafetal por donde nunca pasa nadie; y cuando haya terminado de leerla al bucare, acribillada por la nube de mosquitos, bajaré hasta los sauces llorones del estanque, se la leeré a los sauces y la oirán las blancas piedritas que hay en el fondo del agua, la oirá la hierba menuda que crece en el suelo junto a la orilla y la oirán también los patos mientras vayan surcando el silencio del estanque, y por fin, ya en la tarde, cuando sea el crepúsculo y haya caído enteramente el sol, me iré caminando por el atajo pedregoso, llegaré a las ruinosas paredes del trapiche viejo y allí, sentada en un escombros, la leeré muy alta para que mi voz alcance hasta la copa de aquellos dos larguísimos chaguaramos, que crecieron tan juntos, tan juntos, que son como un idilio en la melancolía del trapiche viejo; y si acaso la noche me sorprendiere sentada bajo el idilio de los chaguaramos abriré la carta sobre mis rodillas, estaré inmóvil durante un largo rato, y entonces, los cocuyos, que como vírgenes prudentes llevan siempre su lámpara encendida para el amor de la noche alumbrarán un instante mi carta, la inundarán de reflejos, y la leerán con sus ojitos de luz, mientras pasen volando por sobre mi cabeza... Después, sólo después, que la haya oído el agua de la acequia grande, y el bucare del cafetal, y los sauces llorones, y las piedritas del fondo del estanque, y la hierba menuda, y los patos, y los dos largos chaguaramos del trapiche viejo y todos los cocuyos que pasan volando sobre mi cabeza, sólo después cuando ya esté cansada de leérsela al campo entero, volveré a la casa, en el camino me sentiré agobiada por el enorme peso de mi alegría y entonces, si al mirarme entrar rendida y extenuada, Abuelita me pregunta: "¿Qué has hecho todo el día María Eugenia, llevando sol por esos campos?" Yo contestaré para que Abuelita ni siquiera sospeche la existencia de mi carta: "He estado cazando mariposas para enviárselas a una de mis antiguas maestras de París que tiene colección, y en cuanto al sol, no te preocupes Abuelita, porque me puse mi sombrero grande de paja de arroz..." Pero luego, al siguiente día vendrá lo mejor, lo más grande, lo más intenso de todo, porque yo también escribiré mi carta de respuesta... ¡Ah! ¡la respuesta! ¡la respuesta! ¡Cómo mi alma toda, se cambiará entonces en el arroyo para ir corriendo, corriendo, como un río sobre el inmaculado cauce de la carta!... ¡Y qué sorpresa para Gabriel cuando la lea; sí, ¡qué sorpresa y qué admiración de amor!..."



Así más o menos, pensaba el otro día, mientras me balanceaba en la hamaca y mientras en mi alma y en mis oídos parecían estar aún cantando todas sus canciones las palabras de Mercedes oídas por el teléfono. Pero llegó el siguiente día, llegaron las once de la mañana, llegó el sirviente que viene de Caracas, llegó el paquete de libros, pero la carta, la carta presentida y esperada con tantos festejos de amor fué la única que no llegó... En vano registré libro por libro, en vano fuí buscando hoja por hoja: ¡no había sobre blanco, no había sobre escrito, no había nada, nada!... Los libros remitidos eran las obras de Shakespeare, lujosamente encuadernadas en cinco tomos de tafi-lete con los cantos dorados. En la primera página de cada tomo, engollado y puntiagudo de barba, según la moda del siglo XVI, aparecía en un grabado el retrato del autor. Como la página del grabado era la más gruesa en todos los libros y como estaba además junto a la tapa; después de ir rebuscando tomo por tomo, sucedió al fin que en vez de tener sobre mis rodillas la carta de Gabriel tal y como lo había soñado en el lento transcurrir de todo un día, no; sobre mis rodillas, en lugar de la carta, bajo el silencio de mi decepción tan sólo se amontonaron los cinco flamantes retratos de Shakespeare. Triste y decaída como estaba, me quedé mirando mucho rato en la primera hoja de uno de los tomos, aquella fina cabeza que surgía alargada y satírica por entre los cañones de la rizada golilla... La estuve mirando, mirando, mucho tiempo, y porque al fin, la juzgué intrusa, inoportuna y como asomándose indiscreta, al espectáculo de mi decepción, la increpé diciendo:

—¿Y qué me importas tú, Shakespeare? Todas tus obras juntas, toda tu gloria y toda tu inmortalidad la cambiaría yo una y mil veces por una sola de aquellas patas de moscas que escribe Gabriel. Ahora que nadie me oye quiero confesarte que tu teatro más que divertirme, me aburre. Dicen de tí que fuiste un impostor; que no eres tú quien escribió tus obras y yo lo creo, porque a mí también me has engañado, has querido sustituir a Gabriel, y ahora pareces burlarte de mi pobre tristeza. Pues bien, yo afirmo con tus detractores que eres un impostor y como tu presencia en lugar de agradarme me molesta, cierro uno por uno tus dorados y lujosos libros para no verte más!...

Pero hay que decir en honor de la verdad, que esta larga historia de la carta con su final de desilusión fué toda ella de principio a fin obra única y purísima de mi fantasía. Ni Mercedes me dijo por



---

## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

teléfono que Gabriel me escribiría, ni Gabriel me lo afirmó jamás ¿y cómo había de afirmarlo si aquella última noche en casa de Mercedes nos hallábamos tan lejos de creer que nuestra despedida de entonces, iba a ser la despedida de tantísimos días?...

¡Ah! pero hay algo que Mercedes sí afirmó rotundamente por teléfono; algo que sucederá porque es cierto y es evidente. Mercedes dijo: "cuando vuelva a Caracas se pondrá de acuerdo con Pancho para hacerte una visita a San Nicolás"... Es pues, seguro, positivamente seguro y sin asomos de fantasía que Gabriel vendrá a verme.

Lo espero todos los días, desde el amanecer hasta la noche y esta espera y esta esperanza es como el agua en que bebe mi espíritu y es al mismo tiempo aquella enredadera que sin haber florecido todavía me tortura, me oprime y me abraza el corazón.

¡Pero Gabriel vendrá! Ah! sí, Gabriel vendrá y entonces al mirarle llegar desde lejos, la estéril enredadera que me oprime el corazón se cubrirá milagrosamente con millones de flores! ¿Vendrá por la mañana Gabriel? ¿Vendrá en la tarde? Si viene en la mañana me vestiré toda de blanco, me pondré mi gran sombrero de paja de arroz, lo ataré con un tul bajo mi barba al estilo directorio, tomaré al descuido las ramas floridas de alguna mata silvestre, y con mi larga sombrilla en la mano iré hacia él como va Flora hacia su amante en el primer acto de la Tosca. Si viene en la tarde me vestiré de negro, atisbaré su llegada detrás de mi ventana; mirándole cruzar allá, junto a los mangos, saldré a su encuentro caminando poco a poco, al pasar por la soleada senda abriré mi blanca sombrilla de encaje y la blanca sombrilla abierta sobre mi silueta oscura, simbolizará entonces, la flor de mi alegría.

¿Pero vendrá?... ¿vendrá de veras Gabriel?... ¡Ah! la duda me asalta a veces como un ladrón que quisiera robarme mi tesoro de ilusiones!...

Y esa duda tiene su fundamento y su origen en la siguiente escena ocurrida hace tres días; escena trivial y torturante que trato a todas horas de borrar de mi memoria y que mi memoria retiene siempre con la insistencia de una lámpara encendida que perturbara mi sueño:

Sería a cosa de las nueve de la noche. Reunidos en el comedor nos hallábamos todos los de la casa. Habíamos tomado ya los pos-



tres y el café. De afuera llegaban nítidamente las nocturnas voces del campo: croar de las ranas, chirriar de grillos, y la comida parecía languidecer indefinidamente en una aburrida sobremesa. Yo estaba como ausente por la lejanía de mis preocupaciones. Fijos los ojos dentro del marco de la ventana abierta, miraba el negro cuadro de la noche majestuosa y palpitante de luceros cuando alguien nombró a Gabriel. No sé cómo vino la conversación, pero recuerdo perfectamente que María Antonia, mi insaciable tía política, no bien oyó su nombre, aprovechó al punto esta ocasión de serme desagradable sin faltar a las apariencias, y acompañando las palabras con el brillo feroz de sus ojos negros, a modo de noticia, lanzó esto:

—Me han contado hoy por teléfono que en Caracas se habla mucho del matrimonio de Gabriel Olmedo con la hija mayor de Monasterios. Si resulta ser cierto se casa muy bien. Es una muchacha muy rica, el padre es todopoderoso en el gobierno y además ella es muy bonita. ¡Tiene unos ojos preciosos!

—¡Sí! ¡Son unos ojos bellos!— afirmó rebosante de admiración la mayor de mis dos primas.

—¡Sí! ¡bellos!— repitió en el mismo tono y como un eco la menor de las dos.

Yo no pude contenerme y exclamé:

—No sé cómo serán los ojos, pero tengo noticias de que todo el resto de la persona es una ridiculez— Y copiando textualmente el juicio de Mercedes, añadí: "Anda toda mal "fagotée". ¡Ah! Gabriel que es tan exquisito, tan "raffiné", tan "gourmet", como quien dice, no se casará jamás con eso!"

Iba a contestar María Antonia, chocadísima ante semejante río de afrancesamientos, pero en el mismo instante se derramó una copa de vino sobre el mantel. El incidente cambió el rumbo de la conversación y nada más se dijo sobre el particular.

Pero las anteriores palabras grabadas en mi espíritu me torturan noche y día; ellas son el ladrón que quiere robarme mi tesoro de ilusiones; son la lámpara encendida que perturba mi sueño, son un puñal que llevo a todas horas clavado en mi esperanza, y son ellas, ellas, quienes le han enseñado a mis ojos este horrible demonio de los celos que mis ojos hasta ahora no habían mirado nunca.



---

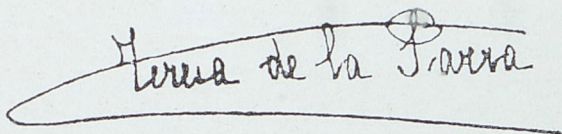
## DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

¡Ah! ¡Si yo pudiera hablar con Mercedes, allá en la gran intimidad de su fingido Oriente, ella entonces, con su vista penetrante de astuto marino que conoce los secretos de todos los horizontes me diría.... me diría!....

Pero no puedo hablar con ella ni con nadie, y esta duda va creciendo, creciendo, en mi secreto de amor y ya me agobia.... ¡Quién me ayudara a llevarla!....

Al terminar de escribir estas últimas palabras he levantado un instante los ojos y he visto la rama de acacia que sacudida por la brisa parece hacerme señas asomada a los barrotes de la ventana. Sus hojas se entreabren y se agitan, como los dedos en el saludo de las manos queridas y ha dejado caer por el suelo el regalo de sus florecitas rosadas. Yo la he visto, la he visto mucho rato, hacia arriba los ojos implorantes, en una mirada honda llena de fe y de esperanza, como se miran esas venerables imágenes milagrosas de los santos patronos, y con sólo los ojos implorantes, desde el fondo de mi alma le he rogado así:

—Oh! vieja y generosa acacia que me quitas el sol y que te adornas noche y día con las flores que te pone la bellísima; tú que conoces esta maldad de los bejucos, que se enroscan al corazón como las sierpes del remordimiento; tú que has llevado con nazarena paciencia la cruz de tantos abrazos espinosos y estériles; tú que eres buena porque tiendes la mano compasiva a los desvalidos que te imploran y como Santa Isabel de Hungría tienes después tu caridad convertida en flores sobre el regazo; tú que derramas maternalmente el cariño de tu sombra sobre los que te aman y los que te aborrecen; tú que todo lo sabes porque tienes la experiencia de muchas primas; dime. dime vieja y generosa acacia: ¿florecerá algún día mi enredadera como floreció tu bellísima?....

Mercedes de la Parra

Caracas: junio de 1922.









## OPINIONES

### *"Ifigenia" y Don Lisandro Alvarado*

ENTONCES la abuelita, con una exaltación indescriptible, comenzó: "No te conozco, María Eugenia. No eres la misma que llegó a esta casa hace cuatro meses! Los libros y las malas compañías están acabando contigo... Ya has perdido la inocencia".

Son, pues, dos mujeres las que aquí representarán un conflicto doméstico, que sencillamente expresado se reduce al proselitismo de las creencias filosóficas contemporáneas, limitado en este caso a un osado feminismo y a las reacciones violentas de la moda. Lucha antagónica de todos los tiempos, o haciendo uso de una terminología semibárbara, de filoneistas contra misoneistas.

María Eugenia Alonso, la protagonista de la novela, es una bella joven, inteligentísima, marisabidilla, desdeñosa, presumida, abúlica en ciertos aspectos, desorientada en todos, que ama el elogio, que ama su propia belleza, que fácilmente incurre en extrañas paradojas, que escribe diario de una época de su vida porque se fastidia lejos de París, y que, instigada por su propia egolatría, emprende la tarea de bosquejar el minucioso análisis psicológico de su personalidad, de su manera de adaptarse al noviazgo y al matrimonio.

Me parece que este es el punto capital considerado por la autora del libro, ya conocida en el mundo de las letras con el pseudónimo de Teresa de la Parra. Como las tendencias de la novela han parecido extrañas a ciertas personas que para el arreglo de sus ideas usan un silabario especial, paréceme avisado también invocar las mañas de un relator de tribunal para bien apreciar, no ya las ideas, sino los actos de María Eugenia.



Esta redarguye a la abuela asombrada que el ordinario concepto de la inocencia es hasta nomás preacrío. La inocencia, presupone la insurgente, "es la más negativa, la más peligrosa y la más necia de todas las condiciones y uno de los mayores abusos que han cometido jamás los fuertes contra los débiles. La inocencia es una ciega, sorda y paralítica, a quien la imbecilidad humana ha coronado de rosas". ¿Se albergará la verdad, oh encantadora Eugenia, dentro de esos tus conceptos superlativos o privativos? No sabría qué responderte. Los casuistas y los confesores pudieran prestar auxilio a mi ignorancia con sus luces y silogismos; porque los maridos prudentes y correctos perpetuamente se mantienen prisioneros y sujetos a un encantamiento en la torre de marfil de la entente doméstica.

Pero al menos el pudor... "No se hable de pudor (se me responde) cuando se ha perdido la virginidad. El pudor de las esposas y de las madres es una farsa, es un mito. El pudor no se ha refugiado jamás sino bajo la sombra de los conventos". (Ojo a las comillas, buen lector! Ellas encierran lo que es de María Eugenia. Será esto una perogrullada; pero tal vez la autora, y aun más yo, grandísimo pecador, necesitamos semejante aclaración). Es indispensable, pienso ahora, retrogradar a las más remotas edades de la humanidad para sopesar esa temerarísima tesis de la descendiente de los Aguirres. En todo esto, sin embargo, reina un caos, en que por acá y por allá tropiezan descaradamente las ideas más absurdas o relativas: la civilización ha querido que vivan en uno mujeres religiosas, mahometanas, artistas del desnudo en la pintura, enfermeras y pacientes de las maternidades, acróbatas y bailarinas, cortesanas... ¿Tendrán una idea invariable del pudor? Las extremas angustias lo apagan casi todo. La temprana edad lo exalta, pero no sabe por qué. Viene a ser la deliciosa anécdota de aquel filósofo griego que al ver a un joven sonrojarse ante algo incorrecto que viera u oyera, dirigiéndose a él exclamó: Valor!

En un terreno filosófico mucho más lato preséntase la noción de la moral universal a la herética y adorable criatura. Ante las severas personalidades de la abuela y la tía, íntimo auditorio de la conferencista, su doctrina cae como un cartucho de dinamita. "La moral es una farsa. Está llena de incongruencias y de contradicciones".

Ligereza? Desvarío? Quizá es necesario todo eso para que desrechamente lleguemos al término de las desenfadadas confesiones de



María Eugenia. Después de todo, la explicación histórica de la indumentaria humana en el curso de los siglos, y de la influencia del hábito en el sentimiento del pudor, son objetos de un sereno estudio que no debe de ninguna manera sobresaltar a los moralistas. ¿Habrá además alguno más natural, más expresivo, que el mil veces loado beso, signo de ternura, de reconocimiento, de veneración, de respeto, de sumisión, de cariño, de compasión, de amor intenso? Pues bien, hay pueblos y más pueblos que ignoran en absoluto lo que es un beso. Se dirá que sin duda se trata de pueblos incultos y salvajes; pero aun con eso, queda siempre sentado que ese bendito ademán no es instintivo del todo en el hombre.

Tal es la profesión de fe de María Eugenia. Y todo este aparato de convicciones, este **idearium** muy suyo, esa vida artificiosa que descubrimos en el auge de la civilización de todos los pueblos, ora impuesta por el cesarismo, como en Roma o en Petrogrado, ora producto de la civilización misma, como en París y en Londres, esa obediencia excesiva a los preceptos de la moda, todo va a condensarse en la teoría del amor libre, que, bien mirado, no es un sistema absurdo, si no colidiera inmediatamente con ese otro sistema artificial metódicamente armado, como una trampa, en el código civil.

Aquí, en mi concepto, del procedimiento lógico de la escritora, en lo de trazar los caracteres de la protagonista y explicar el desenlace de sus planes. Mientras de un modo en apariencia normal se desarrollan los acontecimientos, vaga, equívocamente se dibuja una inexplicable infidelidad en las ideas y sentimientos de María Eugenia, ya en vísperas de su matrimonio. Sus primeros amores fueron apadrinados por un su tío, el experimentado y tolerante Francisco, y por Mercedes Galindo, hermosa y elegante mujer, tan perita del buen tono cuanto desavenida con su marido. Nada olvidó. Al filosófico tío llegó la hora del morir, la malcasada amiga partió lejos, y ella, María Eugenia, reconoció, espantada, el imperdonable error de haber creído que no existía eso que llaman amor. "Vestigios son estos de la antigua llama", pudo exclamar como Dido. En su corazón extraviado llegan a tener igual cabida el novio y el amante, y, semejante a una desgarrada nao, ve alejarse o perderse de vista el puerto anhelado de la bienaventuranza.



Con tan pérfida y eficaz presteza aparece ante ella esa temerosa dualidad, que la inmaculada novia exhala un himno de triunfo, haldas en cinta para su resuelta fuga con el primitivo amante. La heroína rueda de improviso, en fuerza de su flaca energía, hacia la encrucijada de una vulgar paradoja. Una circunstancia, también vulgar y fortuita, basta para romper su equilibrio moral e impedir la realización de su innoble plan.

Pero el desconcierto y la afrenta pasan como una ráfaga, sin dejar huellas sobre el horizonte agitado de un alma engañadora y otras engañadas. Corrió el agua por do solía. A excepción de los falaces cómplices, nadie vió acercarse ni alejarse el inesperado peligro. A todos, menos a la novia y al amante, satisfará el concertado matrimonio de conveniencia. La leyenda de Ifigenia, inmortalizada por Eurípides, preocupa finalmente a la atribulada joven; pero su sacrificio voluntario, inspirado más que todo por el miedo a la pobreza y a una vida llana y burguesa, será equiparable al sacrificio forzoso de la hija de Agamemnon, víctima de un voto imprudente y supersticioso, del cual por dicha la libra una divinidad compadecida?

El que no espera vencer, ya está vencido; y pues que todo indica en las últimas líneas del libro la positiva celebración del malaventurado matrimonio, la ausencia de verdadero afecto de la desposada hará presumir alguno que... es decir... Encontramos en el colofón del libro un breve y pardo velo de misterio que impide mirar adelante el resto del camino. Guénos la indulgencia de este caso. ¿Cómo habremos de querer que, cualesquiera que sean las convicciones de una joven, haya de resolver siempre lo mejor? Todo va en nuestro propio egoísmo, y en el egoísmo, aun más inmotivado todavía de la sociedad en que vivimos. La ecuanimidad sería el soberano remedio de este estado de cosas; pero no todos tenemos ese excelso dón.

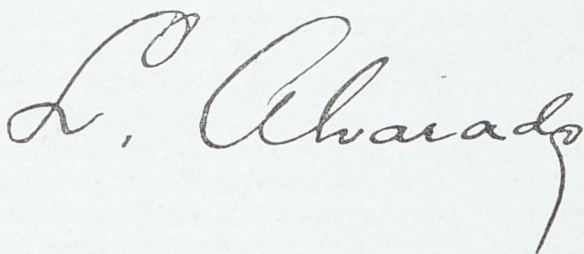
Dejemos el problema peliagudo a la didáctica materna; y roguemos a los dioses inmortales por el alma lacerada de María Eugenia en espera de leyes más perfectas que las que pautan estos efímeros y pésimos procedimientos.

Los epígrafes de cada capítulo en esta novela que hemos leído parecen arreglados en cierto modo para una representación cinematográfica; de tal modo resumen cada faz de la tragicomedia. Predomina en las páginas del libro la tendencia a la observación interior,



a la vivisección, por decirlo así, de los más tenues filetes nerviosos emotivos. La contemplación de la naturaleza, la escenografía del relato, vienen como subordinadas a la preocupación y designios de la protagonista, a su continuo examen de conciencia, a su irremediable y letal fastidio. Y cuando en algunos de esos lances autobiográficos se puebla su sensorio de impresiones materiales objetivas, a todo correr la pluma, y a caza de temas para su diario, bien puede ello sugerirme la imagen de una casa bien conocida de la Autora, cercana al templo de Las Mercedes de Caracas, en una tranquila calle por donde el lujoso ponleví marca el paso de bellas devotas y la tosca sandalia el de severos monjes, unas y otros lacerados y llagados tal vez en el alma o ansiosos de una claridad extraterrenal, que no llegó, redentora, hasta el corazón de la cuitada María Eugenia, sin duda por haberla buscado con insistencia dentro de sí misma y no en el eterno dolor de la miseria humana. Es en cierto modo personal este recuerdo. Tráelo una ocasión en que un admirador de Teresa de la Parra y de una ingeniosísima y también hermosa amiga suya se congratulaba con ambas, ante la estatua del ex-realista Vargas, por la sesuda elocuencia de uno de nuestros más conspicuos escritores y oradores. Y enténdame Jahvé, que es el entendedor de todas las cosas.

"Ifigenia (Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba)" ha merecido el primer premio del concurso de novelistas americanos, en 1924.



Caracas, 19 de Diciembre de 1925.

Elite N° 14.



*La novela de una Venezolana:  
"Ifigenia", por Teresa de la Parra*

Por **ANGELICA PALMA**, limeña ilustre,  
hija de Don Ricardo Palma.

CUENTA la chismografía madrileña, maliciosa y salada, que en cierto corrillo de intelectuales expresaba una vez **Azorín**, con su hablar premioso y martilleador, su escepticismo sobre la eficacia de los concursos literarios.

—Hombre! —le contestó Ramón Pérez de Ayala, que acababa de ganarse mercedísimamente las cinco mil pesetas del premio **Mariano de Cavia** — ese es un prejuicio injusto. Gracias a estos certámenes, llegan a hacerse conocidos escritores que, sin ellos, continuarían ignorados por tiempo indefinido.

—Pues yo no creo en los concursos — insistió el preclaro autor de **La Voluntad**.

—Cuando los miembros del jurado observan las condiciones de la convocatoria con rectitud e imparcialidad y no ceden a pretensiones interesadas, los concursos son de una utilidad y una importancia enormes.

—Aún dentro de esas condiciones utópicas, no creo en los concursos.

—Ya ve usted —replicó un tanto picado el célebre crítico y novelista, resolviéndose a exponer el argumento decisivo—, yo mismo acabo de ser premiado en el concurso del **A B C**.

—Sigo no creyendo en los concursos — concluyó flemático y mal intencionado, **Azorín**.

A mí me sucede algo parecido, aunque la fortuna haya solido acompañarme en estas pruebas, y no digo que a causa de ello para que no se tome como alarde de modestia lo que, en realidad, dista bastante de serlo. Pero aunque, en tesis general, encuentre la opinión de **Azorín** justificada, debo declarar también que la obra galardonada



en París con el **Primer Premio** en el Concurso de Novelistas Americanos de 1924 es merecedora de muy altas distinciones, y que en su autora, **Teresa de la Parra**, tiene la incipiente literatura de América algo de que anda muy escasa: una novelista de verdad.

El libro de la gentil escritora venezolana lleva el nombre simbólico de **Ifigenia** y un subtítulo expresivo de modalidades modernísimas: "**Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba**". Consta de cuatro partes: la primera es una larga carta de la protagonista, **María Eugenia Alonso**, a su ex-condiscípula del Sagrado Corazón de París, **Cristina de Iturbe**, las dos encantadoras heroínas de **La mamá X**, cuento verdaderamente delicioso de la misma autora, que incluido en **El Balcón de Julieta**, la segunda parte de esta novela extensa, pierde algo de la frescura primaveral que tanto seduce cuando se la lee separadamente, como la sencilla historia de unas colegialas inocentes y curiosas, precozmente pensadoras. **Hacia el puerto de Aulide** se llama la tercera porción de este libro, y la última, simplemente, **Ifigenia**.

En estas cuatro partes la autora va desenvolviendo diestramente la trama psicológica de su novela, exponiendo, sin brusquedad ni transiciones violentas, la evolución íntima de **María Eugenia Alonso**, las huellas que en su espíritu joven e inquieto, marcado por el perfume capitoso, fugazmente aspirado, de París, va dejando la vida sedante de su Caracas nativo. La primera decepción del regreso surge para **María Eugenia** al comprobar la diferencia entre sus recuerdos infantiles y lo que la realidad presenta a sus ojos, acostumbrados al aspecto de las ciudades europeas. "Qué se habían hecho aquellas calles tan anchas, tan largas, tan elegantes, tiradas a cordel?" **María Eugenia** sólo ve "una especie de ciudad andaluza, de una Andalucía melancólica...; de una Andalucía somnolienta que se había adormecido bajo el bochorno de los trópicos". Pero la reanima "el abrazo familiar de las ventanas abiertas", que vislumbra al rápido correr del automóvil, y luego llora y ríe conmovida al reconocer "la blanca cabeza de abuelita", y otra, negra y lanuda, que la hace prorrumpir en alegres voces: "Ah..., Gregoria!... ¡Gregoria!... Pero si eres tú, viejita linda!..."

Porque esta señorita Alonso, bonita y coqueta, para quien el carmín de Guerlain significa una de las cosas más importantes del Universo, no es tan frívola como parece; leyendo entre líneas la amena y prolija carta en que cuenta a **Cristina de Iturbe** su incurable nostalgia de París,



se ve que, a residir más tiempo en la ciudad adorable, habría sabido, entre una visita a la **manicure** y otra al modisto, recorrer los museos y asomarse a La Sorbona, como hacen algunas, muy pocas, de nuestras limeñas. ¿No es verdad Carmen, Helena, Teresa, Leonor, Albina? Pero María Eugenia tiene que renunciar al ansiado retorno; aquellos veinte mil francos, que tan rápidamente se gastó **Chez Lanvin** y en la rue de la Paix, eran el último resto que le correspondía de las propiedades de su padre, ahora en poder de tío Eduardo, sabio y prudente administrador, a expensas del cual ha de vivir en adelante la muchacha, consciente del despojo, y sin otra venganza que la de hacer rabiar a la mujer del tío con sus picardías.

Y es por la esclavitud de su pobreza, y además a causa del matrimonio con una rica de Gabriel Olmedo, mozo guapo, listísimo y no muy escrupuloso, que a los compases de **Cielito Lindo** dijo palabras también lindas y celestiales a María Eugenia, que encontramos a ésta, a los dos años de haber escandalizado a la abuelita declarándola, con gran énfasis, que ella "felizmente ha perdido la inocencia", "que el pudor es un mito", "que no cree en dogmas ni en misterios", y con otros desplantes graciosísimamente parlados, cuya ingenuidad recuerda a la de aquel conferencista ateo que decía: "**el sábado, si Dios quiere, demostraré que no hay Dios**", la encontramos, repito muy ducha en costuras, bordados y confección de postres difíciles, incapaz ya de tararear y silbar canciones picarescas, olvidada del uso de interjecciones por inocentes que parezcan" como la francesa: sapristi! y las castellanas: canastos!, caray! y caramba!" y del uso del **rouge éclatant de Guerlain**... que ha cambiado por el **rouge vif de Saint-Ange**, de más suave tonalidad. Además tiene novio, un novio que la conoció a los pocos días de haber decidido la abuela que, terminado el luto, debía María Eugenia "gozar de la juventud", y, por lo tanto, sentarse todas las tardes en la ventana. El novio, César Leal, es doctor en leyes, senador, director de un ministerio y dueño de un flamante Packard tapizado de color de chocolate, en el que lo ve por primera vez la señorita Alonso, encontrándolo "demasiado gordo, demasiado trigueño, demasiado viejo, y demasiado recostado dentro del chocolate". Esta primera impresión va desapareciendo con las galantes finezas de Leal y los elogios que le prodiga la familia Alonso, especialmente la abuela, contenta de casar a su nieta con un hombre formal y tan cuidadoso de ella que ya le



ha advertido que, cuando sea su mujer, no la permitirá pintarse ni escotarse ni frecuentar bailes ni leer novelas ni recitar versos. Ella se prepara a la veracidad y obediencia conyugal asegurando a su prometido que ya no se pinta, y demostrándoselo prácticamente con un pañuelo, que le enseña inmaculado después de pasárselo rápidamente por los labios muy apretados y metidos hacia adentro. Soñando con el traje nupcial, "una nube de encaje Chantilly", con la casa suntuosa, con el rico mobiliario, con el flamante Packard, navega María Eugenia Alonso hacia el puerto de Aulide de su boda risueña y descuidada porque ha descubierto "que el amor no existe". Si existiera, ¿la habrían decepcionado los primeros besos de Leal hasta el punto de, apoyándose en la moral austera por él predicada, prohibirle inexorable la repetición? ¡Decididamente, el amor no existe! ¡Qué engañado estuvo Becquer cuando "con deliciosa y turbadora emoción", escribió:

Por un beso... Yo no sé  
qué te diera por un beso!

Y, tranquila en su convicción, avanza la *Ifigenia* suramericana hacia el puerto de Aulide.

Ya sus ojos perciben la costa, se aproxima el momento de desembarcar, cuando el hado misterioso pone en su camino a Gabriel Olmedo, el enamorado infiel. Junto al lecho de agonía y de muerte del tío Pancho, aquel calavera simpático que se arruinó en París, se reanuda el idilio truncado por el arribismo de Gabriel y la intransigencia de los Alonso, y al reanudarse adquiere dolorosa intensidad de drama. El escándalo va a estallar: María Eugenia, trastornada por la pasión de Gabriel, el inspirador del amoroso soneto *El Balcón de Julieta* que ella le envió dentro de un tomo de Shakespeare, no cree ya engañosa la rima ardiente de Becquer; huirá de su casa antes de que amanezca; recorre a tientas la casa familiar, la casualidad la lleva a la alcoba de la anciana abuela, enferma e insomne, y allí se queda, atada al deber por los viejos cariños, por el ambiente doméstico. Apenas se calma un tanto la tempestad íntima, resuelve la atormentada no casarse y manda llamar a Leal par decírselo; pero dominada por la seguridad, por inconsciente más poderosa, del novio sólo se atreve a proponerle un aplazamiento, que él rechaza como se rechazan los proyectos disparatados de los niños. María Eugenia, algo consolada



con el "es mentira" que a una carta en que le asegura no quererlo responde Gabriel, se casará en el plazo que César Leal ha fijado.

Tal cuentan, en síntesis, las quinientas veintidós páginas de la novela de **Teresa de la Parra**. Quizás se la tachará de larga y se encontrará en ella demasiada literatura; pero la literatura no es demasiada si es bella como la de esta joven novelista, audaz en el pensamiento, rápida y certera en la observación, ingeniosísima en el decir, dueña de abundante léxico de estructura castiza al que da olor, color y sabor la gracia de nuestros modismos americanos.

Menos detalles, mayor sobriedad en el desarrollo de la obra y, sobre todo, en la carta de Gabriel, sumamente extensa para el momento en que fué escrita, harían aún más exquisita esta novela, cuyo ambiente social tiene la elegante naturalidad que es el acierto máximo del Padre Coloma en "**Pequeñeces**", su libro magistral y discutidísimo; digna del jesuita sutil en aquella charla, en la mesa de Mercedes Galindo, en la cual se mezclan juicios sobre el caudillaje venezolano con alusiones a pretéritas aventuras de las Aristiguietas, "**las Nueve Musas**" destinadas por Bolívar al infierno. Son también páginas envidiables aquellas en que aparece la negra Gregoria; la fidelidad y el respeto confianzado para con los amos, la marrullería socarrona y el lenguaje suelto y pintoresco de la criolla ladina están copiados con pasmosa fidelidad. Estos y otros aspectos de la novela de **Teresa de la Parra** la hacen doblemente interesante para los lectores peruanos, por la semejanza que encontramos en nuestra psicología y costumbres nacionales con las de los hijos de la noble y hoy desventurada tierra venezolana.

Con melancólicas consideraciones termina el libro: María Eugenia, contemplando su vestido de novia, lo compara con la túnica de las vírgenes destinadas a la inmolación y a sí misma con las víctimas propiciatorias en las aras del Sacrificio, "Esposo común de las almas sublimes".

El lector, enternecido por las líricas quejas, está a punto de exclamar casi lloroso: —¡Pobre María Eugenia!. Pero recuerda la osadía y la fuerza sugestiva de Gabriel Olmedo, su pasión avasalladora, el espíritu complejo, ondulante y tornadizo de la protagonista, su culto de la propia belleza, su refinamiento parisiense, y mirando más allá del volumen cerrado, tuerce el rumbo a su compasión y murmura filosóficamente: —Pobre Leal!

Angélica Palma.

Miraflores (Lima): 19 de Octubre de 1926.



Mr Venetiano, merezco, mi amigo Pedro-Emilio  
Coll, me hizo conocer Elite. Dediquéme en sus páginas  
una sentimental evocación caraqueña; ello intensifica  
la satisfacción con que mis cueros sabéis a ese verve-  
ta Se Venetiana, país de mi mas cordial simpatía.

Angelica Palma

W. Miraflores (Lima), 19 de Octubre  
1926

AUTOGRAFO DE ANGELICA PALMA



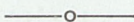
COLINAS INSPIRADAS

---

*Teresa de la Parra*

“**I**FIGENIA” en Suramérica fue como una explosión. Todas las mujeres nuevas, desde la tierra donde cantó sor Juana Inés de la Cruz hasta las estremecidas después por los acentos de la Juana del Sur, de Rosalina, de Gabriela, de Alfonsina, de María Luz, de Delmira, de tantas otras igualmente vibrantes, se reconocieron un poco en la heroína y saludaron el claro amanecer de esta obra, escrita por “una señorita que se fastidiaba”. El fastidio, acaso mejor el tedio, el hastío, como quiere Unamuno, es la característica de las muchachas advertidas, llegadas de otra civilización o al tanto de ella por rápidas lecturas, al iniciar su lucha contra el medio, contra la rutina, contra todo lo idílico y sentimental de un pasado que se va desvaneciendo. Sienten la camisa de fuerza de la tradición, se contemplan enjauladas, y quieren romper los barrotes o la tela fabricados por el hombre, déspota inventor de la desigualdad y usufructuario de ella a través de los siglos.

Retenidas sinembargo por consideraciones del corazón, es decir de familia, bostezan su inconformidad, mientras la hora llega de desplegar las alas. Preparadas en la ociosidad y en el silencio, sacudidas por el ejemplo de las que triunfan en los Estados Unidos, y más ampliamente aún en los países donde brilla el sol de media noche, o dueñas, las de alma apostólica, de una rebeldía recóndita y tenaz, de un endiablado saber adquirido en los libros, de pronto alzan el vuelo. Van hacia el amor, hacia el arte, hacia la ciencia, hacia cualquier cosa en donde sientan la plenitud de ellas mismas. Pero en la espera del momento cabe todo el fastidio que se alimenta de incompreensión y de choques. Dos sensibilidades, casi dos filosofías, casi dos religiones, se encuentran en conflicto. Ese conflicto es lo que hace apasionante la vida de **Ifigenia**.





La fábula se cuenta fácilmente. María Eugenia Alonso es una linda muchacha caraqueña que después de algunos años, pasados en París, llega a su patria. Es una huérfana que va a encontrar su cuantiosa fortuna evaporada, en manos de un tío ambicioso y sin escrúpulos. Sometida a la pobreza, aunque no resignada, pasa largas horas en compañía de su abuelita y de su tía Clara, espiritualmente tan vieja como ésta, haciéndolas gozar con su cariño, reír con su ingenio y alarmar con sus manifestaciones de independencia o con sus expresiones de pecaminosa significación, aunque de tono inocente.

Los días nacen y mueren en la monotonía. No tiene María Eugenia otra diversión que su tío Pancho, hombre despreocupado, cordial, y las visitas a una bella mujer, desgraciada en el matrimonio, de envidiable elegancia, que responde al nombre de Mercedes Galindo. En casa de ella conoce al hombre que la hará estremecer: Gabriel Olmedo. Pero este Olmedo, que ante todo desea adquirir dinero, no escucha al corazón, y la pospone a una mujer por quien no siente amor, pero en quien lo atrae irresistiblemente el cebo de la dote.

Bien puede pensar María Eugenia que el hombre es un canalla, y llorar en las noches de vigilia la muerte de sus sueños. La vida irá zurciendo la tela en el sitio de la desgarradura, y el miedo al celibato, doblado de un explicable anhelo de venganza, la irá convenciendo del deber de escuchar los consejos de la abuelita y de la tía, que le encarecen las cualidades burguesas de un buen señor panzudo, de espíritu vulgar, pero metódico y juicioso, rico por añadidura, que la ha visto en la ventana y siente amor por ella.

César Leal, que gusta de ser novio a la manera antigua, con ideas atrasadas, en las que flota el rancio perfume de la sujeción matrimonial como la recomienda San Pablo, y por cuya mente no ha pasado jamás una reflexión como la de Oscar Wilde cuando exclamó: "Es una vergüenza que haya una ley para los hombres y otra para las mujeres", es uno de esos materialistas sin cultura, que las dan de libres pensadores y anhelan una esposa de camándula, para estar seguros de su fidelidad, impuesta así por el miedo al pecado o el terror al infierno, y no por el amor, único freno que garantiza contra las culpas mentales.

Pero la vida es la vida, y María Eugenia, contrariándose, rabiando en lo interior, siente la obligación de ir acomodando sus gustos a los del pretendiente, con lo cual tendrá que ir poco a poco abandonando



su afición de escritora, su entusiasmo por la literatura, sus conocimientos artísticos, mientras llega el momento de irse descuidando en el arreglo personal, empezando por renunciar a la falda demasiado corta, al lápiz de color que le enciende los labios, al perfume un poquito capitoso, a las conversaciones de cierta animación, a lo que es ella en el fondo de su educación y de su espíritu. Ya llegará la hora en que tendrá que aplaudir los discursos tropicales, incoherentes, ésos sí recargados de color, que dirá César Leal en el senado.

Como los días han transcurrido, hay tiempo suficiente, mientras dura el noviazgo, para que Gabriel Olmedo encuentre detestable a su mujer, prácticamente se separe de ella y piense en el divorcio, después de haber aprovechado el tiempo en adquirir la fortuna que le hacía tanta falta. No había vuelto a ver a María Eugenia. Pero enfermo de gravedad el tío Pancho, de quien siempre había sido buen amigo, acude a la cabecera de su lecho y allá la encuentra a ella. El antiguo amor renace en ambos y prende como las zarzas del Horeb en los corazones que la vida absurda mantenía desunidos.

Cupido al fin lanza su flecha. Es precisamente el día de la muerte del tío Pancho, en tanto que la sobrina llora con intensa amargura la soledad espiritual que en adelante irá a ser su compañera, cuando el consolador dice las palabras expresivas que hacen secar las lágrimas. Momentos después los labios de Gabriel Olmedo y los de María Eugenia se juntan en un beso embriagante, que resuena en lo interior de las almas acercadas como la campanada de una próxima ventura, que habrá de durar siempre. Vuelta a la realidad, recuerda ella que es otro su novio, y que Gabriel es casado, lo que la obliga a repetir entre sollozos un "no puede ser", "no puede ser", que le forma en la garganta un nudo de angustia.

El galán no va a ceder por eso. Le pide una cita, que María Eugenia, rendida ya en el alma, pero llena de temor, no cumple. Entonces le escribe una carta de extraordinarias vibraciones, en donde la invita a fugarse con él, para ir tras de la dicha, única realidad de la existencia. Hay allí pasión, pero hay vulgaridades, como la de afirmar que el matrimonio con César Leal será una especie de prostitución lenta, resignada, la venta de su cuerpo, en condiciones mil veces más horribles "que las que se hacen clandestinamente sin garantías legales ni aprobaciones religiosas". Y hay un fondo odioso de inhumanidad, en el



acento con que, al referirse al seguro dolor de la abuelita y de tía Clara, le recuerda que la naturaleza "es cruel e inexorable con todo lo viejo y lo caduco".

Pero ella no está para detenerse en consideraciones de esa índole, cuando sus ojos, ya de viaje, no han leído sino las palabras temblorosas y no han visto sino las rosas que hasta el lejano porvenir han de alfombrarle el sendero. Toma del armario la ropa indispensable para realizar la fuga a las tres de la mañana, de acuerdo con las instrucciones de Olmedo. Pero "el alma endemoniada de las cosas pequeñas", o el alma angelical de las mismas, interviene. Al dirigirse al cuarto de los baúles, en el fondo del solar, siente de pronto que un bulto negro le pasa por los pies como un rayo. Paralizada de terror, aun cuando advierte que es un gato de tejado el importuno, se da a pensar en todo lo que ha oído de los pactos que celebra el nervioso animal con los espíritus, con los brujos, con el demonio mismo, y alcanza a comprender que su viaje ha fracasado.

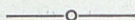
Reacciona al fin ante el recuerdo de Gabriel, y en un rápido impulso, con energía nerviosa, entra al cuarto. A tientas, en la oscuridad, busca lo que necesita. Al dar con la maleta, tira de las asas, sin acordarse de un florero viejo que de tiempo atrás han puesto sobre ella, el cual viene al suelo con un ruido de escándalo. Segundos después advierte que desde el otro extremo de la casa se acerca una lucecita. Va creciendo, va creciendo, ilumina el corral. Es la vela de tía Clara. Se había despertado y quería investigar la causa del fenómeno. María Eugenia, al verse descubierta, dice una mentira, y oye en su corazón el anuncio de que todo ha terminado.

En un bello arranque de valor moral, ya en vísperas del matrimonio, con el vestido de novia como "un huésped de nieve" en su aposento, resuelve desengañar al pobre hombre a quien estaba destinada. Pero piensa en la vida, en la pobreza, en la triste condición que será suya cuando muera la abuelita, y haciendo enmudecer las voces de reproche que le grita la conciencia, transige con ella misma, y determina no dejar escapar la oportunidad de casarse. En una carta innoble le declara a Olmedo que la escrita por él fue un atrevimiento, y lo amenaza con descubrirlo al novio si continúa persiguiéndola "con proposiciones indignas".



En su definitiva claudicación, para dejarse alguna luz en la derrota, se compara con la Ifigenia de la tragedia antigua, y cree que es "una deidad terrible y ancestral, un monstruo sagrado de siete cabezas, que se llama sociedad, familia, honor, religión, moral, deber, convenciones o principios", quien le exige en holocausto su "dócil cuerpo de esclava". Y entona una canción al espíritu de sacrificio, porque "así como el amor engendra en el placer todos los cuerpos, él, mil veces más fecundo, engendra con un beso de dolor la belleza infinita que nimba y que redime al mundo de todas sus iniquidades".

Pero no fue el espíritu de sacrificio el que impuso ese horror. Fue el miedo a otro sacrificio: el de la espera, el de la vida misma. Por eso, mientras lamiéndose golosamente los labios la aguarda César Leal, con su rostro y sus pasiones de turco, y mientras Gabriel Olmedo, el cobarde que se vendió a sí mismo, llora, redimido por el amor, lo irremediable, deben ir la ternura y el dolor, como dos canes, a aullar toda la noche frente a la puerta del sagrario donde como una hostia se encuentra María Eugenia!



Recién aparecida la novela ensoñadora y amarga, la leímos. Leímos después las respuestas de la autora a críticas de toda especie, desde la que iba acompañada por el nombre fulgurante de Unamuno, hasta la prosa desmirriada y burdamente ofensiva de sujetos que usan la sotana por dentro. Un día cualquiera, hace más de tres años, sentimos la tentación de decirle nuestra impresión a ella, y desde las columnas de la prensa le dirigimos una carta, en que el estilo y el seudónimo no lograron disfrazarnos suficientemente. Fingíamos ser un anciano que desde las lindes de la eternidad contemplaba la última resolución de la niña caraqueña como el hundimiento de un astro.

Allí decíamos: "El libro suyo, espejo en que quedaron reflejadas las costumbres de un medio que a través del continente tiene muchas copias o ejemplares, ha provocado a lo largo y a lo ancho de la América nuestra un vasto clamor de simpatía. Pero acaso es en Colombia en donde se han publicado acerca de él los juicios más encomiásticos. La abuelita y la tía Clara de Caracas son también bogotanas. María Eugenia es la muchacha nuestra, que también ha soñado, que



también ha viajado y que también ha vuelto a encontrar la sorda hostilidad, la incompreensión de espíritu, la censura de una sociedad más o menos pacata, que aunque rápidamente se transforma, no quiere sinembargo transformarse. "Ifigenia" es, en un aspecto decente, "la Confession d'un enfant du siècle". Lo que María Eugenia medita, proyecta, realiza, sufre y habla, lo han meditado, proyectado, realizado y sufrido muchas bogotanas, muchas limeñas, muchas niñas de Méjico o Santiago. No lo han hablado con el mismo donaire, ni menos lo han escrito con la sugerente poesía, el detalle arrullador, la frase alada de esa deliciosa María Eugenia que, en concepto de varón, quedará siempre como la mujer digna del trono, que bajó del trono porque hay hombres canallas y hombres majaderos —Gabrieles Olmedos y Césares Leales— pero también porque un día tuvo la debilidad, o el valor, como usted quiera, de traicionarse a sí misma.

"El criterio de mujer para juzgar a la mujer puede no ser de continuo el más seguro. Como María Eugenia procederían también, enfrentadas a la vida, casi todas las muchachas de la América española. Pero es triste, yo no sé si afrentoso, en todo caso amargo como la cicuta con que se despidió de la vida el mayor de los griegos, ese cambio del ánimo, ese huracán del capricho, esa entrega del tesoro virginal y espiritual a un beocio, que a pasos contados irá a hacer de María Eugenia una copia doliente de tía Clara. Yo, que voy para la paz, quisiera sinembargo mayores rebeldías. Yo quisiera la fuga de ese Olmedo, de ese imbécil, de ese rufián que desdeñó en la vida lo mejor de la vida y se vendió a la desgracia íntima por una suma cualquiera. Quisiera luégo para María Eugenia, para esa viva escultura, para esa peregrina de ilusión, para esa fuente de goces soberanos escondida en la roca, y que sólo haría saltar un Moisés de alma dominadora y artista, el hallazgo del hombre, del hombre verdadero, del animador, del modelador, del que tuviera, si me permite usted decirlo, una alma sinfónica. Usted exclamará: "Aceptado, señor, pero eso no es la vida". Y yo, rabioso quizá contra la vida, pero quizá convencido, acabaré, no lo sé, por inclinarme.

"¿Por qué hará Dios las cosas incompletas? ¿Por qué en el mundo no aparecen, en el momento preciso, los hombres dignos de amar a María Eugenia? Porque los hay! Hay virtuosos del amor, hay Paganinis que sabrían pasar el arco de la caricia y del deseo por las cuerdas



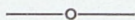
de esa alma lista para las vibraciones. ¿En dónde están? En todas partes, Teresa. Hay que saberlos ver y hay que saberlos despertar, porque ignorantes, ellos también, a veces, de su fuerza y sin acordarse de que en el mundo existen mujeres prodigiosas, bajan los párpados y se quedan dormidos. Hombres y mujeres no nos comprendemos bien. Es la tragedia. Pero es también el deleite de la esperanza, que acaricia e incita. ¿Qué valdría el alma de la mujer, sin rincones de confianza, para el hombre con pasiones de descubridor, que se ama en lo que descubre, del propio modo que descubre en lo que ama aquello que ha de hacerlo vivir y morir, morir y vivir, resucitar continuamente, en los minutos mágicos del acuerdo absoluto?

“Yo tengo el dolor de María Eugenia. Me retuerzo por ella. Muestro los puños crispados al destino y aborrezco a quienes por exceso y por defecto aparecieron a su lado para hacerla sufrir. María Eugenia, entre la espuma de seda, la ninfa en el cristal, la estatua inquieta, esa carne fragante y sonrosada para un festín de dioses, macerada y profanada ahora por las manos gruesas de un César Leal, ¿no es acaso una pintura del purgatorio o del infierno, no es un poema en el que va encendido un dolor shakespereano? Son horribles los destinos aceptados, cuando subconscientemente no son también los destinos elegidos. ¿Por qué sorprenderse de que los hombres tengan celos de César Leal y quieran azotar con un guante el rostro de Gabriel Olmedo? En ese desagrado puede haber envidia, pero también hay ternura. Con ternura nos quedamos soñando en la existencia posterior de María Eugenia.

“Ida con César Leal, es un sombra, es casi un cadáver. Dejémosla ir en paz! Yo le hablo a la madre, yo le hablo a la autora. Es el espíritu de Teresa de la Parra, antes que el de María Eugenia Alonso, lo que me cautiva. María Eugenia claudicó, no le quepa duda, aunque otra cosa digan las niñas que se conmueven. Usted continúa en pie. Y es la gracia de usted, es la independencia femenina de usted, es su mohín irónico ante los elogios de los que no comprenden o las censuras de los que comprenden menos, lo que francamente me atrae y me seduce. Aquí se han publicado sus defensas. Aquí la queremos a usted con afán. Aquí temblamos ante la perspectiva de que el futuro se le muestre apagado. La queremos brillante, la queremos bella, la queremos joven, la queremos ágil, la queremos feliz, con una felicidad consentida, porque su cabeza no se ha hecho para la felicidad mentirosa



de las resignaciones. No hay tal desprecio al tirano en la resignación, aunque lo diga Unamuno. La resignación es virtud del cristianismo. Y usted, Teresa, tiene el alma pagana. Consérvesela Dios, y acepte en este pobre homenaje de un anciano el voto cariñoso por que digno de su amor, para la armonía de las etapas venideras, sea el sembrador que hacía usted tienda los brazos anhelantes desde los confines oscuros del destino!".



Meses después nos llegó esta tarjeta, que fue escrita en Toledo: "En viaje por España me ha sorprendido su carta. La leí encantada, y en España mismo me informaron acerca de su **ancianidad** y otros detalles interesantes. Ya le escribiré algo de París. No he querido dejar pasar más tiempo sin decirle entre catedrales, conventos y paisajes castellanos, toda mi simpatía. Hasta pronto!—**Teresa de la Parra**".

Tres años después, en un reciente viaje a París, la conocimos.

**Teresa de la Parra** es, ante todo y por sobre todo, una mujer. No tiene nada de los espantapájaros que hacen la campaña del sufragio en Londres, usan vestidos casi masculinos y dictan conferencias o pronuncian discursos con ronco acento de batalladoras, los sudorosos rostros sin afeitado alguno, convertidos en máscaras horribles para asustar a los niños.

**Teresa de la Parra** es una linda mujer. Esbelta, elegante, envuelta en pieles, fragante, alucinante, en sus palabras y en sus movimientos muestra cómo hasta el fondo del alma es femenina. En su sonrisa, que descubre unos dientes perfectos mientras canta su voz con ese dejo de las mujeres de Caracas, que envolvieron a Bolívar, hay una invitación a la cordialidad. Atrae sencillamente, sin pretenderlo, por la sola gracia de esa boca, y por las miradas amables, alegres, llenas de inteligencia, de unos ojos claros y verdes, que parecen un regalo del mar.

Con Anatole France debe pensar que "el más grande pecado de una mujer es no ser bella", y ha de gozar plenamente, tanto como con las palmas que rinden a su talento los que hablan la lengua de Cervantes, con la callada admiración de cuantos no han menester de recurrir al piropo para hacerle comprender que deja en ellos una impre-



sión de agrado inolvidable. Si María Eugenia se parecía a ella, cómo ha debido comprender, no obstante la reacción refleja que hizo perder los anteojos a un poeta de Colombia, el fervor admirativo que encontró en él, a bordo del vapor en que viajaban, un modo de expresión inconveniente... O conveniente.

El homenaje que sus encantos físicos reclaman se limita al reconocimiento. Lo que sea como mujer interesa al amor, que la ha rondado muchas veces sin que ella haya querido que se quemen las alas. Es su labor como escritora lo que contempla la literatura. Pero no sobra advertir que, al revés de tantos casos de ayer y de siempre, en la conversación con ella se descubre a la autora del precioso libro que tan rápida carrera hizo en América, mientras toma aliento, que es la traducción, para ganarse a Europa.

Ella y su libro son una sola revolución en marcha. Sin que al hablar use las imágenes que escribe, y sin que dé a la frase esa forma encantadora, llena de sutileza, y en ocasiones de profundidad, del libro, basta oírle un momento para darse cuenta de que tanta gracia natural debe condensar en fórmulas como las de "Ifigenia", tan pronto como sienta la tentación de la pluma. Francis de Miomandre se equivocó al hablar de ingenuidad respecto de ella. De ingenua no tiene ni el color ni el deseo. Es naturalidad la palabra precisa. En **Teresa de la Parra** la naturalidad triunfa, porque es una fuerza, y la baña en luz, porque es una aureola.

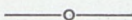
Con esa naturalidad, y a pesar de la entrega final por espíritu de sacrificio, ha hecho un libro revolucionario. Dijimos que en Suramérica había sido como una explosión. Mas no por el argumento sino por las razones. Hasta cierto punto figura María Eugenia en otras literaturas, especialmente en la inglesa y en la americana, aunque Francia tiene, en obras, por ejemplo, como "Mi párroco y mi tío", caracteres frescos, espontáneos, naturales, de indudables analogías con la heroína de "Ifigenia". Pero en Anita Loos, cuyo libro "**Los hombres las prefieren rubias**" ha tenido una acogida tan descomunal, hay un tipo quizá más parecido. No es, con todo, suramericano.

El hallazgo de **Teresa de la Parra** y la dinamita que puso en María Eugenia son precisamente la oposición entre el medio y los anhelos de una muchacha contagiada de Europa. No hay inconveniente en advertir que entre nosotros al mayoría de los hombres antepone, para



el hogar desde luego, no para el salón de baile, la María de Isaacs, tan llena de ternura, de dulzura, de sumisión, de inocencia, a la heroína espiritual e inquieta de **Teresa de la Parra**. Gonzalo Zaldumbide apunta lo contrario. Al comparar hermanas tan desemejantes, se detiene en la última y pregunta: "De dónde le viene a ésta tan turbador encanto que preferiríamos su peligro a aquella paz inconsciente?"...

Nada más consciente que la paz de María, nacida para el amor y moribunda en sus aras. Nada, por otra parte, tan explicable como el anhelo femenino de ser algo más que la criatura que en el hogar cifra todo. Pero escoger el tipo peligroso, ante la dulce mujer en quien la vida no es sino una ocasión de demostrar que hasta la última gota de su sangre es para el hombre a quien su corazón pertenece, es revelar un ánimo sencillamente guerrero. La comparación de Zaldumbide se imponía en un estudio sobre la evolución de la sensibilidad y la transformación de las costumbres amorosas, no del amor, porque el amor no cambia. Frente a frente puso dos tipos de mujer, no dos novelas, ya que nada importa al análisis ese afán de los hombres sistemáticos porque se diga si un libro es superior a otro, y porque de una vez se le señale el puesto que le corresponde en la literatura. Cada cual en su ambiente, en su género, en su hora, es una obra de arte. Para la "María" de Jorge Isaacs, para la "**Ifigenia**" de **Teresa de la Parra**, habrá siempre lectores, como en la vida habrá siempre adoradores para sus encarnaciones opuestas.



Como todo autor que de un golpe conquista la celebridad, **Teresa de la Parra** inspiró el temor de haber dicho en "**Ifigenia**" la totalidad de su mensaje. Era suficiente para su gloria haber escrito ese libro. Acaso nunca llegue a superarlo. Pero en ella continúan vigentes la capacidad emotiva, el dón de expresión, esa alada inspiración que encuentra poderosas imágenes para decir cosas tan diferentes como la tristeza de llegar, la utilidad de la mentira, la fruición de la seda, la marcha del terror, los milagros divinos y obsesionantes del cuerpo. Quedan en ella la facultad de observación, esa retina prodigiosa que capta hasta en sus menores detalles cuanto mira, el gusto del paisaje, la ironía disolvente. Sonriendo, jugando, asesta cada golpe a los pre-



juicios que los desgonza y aplasta. Ve el lado ridículo que los seres, de las costumbres, de las cosas, con una nitidez que desconcierta. Y en un estilo limpio, abundante, con líricas sorpresas en que la contenida emoción suelta sus aguas, va contando los pasos del silencio y probando que en el corazón de la mujer moderna, tan lleno de comprensión e inteligencia, aún queda señalado el sitio para el dardo romántico.

Poniendo a prueba tales condiciones, acaba de publicar un nuevo libro, "Las memorias de mamá Blanca", que es un nuevo triunfo. Está presente en él toda la pericia de quien tiene el dón de narrar magistralmente. La misma malicia, la misma agilidad, la misma paleta generosa, de donde toma los colores con que lleva al lienzo figuras de extraordinaria animación y la paz de los campos. Aquí ya no hay problemas, ni conflictos, ni ideas que se presten a disputas. Es un libro diáfano.

Se trata de contar la vida de seis niñas, la tercera de las cuales tiene cinco años. Viven en una hacienda con sus padres y al cuidado de una institutriz de sangre inglesa. Juegan, corren, pelean, sufren castigos, hacen preguntas cuya respuesta es difícil, cuando no imposible, y sin darse cuenta de la felicidad que siembran y cosechan se van desarrollando. Aquí no pasa nada. Todo es idílico, sencillo, con olor a azucena. Son pequeños paisajes de la vida, en los que **Teresa de la Parra** pone su ciencia del matiz, con la presentación de personajes singulares, muy de nuestras tierras, que los alegran y animan.

Así como en "Ifigenia" dejan huella indeleble el tío Pancho, volteriano de infinita bondad, y Gregoria, la sirvienta de color, marrullera, regocijada, sabia de experiencia, de finas intuiciones y de lenguaje picante, a veces atrevido, en "**Las Memorias de Mamá Blanca**" hay un primo Juancho, un Vicente Cochocho y unos rústicos, cantores y poetas, que mezclados en la vida de las niñas la iluminan de comicidad y de gozo.

Afirma el libro que las gentes impresentables son generalmente las más interesantes, lo que demuestra con los retratos de algunos seres, acreedores a ambos calificativos. Cochocho, apodo que significa piojo, se le había puesto, y no por limpio, a un buen trabajador, lleno de cuentos, que en cuanto oía sonar un tiro o sabía de un proyecto de revolución, abandonaba la hacienda para ir a defender **sus principios**, y que en la paz volvía con el mismo ánimo, el mismo lenguaje sentencioso, sarpullido de **asinas, truje, vide, mesmo, dende** y otras expresiones



del Siglo de Oro que se quedaron en el pueblo, a trabajar y a escupir, cuando tenía alguna preocupación o necesitaba meditar unos minutos, con una puntería admirable. "Nadie podía saber dónde, cómo ni cuándo Vicente Cochocho había escupido. Era lo mismo que un rayo: psst!, que cruzaba con rapidez el espacio y se perdía en lontananza entre las matas". No lo hacía con sus iguales. Escupir de ese modo era en él una señal de consideración y de respeto.

Divertía mucho a las niñas. Era él, sin otros conocimientos que los adquiridos sobre los surcos, quien les enseñaba filosofía y ciencias naturales. Humildemente, sin aire de don Juan, vivía con dos mujeres, que en la mejor armonía se afanaban por complacerlo y mimarlo. Cuando la madre de las niñas, en desarrollo de una obra moralizadora, que "como toda obra para la cual no se exige dinero, cundía", le dijo: "O te casas con una de las dos o te quedas viviendo solo", él, escupiendo por el colmillo previamente, declaró que le diera **un tiempito**, mientras llegaba la cosecha de café, para darles algún dinero y separarse de ambas, lo que continuó repitiendo indefinidamente a través de innúmeras cosechas. Cualquier día, en vísperas de revolución, partió. De él no volvió a saberse. Destripado en cualquier cumbre por los buitres, después de ser herido en un combate, debió morir acaso como un héroe.

Tipo curiosísimo es también el vaquero, conocido en los contornos de la hacienda como cantor de voz muy agradable, que contesta al patrón, cuando le dice que les cante a las vacas para que no den coces, ni escondan la leche, ni se desamarren: "Entienda, don Juan Manuel, que yo (aquí se puso una mano extendida sobre el pecho) soy hombre para cantar en un baile mis galrones y mis corridos, y que, en efecto, hay muy pocos que me ganen ni en cuanto a la música ni en cuanto a la letra. Pero yo (aquí se arrancó la mano del pecho) no soy hombre para cantarles a unas vacas como si fueran gente. Eso sí que no! A eso no me reduce a mí nadie! Los tiempos de la esclavitud ya se acabaron. Busque otro vaquero".

El primo Juancho, que "tenía la inocencia virginal de los que nunca han trabajado", era un hombre bueno como el pan, erudito, locuaz, de humor cambiante, que gustaba de la discusión, empujaba sin lógica al interlocutor a los temas que mejor conocía, aunque distasen varias leguas del que contemplaban, conservador y liberal, lleno de



énfasis, de contratiempos y de indignaciones, que "llevaba con reserva su pobreza noble y cepillada". Pasaba de un tema al otro como un diccionario, lo que hace detener a la autora para reconocer que "el diccionario es el único libro ameno y reposante, cuya amable incoherencia, tan parecida a la de nuestra madre naturaleza, nos hace descansar de la lógica, de las declamaciones y de la literatura". Con sus anécdotas, sus discursos, sus recuerdos de viaje, sus abundantes y disparatados conocimientos, su espíritu hidalgo y su amor al "Quijote", el primo Juancho, que había asistido enfurecido y bondadoso al entierro de "la vieja gracia campechana", se dejó enterrar cualquier día, porque no pudo convencer a la muerte de que no debía llevárselo.

Entre tipos de esa índole discurre la vida de las niñas. Huele a establo, a yerbabuena, a poleo, se oye el mugir de las vacas, la imploración de los terneros, las vociferaciones de los gañanes, el murmullo del agua. Flores y hierba, leche, caña de azúcar, guarapo: la hacienda esconde esas deidades, que gustan de entregarse, en toda la plenitud de su significación, a las almas infantiles. De la cocina al potrero, del potrero a la alberca, de la alberca al trapiche, la vida es deliciosa. El último especialmente, como compendio de club, teatro y ciudad, es el sitio predilecto del ramillete de niñas. Como allí "no se reunía la gente con el objeto de divertirse, la reunión era agradable".

A este respecto hay en el libro una observación encantadora: "En el trapiche no era indispensable, como en los bailes, dar vueltas y vueltas gravemente y a compás sobre tacones altísimos, ni tampoco era de rigor el afirmar, con un sandwich en una mano y una copa de champaña en la otra, todos esos lugares comunes que la mayoría de nuestros interlocutores, mucho más elocuentes que nosotros, afirman con tanto ardor y con tanta seguridad, en forma brillante y arrolladora". El trapiche era la ilusión suprema de las niñas, tanto que cuando para castigar el empleo de una expresión descompuesta, usada por una de ellas, resolvió la institutriz suprimirles durante varios días las visitas a tan amable lugar, las dejó sumidas a todas en la mayor amargura.

Mamá Blanca, llamada Blanca Nieves en la niñez, era una de ellas. El libro es una evocación de los tiempos cargados de inocencia, hecha por una anciana de dulzura inagotable, que quiso poner reflexiones, henchidas de emoción y hasta de poder educativo, al margen de los recuerdos. Al hablar, por ejemplo, del castigo mencionado, dice con



donosura: "La severidad de Evelyn salvó al trapiche de la oscuridad. Al sembrar prohibiciones sobre los objetos y lugares que nos rodeaban, Evelyn les daba vida". Acaso sin pensarlo les enseñó el valor de los placeres, de las ilusiones, de las comodidades, porque nada se aprecia tanto como lo que después de formar parte de las alegrías cotidianas desaparece o corre algún peligro.

Les evitó el fastidio de los niños saciados, de aquellos cuyos caprichos son órdenes y que viven rodeados "de cajas de dulces, de muñecas, de carros, de caballos de cartón, de todos esos juguetes tenebrosos, que como los pesares de la vida adulta tiene por fuerza que sobrellevar la infancia". Los juguetes preferidos de las niñas eran fabricados por ellas, con hojas, piedras, latas, huesos, tusas, que representaban lo que el capricho les iba aconsejando y les hacía sentir "la fiebre divina de la creación", lo mismo que a los poetas. Por eso en el atardecer pudo decir Mamá Blanca que la vida había imitado a su nodriza. "Me dió a probar todos sus bienes, pero, bondadosa, me los dió tan tasados y tan a su hora, que jamás la saciedad vino a apagar en mi alma la fresca alegría del deseo".

Como el deseo en la niñez es mariposa, que no se posa sobre el mismo cáliz, para las niñas fue un día feliz aquel en que supieron que su padre había vendido la hacienda de **Piedra Azul**, con ánimo de irse a establecerse con la familia a Caracas. A Caracas llegan, ávidas de novedad, bulliciosas, a aprender diariamente mil cosas divertidas, a concurrir a la escuela, a jugar, a soñar, hasta cuando amanece el día en que una vaga nostalgia se les va insinuando, con el pensamiento de los deleites cristalinos que perdieron, al tiempo con la libertad, de que era símbolo el campo. Y cuando retornan, invitadas a pasar un día alegre por el nuevo dueño, una gran melancolía es lo que encuentran, al pensar en tantos seres amables desaparecidos y al advertir que mil detalles, de los que comprometieron su fantasía y su corazón, habían sido cambiados.

Una dulce tristeza se escapa de este libro. No hay entre nosotros quien no tenga recuerdos parecidos, y quien al evocarlos no lllore, en lo interior, el adiós de esa frescura, que la vida nos roba, a tiempo que nos va arrugando. No hay sentimentalismo allí en las expresiones. Hasta el dolor causado por la muerte de una de las niñas tiene al margen una nota sonriente. La madre, de lenguaje rebuscado, no



gemía: "¿Por qué me dejaste tan sola?", sino "¿Por qué me dejaste ingrata?", expresión que forzosamente había de quedar como un misterio en la memoria de las otras hijas. **Teresa de la Parra**, que en "**Ifigenia**" bordó con la pluma sutiles arabescos, correspondientes a complejidades y a perplejidades de la inteligencia, en las "**Memorias de Mamá Blanca**" escribió como un niño.

Es un arte en extremo difícil el de esa sencillez. Copiar los sentimientos de la infancia e impregnarlos del perfume que tuvieron cuando no sabían expresarse, o se expresaban débilmente, es haber conservado una limpidez de alma digna del dón magnífico. **Teresa de la Parra**, cuyos ojos sabios han visto cuanto la vida tiene en esplendor y en quebranto, y por cuyos oídos han pasado todo el clamor de imploración que su hermosura inspira y todo el fervor de devoción que su labor despierta, es dueña de esa gracia que le permite ser niña y ser mujer, para conmover o inquietar, según le venga en gana. Muchas otras actividades podrán tentarla luégo y muchos otros libros salir de su pluma para divulgar su hechizo. Pero los publicados ya son suficientes para que en la América latina miremos hacia ella con un afecto hondo, en el cual deben caber holgadamente la admiración y el orgullo a que naturalmente conduce la certidumbre de saberla nuestra.

Luis Eduardo Nieto Caballero.

Bogotá, 1929. Del libro "Colinas Inspiradas".





Para Raúl Carrasquel  
y Valverde, estas páginas  
en donde va una opor-  
ta a la linda y gentil  
venezolana a quien tanto  
admiré y quise -

Cordialmente

COLINAS INSPIRADAS

*L. E. Nieto Caballero*

Autógrafo del ilustre Maestro colombiano, ciudadano integérrimo y liberal de  
vanguardia Doctor D. Luis Eduardo Nieto Caballero, grande admirador y  
amigo de Teresa de la Parra.

Bogotá: 13 de abril de 1937.



*Teresa de la Parra,  
Un alma en conflicto con el Medio*

D ESPUES de varios años en el cementerio de la Almudena en Madrid, era necesario ir pensando en su regreso definitivo. Porque ella, la Blanca Nieves de la novela criolla, debía dormir en el seno de la arcilla materna. Junto al Avila cuyas estribaciones le sirvieron para abreviar el motivo caraqueño, cerca del arroyuelo donde las pupilas se le volvieron claras y donde su palabra se hizo musical. Arriba el cielo azul, y al norte, más allá de la "fila" multimilenaria, la sinfonía del Caribe, por encima del cual ensayan su vuelo blanco las gaviotas...

Ana Teresa Parra Sanojo nace en París en la avenida Wagram, el 5 de octubre de 1890. Sus padres, venezolanos, se reintegran a Caracas cuando la niña cumple dos años. Es su primer viaje sobre el mar. En lo sucesivo la encontraremos siempre con las pupilas sembradas de horizontes azules, hasta que un día se nos marcha de nuevo hacia Europa, donde la espera un sanatorio suizo. En cierto fundo de los alrededores caraqueños, pervivencia de la colonia señorial y agraria, discurren los primeros años de la futuro Blanca Nieves. Desde las sementeras viene un olor fresco del maíz o de la caña. En la vecina acequia se lava la ropa. De noche, en el oratorio se congrega la familia, mientras la cena es servida sobre limpio mantel. Vida simple cuyos elementos van sedimentándose en el alma de la niña, que luego es llevada a España, en donde la internan en el colegio del "Sacré Coeur", cerca de Valencia. Ocho años ha cumplido y sobresale en todas las asignaturas, incluso las más arduas como matemáticas e idiomas. El latín le va siendo familiar, lo mismo que la literatura, principalmente cuando se trata de los poetas del siglo de oro español. Una vez la superiora del instituto promueve un certamen literario en el que el primer lauro le es concedido a Teresa cuyo amor hacia las le-



tras comienza a perfilarse. Diríase un signo, un preanuncio de su obra futura, cuando en 1924 el Instituto Hispanoamericano de Cultura Francesa le adjudica el primer premio del concurso promovido aquel año por su novela "Ifigenia".

Su segunda estancia en París data de 1915, año en que abandona las aulas del Sacré Coeur. Pero el reclamo de la patria es imperioso, y algún tiempo después la encontramos nuevamente en el marco rural de "Tazón", la hacienda paterna en donde discurriera su infancia. Sólo que ahora, en vez de las diabluras infantiles, su mundo interno se colorea con el destello de la concepción novelesca. El medio, Europa, dentro del cual se educara, no pudo quebrantar el molde originario de su alma, reduciéndose a suministrarle los elementos didácticos indispensables para cumplir su signo en la literatura. Si algo podemos señalar como rasgo definitivo en **Teresa de la Parra**, es el criollismo. Quienes entre sus biógrafos no han valorizado bien este rasgo, es porque suelen confundirlo con otras modalidades extrañas al ámbito donde se desenvuelve el alma criolla; la ironía, verbi-gracia, con que se nos ofrece en algunos episodios de sus novelas. Y esa ironía, lo mismo que el énfasis nuestro, del que ella culpaba al español, es una herencia de raza, una actitud calcada en el barro popular de vascos o andaluces. Pero también la sonrisa de París debió ejercer algunas influencias sobre el estilo de la venezolana. Sea como fuere, dicha modalidad no puede modificar la sustancia de su obra, menos aun si la medimos en su verdadera dimensión: la crítica ambiental. Sus novelas, más que por lo imaginativo o por la fuerza del colorido, valen en virtud de ser ambas un enfoque de la sociedad caraqueña de comienzos de siglo. En ellas los tipos no constituyen creaciones arbitrarias, criaturas descentradas del medio social, sino entidades humanas que derivan su realismo del propio medio donde gravitan. Es la Caracas parroquial de hace unos lustros, con sus mezuquindades, con sus maledicencias; mundo pequeño, en el cual se asfixia quien ha aireado sus pulmones en los grandes centros culturales de Europa.

En esa Caracas, a la que ama sin embargo con un amor de criolla, **Teresa de la Parra** vive dentro del ritmo simple del fundo paterno. Frecuenta poco, casi nunca, los saraos sociales, prefiriendo comunicarse con las vibraciones elementales de la campiña, en la que su



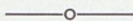
mundo interior va acopiando los ingredientes psíquicos y objetivos de las "Memorias de Mamá Blanca", su novela publicada en 1927 y la que escribiera aquel mismo año en los Alpes suizos, a orillas del lago Lemán. Porque en Suiza el blanco panorama de Helvecia la fascinaba con un signo desconocido; en las nieves, en los lagos azules, en las aldeas enclavadas sobre la cordillera alpina, el alma sutil de la criolla vibraba al unísono con la voz del universo. Suerte de panteísmo paralelo con el de los primeros años de la hacienda venezolana. Sin embargo, durante su permanencia en Venezuela no siempre es el fundo agrario el que enmarca su belleza estilizada. Bajo los uveros de Macuto suele vérselo con alguna frecuencia. Y es allí donde comienza su novela "Ifigenia" (Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba), con la cual concurre al certamen para autores americanos realizado en París en 1924. Le otorgan el primer premio, consistente en la edición de la obra, financiada por el Instituto Hispanoamericano de Cultura Francesa.

Si antes de junio de 1922 **Teresa de la Parra** escribe algunas crónicas sobre motivos urbanos, las cuales aparecen en "El Universal", es en aquel año cuando se inicia su verdadera trayectoria en la literatura. En Caracas había publicado también su primer cuento, "Flor de Loto", sin que su nombre rebasara los lindes urbanos. Es "Ifigenia" quien le franquea el camino de la gloria. Su aparición en París la subraya una ola de comentarios laudatorios en la que figuran los nombres más ilustres: Francis de Miomandre, Romain Rolland, Gómez de la Serna, Unamuno, Gabriela Mistral. La criolla bellísima pronto se ha hecho universal. En 1927 concurre a un Congreso Interamericano de Periodistas que se reúne en La Habana, y luego dicta en Colombia, donde es recibida en forma apoteósica, una conferencia sobre "Influencia de la Mujer en la Conquista, la Colonia y la Independencia de Sud América". El mismo año, 1927, regresa a Europa. En Suiza escribe "Memorias de Mamá Blanca". Es el recuerdo de la vida simple, sencilla de Tazón, cerca de Turmerito; pero dentro de ese mundo elemental se desenvuelve un drama cuyo desenlace es la angustia con que Blanca Nieves, años después, mira las reformas hechas en "Piedra Azul", con las cuales han desaparecido los episodios de la buena infancia. La nueva novela es editada en París con prólogo de Francis Miomandre.



En 1928 **Teresa de la Parra** vuelve a Venezuela, aureolada con el nimbo de la gloria. Otra vez recorre las calles aun coloniales de la urbe bienamada. Es el reencuentro con la infancia. Con el aroma familiar que se alza en ondas de añoranzas en cada una de las cosas que la rodean: El Avila, Catuche, la Campiña, los anchos aleros de los barrios suburbanos. Caracas no ha cambiado; su estructura social de pueblo grande permanece lo mismo, pero en el alma de Teresa se ha operado el cambio que determinan los años. Ahora admite sin acedumbres ni sonrisas irónicas lo pequeño de la parroquia, como una vivencia contra lo cual nada podemos. Sobreviene en ella ese viraje hacia el propio mundo interior, que se traduce en la serenidad, en la actitud reflexiva, fruto de un largo proceso autoeducativo. Alma con ternura a su pueblo, arcilla de su misma arcilla, incluso en medio de lo mezquino, de lo parroquial; comprende que la parroquia tiene sus virtudes claras como la acequia de "Piedra Azul", donde Vicente Cochocho se lavaba las manos humildes, olorosas a campo como la guayabita sabanera.

Este sentimiento halla un escape en la mirada retrospectiva de la historia. Por esos años se propone escribir unas notas sobre la "Vida Intima de Bolívar" sin que logre concluir las, pues ya la enfermedad comienza a minar sus energías. En 1932 regresa a París. La enfermedad asume caracteres graves, por lo que sus familiares la trasladan al Sanatorio Leysin, en Suiza. Una breve mejoría le permite reiniciar sus actitudes literarias, pero con este esfuerzo recae nuevamente, viéndose precisada a buscar reposo en Fuente Fría, España. Aquí, lo mismo que desde Suiza, escribe epístolas en las que desborda su ternura. Sus pies, bellos y peregrinos, van hollando entonces el umbral de lo desconocido. Muere en Madrid el **23 de abril de 1936**. No sin que antes sus labios reclamaran "una poquita de tierra". La misma tierra que recoge sus despojos para darles calor en su seno.



Las dos novelas de **Teresa de la Parra** se desenvuelven en el escenario de la vida caraqueña. Si en "Memorias de Mamá Blanca" la nota cardinal es el ruralismo, es porque ese ruralismo debía ejercer un papel en la novela. Lo que importa no es el marco, la hacienda



de Piedra Azul, sino los tipos que en él conviven: Mamá Blanca, "María Moñitos", Vicente Cochocho, etc. Cada uno con sus ambiciones o sus conformismos, pero todos uncidos al influjo ambiental, que no es Piedra Azul, sino Caracas. Medio pequeño, sobre el cual gravitan aún los prejuicios coloniales, según ocurre también en el desarrollo de "Ifigenia", en el que se dibuja claramente la fricción de dos épocas. O de dos mundos: el mundo de lo convencional que se sobrevive en la familia linajuda, sembrada de absurdos escrúpulos morales y el mundo nuevo, con su moral propia, personificado en la muchacha educada en otros medios. La fuerza de esta novela reside en el llamado sacrificio con que la heroína renuncia al amor que pudo hacerla dichosa, "para no manchar el honor de la familia". Su vida es una perenne renunciación. Descentrada en un medio en cuyos ámbitos no cabe, la veremos rumiar a solas su sacrificio, que la parroquia no comprende.

Refiriéndose a "Mamá Blanca" dice: "nacida en una hacienda de caña y trapiche y oficina de beneficiar café". Ruralismo del que se deriva toda la acción de la novela, el desenlace de la cual es aquel momento en que Blanca Nieves, hecha mujer, retorna al fundo "Piedra Azul", encontrándolo modernizado, sin la humilde pureza de los años infantiles. Del europeizado "Primo Juancho", quien solía ir al fundo con frecuencia, observa: "Primo Juancho fué el más completo archivo o cronicón ambulante de cuanto acontecimiento político y social ocurrió en Venezuela durante los setenta primeros años del siglo XIX. Desgraciadamente, o quizás felizmente, no escribía sino lo muy preciso. Aun cuando en su conversación politiqueaba de continuo, el tumulto de sus pensamientos le impedía llevar a buen puerto el desarrollo de cualquier narración o tesis". Con este trazo queda bosquejada toda la individualidad de una época, cuyo sentido, ¿agonista?, pudo asimilar, como pocos, Teresa de la Parra. No es otra la tesis o el argumento de sus novelas, en las cuales se advierte la nota íntima de un alma en conflicto con el medio.

Eduardo ARROYO ALVAREZ.

Caracas: Marzo de 1949.



## *El Testimonio de Teresa de la Parra*

Por Arturo USLAR PIETRI.

HUBO un tiempo, maravillosamente impreciso y estático en el correr de las horas, en el que, sobre las calles empedradas de la ciudad, el silencio se tendía a dormir la siesta.

Era la época en que se iba en coche de tres caballos, con toda la familia y los animales familiares, a la hacienda. La época en que las mulas, atadas a las ventanas, pacían los yerbajos de las aceras; en que, dentro de la frescura interior de las casonas enormes como la pereza, cantineleaban los pájaros, el tinajero y la negra lavandera. Tiempo en que las casas y las mujeres tenían una suave y misteriosa intimidad.

Nadie podrá decir de fijo si esto ocurrió en la Caracas de los últimos años del siglo XIX, en la ciudad de techos rojos que vislumbró Pérez Bonalde en su imaginario coche de desterrado, o si ha sido sólo fábula, imaginación o "máquina", como decían los clásicos prudentes. Ello carecería de importancia, salvo para la historia sentimental de algún viejo caballero desconsolado, para quien la hermosura del mundo se fué con los caballos, los bigotes, las levitas, los pesados muebles y las cataratas de brocado; pero para la historia estética de Venezuela es capital, por la significación del extraordinario testigo que los miró decaer, transformarse y morir, y guardó en la memoria ágil el recuerdo de su gracia desusada.

La obra de Teresa de la Parra es ese admirable testimonio. Su infancia transcurrió en un mundo tan lejano y tan inverosímil que casi no podemos reconocerlo. El regazo de la vida colonial, de aquella existencia limitada, dulce e interior que encantara al conde de Ségur, llegó hasta ella vivo, en su última palpitación. Pareciera que, ansioso de salvarse, aquel mundo la hubiera señalado para manifestarse ante ella como una visión. Teresa se formó en uno de esos sabrosos islotes de la vieja Caracas, que perduraron por mucho tiempo ante la corriente de la vida moderna. Por un milagro del ambiente pudo ser contemporánea de las generaciones idas y olvidadas. Como en el verso bau-



delaireano, vió los años difuntos asomarse a los balcones del cielo en robes surannées.

Pero, por otra parte, su edad, su espíritu y sus gustos la hacían entroncar completamente en su tiempo. Con la misma gracia con que se paseaba por los corredores de las haciendas coloniales, se desenvolvía en los salones literarios de París, o emprendía una triunfal jira de conferencias.

Esta complejidad constituye lo más rico y admirable del carácter y del estilo de Teresa de la Parra. Con una curiosidad tierna miró las épocas que se desvanecían, sin detenerse en los fáciles contrastes ridículos, y entró valientemente en el alma y la angustia de la venezolana de su clase y de su hora. Ella, que conocía el encanto hecho de renunciaciones de la vida de las abuelas y las formidables necesidades del tiempo que llegaba, dedicó su obra a levantar un testimonio insuperable de estas cuestiones, tan estrechamente ligadas al destino de nuestras mujeres.

Es la mujer quien colora y define el sentido de las sociedades humanas. Las sociedades son tan alegres, tan tristes, tan inteligentes, tan frívolas, como lo sean sus mujeres. Nada es tan parecido a la mujer venezolana como la historia venezolana.

En **Mamá Blanca**, Teresa levantó el cuadro de la existencia de nuestras abuelas. Una vida devota de la seguridad, sumisa al dolor, fácil a la alegría, atada a lo cotidiano. Eran las mujeres de los guerrilleros y de los hombres verbosos y sin alcances. En **Ifigenia** aparece risueñamente el drama dentro de la mujer, que es la entraña dramática de la crisis de un orden social. En **Ifigenia** asoma la protesta ingenua y femenina contra un destino que le negaba el derecho de hacer su vida, escoger su hombre y expresar sus pensamientos.

De la añeja filosofía resignada y burlona de las antepasadas le venía una ironía suave y grata.

Tenía en punto incomparable el don de la gracia. Toda esa música que llena su prosa y la armonía con que compone, las llevaba naturalmente en su persona. Tenía la hermosura cabal y madura de quien, en cierto modo, está fuera del tiempo. Su conversación era una de las más inagotables delicias.

Con ella murió una de las más hermosas flores de la raza venezolana. Sus magníficos libros no pueden compensar de su pérdida a



quienes la conocieron y llegaron a creer que era un prodigio de equilibrio que no podía romperse.

Teresa de la Parra es una de las escritoras más femeninas. Nadie la excede en este don. **Ifigenia** es un libro mujer: atractivo, oscuro, turbador.

Es la larga y divagante confidencia de un alma profundamente femenina. Ve, habla, describe y piensa, como nunca podía hacerlo un hombre. En su prosa hay frases, torpezas, simples adjetivos, que son como una incitadora desnudez.

La Teresa de la Parra que publica **Ifigenia**, en 1924, está lejos de ser un ente abstracto. Es una mujer muy fuertemente determinada en el tiempo y en el espacio. Es la criolla, la criolla florida. Esa mujer tan intuitiva, tan ajena al hombre, tan primitiva y refinada, tan religiosa y natural, tan sensual y sentimental, tan suave y tan fuerte, que la criolla ha sabido personificar con su gran arte espontáneo.

Esas mujeres que han llenado el mundo con la viva leyenda de su gracia, de su dulzura, de su refinada sensibilidad: la habanera, la limeña, la porteña.

Hasta Teresa de la Parra, de la criolla no teníamos sino la imagen exterior: la crónica mundana de la Avellaneda, o de la Perricholi, o de Manuela Sáenz; la crónica de Santa Rosa; la culterana fragancia de sor Juana Inés de la Cruz; la crónica elegante del modisto de París, o la galante del viajero del siglo XVIII. Desde Teresa tenemos la confesión de su alma.

Era criolla, ella o su heroína, en grado sumo de perfección. Tenía el dejo, el acento, el fino matiz inimitable. Se había formado en el ambiente de las viejas casonas, había recibido la tradición en palabras vivas y formas perpetuas. Había estado en contacto con su vieja España y había recibido el aluvión deslumbrador de la vida francesa. Llegó a creer que había aprendido mucho en Proust.

Era una señorita: ese ser monstruosamente delicado y complejo. Esa flor del barroco.

Su empresa era el descubrimiento de la vida, al través de las novelas francesas, de las tertulias de la casona y de la aguzada intuición del gineceo.

Empieza a escribir confesándose. Con un suelto ritmo de conversación pudorosa. Hace por escrito, y con la misma gracia, lo que han



hecho de palabra sus mayores: murmurar. Se fastidia y murmura. Teje su propia vida, los rostros que la rodean y la circunstancia en un fino tapiz de maledicencia. Este ha sido siempre un gran arte de la criolla.

Reveladoramente le decía a don Lisandro Alvarado en una carta: "Creo que la maledicencia de Caracas es decorativa, respetable y preciosa como una vieja filigrana de oro. Le han tejido juntos, en dulcísimo acuerdo, los años, el aburrimiento y el ingenio. Debemos entre todos conservarla y no dejarla nunca morir de inanición. Es casi un deber. Ella es la hermana alegre y habladora de tanta pulcra existencia femenina, cuya soledad viene a distraer todos los días con historias fantásticas que, como las de caballería y los cuentos de Perrault, desprecian el despreciable realismo."

Por eso, cuando escribe su libro, no hace una novela ni unas memorias, sino una larga carta, un Diario, sueltos ecos de una conversación flúida y recatada por donde se mira la vida, se descubre la vida que llega a la criolla, aparentemente sin forma y aparentemente sin rumbo.

Fué Francis de Miomandre, el fino crítico francés —que creyó que este desenfadado tímido, que es gracia, era ingenuidad—, quien le aconsejó, como un tratante literario, que le pusiera por nombre **Ifigenia** a aquel Diario de la señorita, y que, para justificarlo, le añadiese la estorbosa, innecesaria y declamatoria parte final.

Con todo ello, ha quedado este libro oscuro, impresionante y revelador, impregnado de una fragancia viva de alma y saturado de esencia histórica para plantear el fascinador enigma de la criolla.

Cinco años después, en 1929, Teresa publicó su segunda obra: **Memorias de Mamá Blanca**, escrita en una prosa limpia y flúida como el agua.

Lo que era confesión e ímpetu en **Ifigenia** ahora es arte y madurez. Hay una serenidad en este libro que trasciende y queda. Un arte del recuerdo y una gracia de la melancolía que sólo han sabido manejar los mayores creadores de belleza literaria.

Es uno de los libros más tiernos y de más sabia simplicidad. Su galería de retratos, tan veraces, tan conmovedores, está bañada de una luz cordial que no empalaga.

Es libro tan femenino como **Ifigenia**, pero la feminidad arisca y ácida de la doncella se ha suavizado de sentido maternal.



---

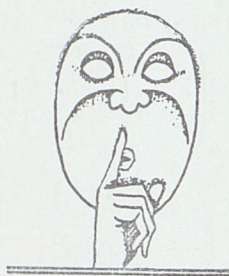
## O P I N I O N E S

Teresa ha entrado en la treintena y está madura y en plenitud cuando lo escribe. Su gracia se ha tocado de serenidad y de armonía. Una lengua de interno ritmo, justa y sabia, sin edad, ha llegado a ser su instrumento.

Es la hora de concebir obras fundamentales. Piensa con risueña negligencia en ellas. Una biografía de Bolívar, acaso.

Pero lo que llega es la muerte. Lejos de los árboles y de los techos de su país. Aquella boca tan florida de palabras enmudece en Madrid diciendo con acento criollo y eterno: "Yo comeré una poquita de tierra."

*Adolfo G. Fierro*



Prólogo de "LAS MEMORIAS  
DE MAMA BLANCA" -  
Colección CRISOL. - N° A01 -  
Ediciones AGUILAR - Madrid.

---





*Teresa de la Parra*

TERESA DE LA PARRA  
LAS  
MEMORIAS  
DE  
MAMA BLANCA

PRÓLOGO DE  
ARTURO GÓMEZ PIETRI  
PALACE CARBONERO



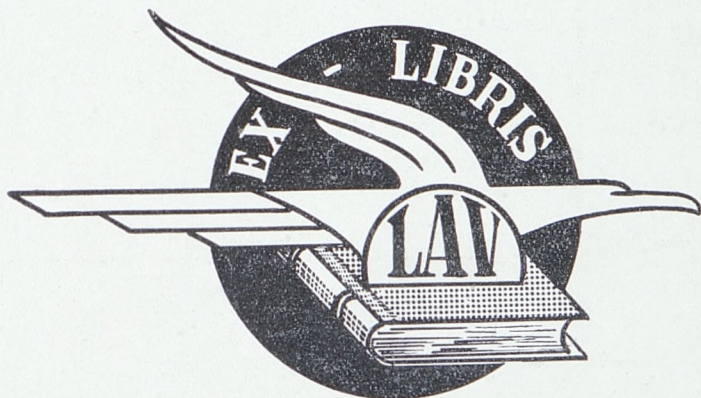
Núm. 401



# DUELO DE LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA



ECOS DE LAS EDICIONES L. A. V.







## MONSEÑOR PELLIN Y LA MUERTE DE RAFAEL ARRAIZ

Nueva Jersey, <sup>15,</sup> noviembre de 1953 .

Señor Raul Carrasquel y Valverde .

Caracas .

Carísimo amigo :

Esta carta que pensé fuese de Alleluja ,  
viene a ser de pésame .

! Quién había de decirnos que nuestro amigo  
Rafael había de morir tan joven y en forma tal !  
Dios lo dispuso así ! Bendita sea su santa <sup>vera</sup>Voluntad !  
Rafael <sup>era</sup> de los buenos como amigo , de los nobles como  
caballero y de los íntegros como servidor . Con su  
muerte ha perdido la Patria no un número , sino  
valiosísima cifra difícil de cotizar . Tú lo  
conocías mejor que yo ...

Respetuosos saludos a tu distinguida Señora,  
bendición para tus niños y créeme tu amigo inva-  
riable,

Señor Don

Raul Carrasquel y Valverde

Oficinas de la L .A.V.

El Silencio.

CARACAS VENEZUELA.,

En carta aérea, el austero prelado y eminente periodista Ilmo. y Rvdmo. Monseñor Doctor JESUS MARIA PELLIN, Arcediano de la Catedral metropolitana y Director del diario-decano "La Religión", para Raúl CARRASQUEL Y VALVERDE, hace exacto y justiciero elogio de los óptimos méritos de RAFAEL ARRAIZ: bueno, noble, íntegro.





## DUELO DE LAS EDICIONES L. A. V.

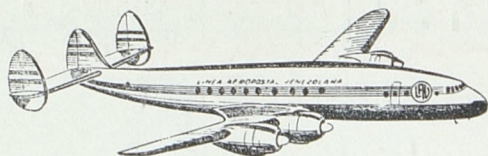


*Rafael Arraiz*

1914 - 1953

**RAFAEL ARRAIZ LOSSADA.** — Hijo de D. Rafael Angel Arráiz, periodista, poeta y diplomático barquisimetano, y de la honorable caraqueña Doña María Luisa Lossada. Nació y murió en Caracas. 22 de Febrero de 1914 - 7 de Noviembre de 1953.





# ICARO

A RAFAEL ARRAIZ.

In Memoriam.

Y TU asesinato, sin duda,  
es arte de las sucias artes.  
Filtro de la pacata ruda.  
La más artera de las partes.

Oigo tu ser quebrar la aguda  
espada lírica de Martes.  
Mi palabra se quedó muda.  
Y ya su desnudez compartes.

Ah, tú, mirífico, arcangélico,  
por tí los coros del Dios célico  
tornan de estrellas inaudibles.

Y dan virtud a mis oboes.  
Y alas de cuervo a los Poes.  
¡Y a las tragedias indecibles!

Pedro RIVERO.

Madrid, 13, Noviembre, 1953.







## BENEVOLENCIA Y ESTIMULO PARA LAS EDICIONES L. A. V.

### MAÑANA SE CUMPLE EL 27 ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LUIS ENRIQUE MARMOL

La Línea Aeropostal Venezolana ha puesto en circulación un tomo con toda la obra del malogrado poeta caraqueño

Coincide, por la intención del Director de las ediciones gratuitas de la Línea Aeropostal Venezolana, **Raúl Carrasquel y Valverde**, esta nueva edición, la más completa y mejor lograda, de las dos obras del poeta caraqueño **Luis Enrique Mármol** con un nuevo aniversario, el 27 esta vez, de su muerte dolorosamente sorpresiva y prematura, en Valencia, el 17 de septiembre de 1926.

El libro, número nueve en las ediciones de LAV que acaba de entrar en circulación, constituye hermoso homenaje a la memoria del poeta, y debe ser mañana, fecha del aniversario luctuoso, motivo elemental para volver los ojos a la frustrada obra de **Luis Enrique Mármol**, ahora editada en conjunto, con críticas de **Augusto Mijares** y **José Fabbiani Ruiz** y con una amplísima documentación que incluye biografía del poeta, retratos y caricaturas suyas, de diferentes épocas; reproducción completa de la página del "Nuevo Diario", donde **J. T. Arreaza Calatrava** presentó por primera vez sus poemas; notas, reseñas, comentarios y poemas que expresaron de viva voz herida el hondo sentimiento que produjo en la intelectualidad venezolana el infausto suceso de 1926, todo esto recogido, guardado celoso y amorosamente por **Carrasquel y Valverde** y ahora puesto al servicio de una actualidad propicia para reconocer el valor intelectual de **Luis Enrique Mármol**, cuyos dos libros, "**Pastiches Criollos**" y "**La Locura del Otro**", se incluyen en el número 9 de las Ediciones Gratuitas de la Línea Aeropostal Venezolana.



### Pastiches

Los "**Pestiches Criollos**", cronológicamente los primeros que integran un libro de Luis Enrique Mármol, señalan un período festivo, de intencionada dedicación, de sano y al mismo tiempo profundo humor, pero, fundamentalmente, de expresión significativa de ductibilidad y profundo conocimiento de las realidades humanas en el momento literario que va de 1924 a 1925.

Luis Enrique Mármol escribía sus "**Pastiches Criollos**" en "El Universal", con el más fino y comprensivo espíritu, donde, burla burlando, hacía la mejor crítica de los estilos y pensamientos de autores venezolanos de la época, al decir de Pedro Emilio Coll en la oportunidad de comentar, precisamente, un pastiche a él dedicado por el poeta.

Poesía y prosa, siempre, intencionada, humorística, de sorprendente habilidad y conocimiento, los "Pastiches" eran imitaciones risueñas, "a la manera" de los más conocidos y comentados escritores y periodistas de la época.

Pocos escaparon a la intención zahorí de **Luis Enrique Mármol**, quien hizo pastiches "a la manera" de Guillermo Austria, Agustín Aveledo Urbaneja, J. B. Arrechdera, Alfredo Arvelo Larriva, Juan Miguel Alarcón, J. T. Arreaza Calatrava, Leopoldo Ayala Michelena, Manuel Norberto Betancourt, Andrés Eloy Blanco, Carlos Borges, René Borges de Villegas, R. Carreño Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Angel Corao, Héctor Cuenca, Edmundo Chispa, Manuel Díaz Rodríguez, Fides, Vicente Dávila, Gabriel Espinosa, Jacinto Fombona Pachano, Vicente Fuentes, Eloy G. González, Edmundo Van der Biest, Joaquín González Eiris, Juan González Camargo, Rafael Guinand, Ramón Hurtado, Federico León, Ramón David León, Jorge Luciani, Armando Lovera, Alonso Manchego, Leoncio Martínez, Andrés Mata, Sergio Medina, Fernando Paz Castillo, el Bachiler Munguía, Udón Pérez, J. A. Ramos Sucre, Angel Miguel Queremel, Jorge Schmidke, Pedro Sotillo, Lino Sutil y Luis M. Urbaneja Achelpohl, sin contar los inéditos que ahora incluye **Raúl Carrasquel y Valverde** en su compilación, en los cuales, después de caricaturizar escritores contemporáneos como Antonio Arráiz y Laureano Vallenilla Lanz, entre otros, el poeta termina por hacerse un auto-pastiche... Que era ya llegar demasiado lejos...



### La Locura

Aquel otro, que estaba loco como la vida", aquel otro **Luis Enrique Mármol** en lucha agónica, en rebeldía constante, en protesta cotidiana, vencido y mascullando su protesta siempre, "aquel otro" por quien luchaba ser y que nunca pudo conquistarse, es el signo definitivo y característico en la honda filosofía, en la patética lucha vital del poeta. De aquí el título de su libro, "**La Locura del Otro**", que dejó inédito a su muerte y que editaron luego sus amigos intelectuales, por iniciativa de **Raúl Carrasquel**, en hermoso gesto de solidaridad literaria y homenaje al rango poético del desaparecido.

"**La Locura del Otro**" es un poemario para voz de la tortura; poesía del tormento de querer ser uno y lograr ser otro, de coexistir con el uno que se deja vencer, el otro que no acepta la derrota...

La época de **Luis Enrique Mármol** es dura y fustigante. Para un hombre puro, noble de ejecutorias y sentimientos, tiene que ser la época de la angustia. Y su poesía tiene que ser dolorosa, atormentada y pesimista. Porque la propia impotencia le hace creerse culpable de los hechos que martirizan cotidianamente la rica sensibilidad poética y el venero de nobleza de su propia vida.

Para **Luis Enrique Mármol** la vida es casi un "Canto Absurdo"; toda una loca vibración inmóvil —como definió en verso que es ya antológico en la poesía venezolana—; la vida es divinamente inútil, pero divinamente atormentada... y sin embargo quiere vivir, gozarlo todo, "lograrlo todo y que lo pierda todo".

Su pesimismo, su "turbulencia amarga", es el cuociente de una dramática agonía de todas las horas entre la humana nobleza, las virtudes del hombre y los zarpazos de sus defectos; la lucha permanente entre los "yo" personales que forman el contradictorio carácter poético expresado entonces en versos de profundidad, de hondura vital pocas veces lograda por un poeta venezolano.

### El Poeta

**Luis Enrique Mármol** nació en la parroquia de Santa Rosalía, de Caracas, el 21 de agosto de 1897, hijo del poeta **Luis Mármol** y Doña Rosa Amelia Infante.



Hizo sus primeros estudios en el Colegio de los Reverendos Padres Franceses y se graduó en la Universidad Central, a los quince años, como bachiller en Filosofía, y posteriormente, como doctor en Ciencias Políticas.

Escribió y publicó sus primeros versos por 1913, 14 y 15 en los diferentes periódicos y revistas de Caracas, a partir del espaldarazo conque en "El Nuevo Diario" recibe J. T. Arreaza cinco de sus poemas.

Desde entonces comienza su vida de tormento poético, profunda, frustrada y ejemplar que ha de concluir, pocos días antes de su muerte, cuando visita Caracas por última vez —vivía en Valencia, donde ejercía su profesión— con el poema "El Apóstol Maldito", que publica "Elite" en su primer número aniversario.

Los restos mortales del poeta fueron trasladados a Caracas en 1946 —veinte años después de la muerte— y enterrados en el Cementerio General del Sur. Había tal capacidad de pulcra supervivencia en ellos, que estaban completamente incorruptos.

Carlos Dorante.

"El Nacional", Caracas, Miércoles 16 de setiembre de 1953.

---

"La Locura del Otro"

### VERSO Y PROSA DE LUIS ENRIQUE MARMOL

El día 31 de agosto de este año vió la luz en Caracas la segunda edición de un libro que podemos llamar extraordinario por múltiples razones: "LA LOCURA DEL OTRO" del poeta LUIS ENRIQUE MARMOL.

La carátula del volumen no indica que, además de los poemas que constituyen ese libro y de los "Pastiches Criollos" que siguen inmediatamente a los versos, este ejemplar, número 9 de las Ediciones LAV, es de completa dedicación al poeta muerto. Sin embargo, la devoción de sus amigos y especialmente de quien tuvo la iniciativa de la primera edición y el cuidado de esta segunda —el compañero de aficiones e inquietudes de Luis Enrique Mármol, Raúl Carrasquel y Valverde—, han hecho de este volumen un compendio de la obra del



poeta muerto, al que acompañan exégesis, estudios, análisis y ofrendas de camaradas, poetas y literatos, tan entrañables como sinceros.

La personalidad de **Luis Enrique Mármol** está así recogida en el libro no sólo en la forma directa, en que la propia obra la expone, sino a través de todas las páginas que sus amigos le dedican y en cada una de las cuales se advierte, con la admiración sin reservas, el dolor por el artista malogrado en el que todos los venezolanos de su generación tenían puesta una gran fe.

**Luis Enrique Mármol** fué indiscutido, en un tiempo en que el mundillo del arte andaba en conflicto por tendencias y concepciones distintas. Quizás en esa unanimidad con que se le exalta y en la coincidencia que se advierte en casi todos los que hacen su semblanza íntima, se descubre la recia condición de este hombre, que al morir a los 29 años deja un vacío en las letras nacionales y un desgarrado recuerdo en cuantos le rodeaban.

No nace todos los días un poeta con temple ni es fácil encontrar junto a la sensibilidad casi anormal que caracteriza a los artistas y que les abre un mundo de experiencias inéditas, el carácter firme, la condición enérgida del héroe, que impulsa la aventura y exige lucha.

En **Luis Enrique Mármol**, sin embargo, se da una personalidad con estas dos características, que cuando, en vez de dividirse, confluyen, dejan obra imperecedera, y capaz de marcar rumbos.

La huella de este poeta es desde su comienzo singular y firme. Así en este libro que tenemos ante nosotros y en donde se ha recogido, el aura y la fuerza espiritual que su obra y su persona poseían, advertimos que ya sus comienzos literarios fueron saludados como se acoge el advenimiento de alguien excepcional.

Cinco de sus primeros poemas de adolescencia son publicados el 19 de mayo de 1915 en "El Nuevo Diario", y para hacer la presentación del poeta y de sus primicias, el vate oriental **J. Tadeo Arreaza Calatrava** dice entre otras cosas: "La virtud poética del joven Mármol se revela con un carácter sustancialmente musical, sensible en el ímpetu ingenuo con que vuelan sus ritmos a través de los metros consagrados"... .

No estamos muy de acuerdo con esta manera de entender a **Luis Enrique Mármol**, ya que a nuestro parecer él se manifiesta desde sus comienzos como un poeta moderno, es decir rebelde a todo rigor —el



de la medida y el de la musicalidad de la composición; el de la forma y el de los sentimientos desmesurados o blandos de los poetas de escuela— y que, para escribir, se crispa sobre su vida interior y la contempla con avidez del sediento que se asoma al brocal del pozo y ansía hundirse en las aguas, donde su imagen y la del cosmos se reflejan juntas.

**Augusto Mijares** —en este libro donde a la llamada de **Raúl Carrasquel y Valverde** acudieron todos los convocados, cada uno con su ofrenda literaria y su óbolo para la edición primera, que hizo “Élite”—, describe al poeta como un ser contradictorio que se resumía mejor entendiéndolo como hombre y como héroe, en el sentido más alto de estas palabras, que interpretándolo como intelectual atormentado y confuso.

Elige Mijares tres poemas fundamentales para interpretar a **Mármol**: “**Nuevo Evangelio**”, “**El Héroe**” y “**La Canción del Vacilante**” y a través de ellos, diversos y casi inhermanables, traza la línea de la personalidad del poeta. Se manifiesta esta línea vital, en versos precisos, que tienen coincidencia en la serenidad con que acepta el dramático sino humano, en la fortaleza con que se rebela, en “**El Héroe**”, y en la amargura con que se recrimina en el último de los tres cantos.

Sólo un vigoroso espíritu podría manifestarse así, en medio de la destruida realidad que su inquietud le ofrece.

**Mármol** no fué de la mano de nadie, abrió su surco por sí mismo y a pesar de que el ambiente poético del orbe hispanoamericano estaba cargado de las sonoridades de Rubén Darío, primero, y del divino sentimiento, fino, pero recio como orfebrería, de Juan Ramón Jiménez, después, **Luis Enrique** no se dejó arrastrar por ninguno de estos dos titanes ni entró en órbita alguna.

Se advierte que **Mármol** quería hablar, que tenía cosas suyas que decir y que no podía decirlas sino con su propio lenguaje y así, desde el comienzo, cuando el léxico poético es aún muy recio para que él pueda dominarlo y hacerlo expresar su mensaje, sus cortos poemas son, si rudos, originales.

La razón del título de su libro de poemas, ese “**La Locura del Otro**” es expresión de la actitud disconforme, rebelde de **Luis Enrique Mármol** según se entiende en los versos que con el lema “**Aquel Otro**”, dan comienzo a la obra:



"De aquel otro que estaba loco como la vida"! dice, con nostalgia de sí mismo.

Un aspecto más del escritor que comentamos nos lo ofrecen sus "Pastiches Criollos" también incluidos en este volumen.

Los "**Pastiches**" vieron la luz por primera vez en "**El Universal**" y fueron de esas felices creaciones a la vez literarias y periodísticas que el lector va a buscar en las páginas del diario antes que la noticia, primero que la información y que los titulares gruesos de la primera página. Es decir, eran no de lo que sale agresivamente al encuentro, sino de lo que el lector, con devoción y deleite, va a buscar por sí mismo, allá donde esté.

Estos pastiches, semblanzas generosas pero muy agudas y a veces con un sentido crítico que se entendía entre líneas y que se hacía claro por ser imitación disfrazada —como la imagen en espejo ligeramente deformador— describieron a muchos amigos del poeta: ahí están Andrés Mata, Leoncio Martínez, Pedro Emilio Coll, (quien dice de ellos que son "la mejor crítica que tenemos de los estilos y pensamientos de los escritores venezolanos de nuestro tiempo"), Héctor Cuenca, Jacinto Fombona Pachano, Agustín Aveledo Urbaneja.

En fin, concluye este libro —esta "**Locura del Otro**" en el que han colaborado todos los amigos y devotos del poeta tanto a la edición como al espiritual homenaje que encierran sus páginas anexas—, con cincuenta elegías de un tema único: el duelo por la muerte del amigo inolvidable. Unas están escritas entonces, como la de **Raúl Carrasquel**, otras ahora, como la que da fin al texto y firma José Fabbiani Ruiz.

Mucho es posible decir de la corta pero honda poesía de **Luis Enrique Mármol**, mucho hay que editar sobre lo que habría podido darnos el poeta, si la muerte no hubiese cortado su inspiración y quebrado su temple tan pronto, pero es bueno señalar que en su breve vida tuvo lo que muchos no alcanzan jamás: inquietudes que supo traducir, dejando una huella profunda e iluminada como señal de sí en su obra y una devoción tan permanente por parte de los que le conocieron, que habla también de su excepcional personalidad.

José Antonio RIAL.

("El Universal", Jueves 24 de setiembre de 1953).



## "LA LOCURA DEL OTRO"

Por Gloria STOLK.

LA AEROPOSTAL Venezolana acaba de publicar en el volumen N° 9 correspondiente a este mes de su edición, "**La Locura del Otro**" de **Luis Enrique Mármol**, el malogrado poeta venezolano de cuya veta lírica, rica, profunda, superficialmente humorística y hondamente amarga, no se ha dicho aún bastante en Venezuela. Las generaciones más jóvenes, poco conocemos, en efecto, de la gran nombradía que alcanzó a **Luis Enrique Mármol**, nombradía póstuma en gran parte, así como la publicación formal de sus versos. Y fué esta publicación obra de fraterno y generoso entusiasmo: el de **Raúl Carrasquel y Valverde**, caballero cruzado de todas las nobles empresas y de todos altos ideales, quien se empeñó desde la Dirección de la Revista "**Elite**" que ocupaba en aquel momento, en fomentar el entusiasmo y abrir una suscripción entre los amigos del malogrado poeta, para publicar, por primera vez, "**La Locura del Otro**".

QUE MARAVILLOSA sorpresa para los estetas fué este libro hermoso, grande, recorrido todo por un aire cargado de hondura y de tragedia! **Luis Enrique Mármol**, más conocido por sus "pastiches" finos y traviosos, de buen humorista, se reveló de pronto dentro de la poesía venezolana, como una de sus más altas cifras. Cifra agostada prematuramente por la muerte. Y ello mismo le ofrecía un nuevo encanto, mágico y misterioso, como si su voz de poeta alta e independiente llegara desde la otra ribera de la Estigia. Tiene **Luis Enrique Mármol**, poeta, características muy interesantes, a más de esas otras, de súbito rayo implacable, que terminaron su vida de hombre en verdor. Su poesía es extraordinariamente moderna si se la considera escrita en una época en que el romanticismo hacía presa aún en nuestra mejor lírica, y está desprovista por otra parte de esa frondosidad tropical que a casi todos los poetas venezolanos nos caracteriza. Diríase que Mármol trazaba, sobriamente, casi escuetamente, con escolpo, sus versos. Y hay una tersura de mármol burilado en sus mejores poemas. Poeta del nombre predestinado, éste cuyo éxito se alzó sobre un túmulo, cuyos versos tiene la blanca nobleza, llena de aristas, de un plinto helénico. Romántico de esencia, pero nó de forma, su verso es moderno con una clasicidad lograda naturalmente, gracias



a los elementos nobles de que se sirve. En **Luis Enrique Mármol**, está evidente, el empeño de darle mucho más importancia al contenido que a las formas, de ser más poeta y menos versificador. Cómo acogieron las buenas gentes de esos días esta modalidad estética que entonces debió parecer revolucionariamente nueva? De ello no hay constancia alguna y así no podemos saberlo. Sabemos sí que entre la gente lírica, entre los amigos y los iniciados, **Luis Enrique Mármol** fué reconocido desde el primer instante, y admirado como lo que era: un grande, un sincero, un honesto poeta, sin alamares ni bordados, que se daba a sí mismo en cada estrofa. Poeta hasta la médula, poeta en ese génesis propio que llevaba tras la frente comba como un cielo, no sacrificó en los altares de la moda ni quiso pactos complacientes con el rebaño. Solo y señero, defendió su punto de vista dentro de una corriente poética que se hizo luego cada vez más caudalosa en Venezuela. Los poetas jóvenes de hoy podrían con razón mirarlo como uno de sus predecesores. Si aún no lo han aclamado por tal, es señal de que no lo han mirado detenidamente, escrutando en el bosque de sus versos hasta hallar el signo mesiánico, la huella del fuego sagrado... Ya en el título se revela su parentesco anímico con los de ahora: El delirio y la fiebre, como llaves poéticas, la locura considerada como, la esencia misma de un alto ensueño, y esa preocupación por El Otro, que todos llevamos dentro, y que es el que canta, el que hace poemas, el que se queda para siempre a departir de cosas hermosas con los demás humanos, mientras cae la corteza mortal y se hace polvo...

Gloria STOLK.

("La Esfera" N° 9.504, 27 de Setiembre de 1953).

---

#### Fichero Bibliográfico

### "LA LOCURA DEL OTRO"

(Segunda Edición)

Caracas: 27 de Setiembre de 1953. — Nunca sobraré el elogio para las ediciones gratuitas de la Línea Aeropostal Venezolana, que dirige con acierto el veterano cronista **Raúl Carrasquel y Valverde**. Es labor excelente que tiene en su haber el directivo principal de la men-



cionada empresa, periodista **Rafael Arráiz**. Cuentan ya estas ediciones con nueve títulos, el último de los cuales corresponde a **La Locura del Otro**, hondo poemario del inolvidable **Luis Enrique Mármol**, publicado con motivo del LVI aniversario del nacimiento del poeta. Viene esta segunda edición de **La Locura del Otro**, enriquecida con los **Pastiches** y apreciaciones y críticas sobre la vida y obra de su autor.

A pesar de su breve paso por el mundo, la poesía de Mármol es de las más acendradas de toda la historia literaria de Venezuela. Como se sabe, nuestro aeda nació en la Parroquia caraqueña de Santa Rosalía el 21 de agosto de 1897. Fueron sus padres Luis Mármol, también poeta, y Rosa Amelia Infante de Mármol. Hizo la Instrucción Primaria en el Colegio de los Padres Franceses de Caracas, y cursó el Bachillerato en la Universidad Central de Venezuela, titulándose de Bachiller en Filosofía el 27 de setiembre de 1912. El año de 1913 publicó su primer poema en "El Nuevo Diario", un soneto titulado **Misanropía**. Se graduó de Doctor en Ciencias Políticas el 4 de febrero de 1925, y presentó como tesis reglamentaria un trabajo titulado: **El Aparte 3º del Artículo 6º del Código Penal**, cuya edición correspondió a la Tipografía Americana el mismo año de su grado. Murió en Valencia el 17 de setiembre de 1926.

La poesía de Mármol se sitúa "por las orillas de un pesimismo cruel". Los motivos, la concepción lírica de aquél, convergen hacia ese estado de ánimo, es decir, el pesimismo. Es difícil hallar en poeta venezolano alguno mayor desesperanza. Quizá el medio, o tal vez la época, o también alguna precaria situación personal, fueron elementos de influencia decisiva en su actitud; pero lo cierto es que, salvo escasos momentos, aquel espíritu noble se retorció siempre en una fosca negación de la vida.

La fijación de algunos de los motivos esenciales de **La Locura del Otro** nos ayudará a sentir su contenido.

Oposición entre la ruina espiritual, el desaliento y el dolor, por una parte, y el ensueño por la otra: "La arquitectura, enantes de luz y de basalto, —de mi alma, se arruina irremisiblemente; —caricatura de algo que bien pudo ser alto —como un ensueño, prodigioso como un poniente!... No obstante, Ensueño, vienes, y aún mi vida pueblas; —mas, soy inexpresivo como un lienzo en tinieblas: —soy la fruta sin sol, por la sombra podrida".



En esta lucha terrible, como vemos, vencen el desaliento y el dolor.

Frente al egoísmo y a las glorias pequeñas, a lo trivial e insignificante, el orgullo constituye una defensa, un soporte ético: "Hoy está alerta, firme, seguro de sí misma —y sin embargo tiembla al más ligero roce. —Vive siempre a mi lado y le llamo mi orgullo!"

La soledad suele ser refugio; en ella el alma sosiega un sueño resplandeciente y hondo. Pero, como siempre, ese refugio no tardará en convertirse en soledad tediosa. No queda nada del espíritu de antes, ni la armónica tristeza antigua, ni la armonía aureolada de quimera, de amor, de melancolía: "¿Qué nos queda de la Belleza, —de la Fuerza, de la Verdad, qué nos queda, Dios mío? —Vida ¡Milton certero! que incubas en tus sombras —el dolor del Paraíso Perdido!"

Quien busca la belleza, serena, desolada, y apenas la vislumbra en una noche inquietante, no puede recordarla luego, pues sus formas se han borrado. Del fondo de la espantosa angustia del aeda, surgen apenas los ojos yermos de la belleza: "Conocía su nombre... la buscaba anhelante!... —Fué en el minuto enorme de una noche inquietante —cuando mi vista ávida violó su soledad: —la tragedia angustiaba sus ojos tenebrosos, —mas su rostro, sus líneas, sus gestos armoniosos, —vertían el milagro de la serenidad!... ah no la viera nunca mi anhelo deslumbrado —que hoy cuando ansioso trato de evocar la radiosa —visión que en lo más hondo del alma reverencio, —no puedo recordarla, sus formas se han borrado... —pero surgen del fondo de mi angustia espantosa —sus ojos desolados, terribles de silencio!"

Hay en Mármol, un dolorido sentimiento de la nada. Se va y vuelve, intermitentemente. El destino es cruel: rompe todos los sueños; y cuando el poeta desea el infinito, su emoción se diluye en grito angustiado: "Como a Icaro me llena un afán de infinito, y como Icaro muero, víctima de mis ansias, —y mi emoción tradúcese en un supremo grito —que alarga sus angustias, desgarrando distancias".

Entre los poetas de su generación, el autor de *La Locura del Otro* es el "raro", el más torturado, el que se encuentra más cerca de la palabra "filosofía", entendida ésta en el sentido de actitud interrogativa frente al hombre y a los fenómenos que le rodean. El mundo exterior se acopla en él a las resonancias interiores.



## BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

---

Vivo está y estará el mensaje lírico de **Luis Enrique Mármol**. Aeda de muy hondo sentir, de profundas vibraciones humanas, supo manejar con maestría airosa sus elementos expresivos. La adjetivación es exacta. Rica la metaforización. En medio de las intermitencias de su pesimismo, no es difícil hallar el gesto esperanzado y la fe en días mejores para el hombre.

Con la mayor sinceridad felicitamos a **Rafael Arráiz** y a **Raúl Carrasquel y Valverde** por esta segunda edición de **La Locura del Otro**, completa y definitiva, a nuestro juicio, por las numerosas adiciones y críticas que en ella figuran. Constituye el mejor instrumento para el estudio y comprensión de la vida y de la obra de su autor.

José FABBIANI RUIZ.

("El Universal").

---

### Notas Bibliográficas

#### LAS EDICIONES DE LA AEROPOSTAL

Por R. A. Rondón Márquez.

Caracas, 4 de Octubre, 1953.—Estamos en deuda con los antiguos y buenos amigos **Rafael Arráiz**, dinámico Presidente de la Línea Aero-postal Venezolana, y **Raúl Carrasquel y Valverde**, Director, animador y coordinador de las ediciones literarias que dicha Empresa patrocina, quienes desde el principio tuvieron la espontánea gentileza de incluir nuestro nombre entre los favorecidos con el envío puntual y constante de dichas interesantes publicaciones. Hoy, al expresarles nuestra sincera gratitud, hilvanamos algunos comentarios acerca de esta meritoria iniciativa que felizmente combina los propósitos transitorios de la propaganda comercial con los más elevados, nobles y permanentes intereses de la cultura patria. Para el caso, el Director de la Aero-postal tuvo gran acierto en designar a **Carrasquel y Valverde** para la selección de las obras y rectoría de las ediciones, pues a su fino gusto literario, que no es sino una variante de su integral pasión por la belleza y el arte, suma **Raúl Carrasquel** su entusiasmo por las manifestaciones de la cultura vernácula y un espíritu justiciero, tan amplio



como su cordial generosidad, para con los auténticos representantes de esa cultura. Porque, hay que decirlo, como también lo expresa él con pintoresca y a veces ruda franqueza: Raúl no comulga con ruedas de molino, ni come cuentos ni se deja meter gato por liebre. Ni acepta ni expresa falsedades: al pan, pan, y al vino, vino.

Si, desgraciadamente, por circunstancia fortuita, hubieran de suspenderse estas publicaciones, ya contaríamos en nuestros estantes nueve de ellas suficientes a hacer inolvidable y digna de gratitud esta realización cultural de la Aeropostal Venezolana: por el prestigio de los autores, por la importancia del contenido y por la pulcritud de las ediciones, éstas constituyen exponentes decorosos de la bibliografía nacional. Han aparecido hasta ahora: "**La Hora de Ambar**", del personalísimo esteta, en ideas, sentimientos y palabras, Ramón Hurtado; "**La Calle y los Caminos**", del poeta, escritor, periodista, gran ciudadano y siempre noble amigo, Pedro Sotillo, de quien, por cierto, reclama el público una edición de su obra en prosa, entre las cuales se hallan páginas de gran aliento, como las dedicadas a Celestino Peraza, Arvelo Torrealba y Luis Correa, a más de algunos de sus famosos editoriales y crónicas, que no en balde contienen frases que se han hecho populares; "**Poesías Escogidas**" de Ezequiel Bujanda, el exquisito lírico y romántico larense; "**Monosílabos Trilíteros de la Lengua Castellana**", de uno de los más calificados patriarcas actuales de nuestras letras, de obra tan extensa, variada y densa, a la vez que bella, como es Santiago Key Ayala; "**Cantares de Venezuela**", de Paco Vera Izquierdo, quien, con su "**Chispa**", buen humor y gracia inagotables, al mismo tiempo que competencia y entusiasmo por el asunto, divulgó en el selecto ambiente de la Universidad de Columbia las excelencias de nuestro folklore; "**Fuente de Amargura**", del infortunado a la vez que resignado bardo oriental Cruz Salmerón Acosta; "**Selección Literaria y Periodística**", de Nicanor Bolet Peraza, venezolano representativo de todos los tiempos por su multiplicidad de facultades, que se extendieron desde los campos de batalla y los escaños del parlamentarismo combativo hasta las páginas del libro y las columnas del periódico, para quedar siendo en definitiva uno de los mejores intérpretes del costumbrismo venezolano; "**—José Tomás Boves**", de A. Valdivieso Montaña, semblanza singular dedicada por un venezolano justiciero y admirador del heroísmo, al enemigo más



tremendo de nuestro ideal emancipador. Y esta preciosa y emocionada edición, "**La Locura del Otro**", de **Luis Enrique Mármol**, a que especialmente nos vamos a referir hoy. Digamos de una vez que las próximas entregas que se anunciaban no pueden ser más sugestivas, tanto por sus autores como por su contenido: "Epistolario de Teresa de la Parra", "Poemas, Prosa y Oratoria", de Carlos Borges; "Las Noches del Panteón", de Eduardo Blanco, y "Opera Omnia", de César Zumeta.

Esta edición de **La Locura del Otro**", de **Luis Enrique Mármol**, contiene características tan excepcionales, que nos han movido a comentario especial entre los muchos que reclaman el noble y desinteresado empeño cultural de la Aeropostal Venezolano. Es un homenaje justiciero, rendido por nobles amigos y admiradores, a la memoria de un talento de selección, malogrado en plena juventud y que, sin embargo, en sus breves años mostró condiciones difíciles de definir y armonizar, pues en alguna parte, no pequeña, de su obra, se nos revela fino y despreocupado humorista, pero en la otra, más sustancial e íntima, hallamos un alma atormentada, escéptica y, para decirlo de una vez, más presa del fastidio que del dolor. De lo que no resta duda es de su nobleza y por ello conquistó simpatías perdurables, que un doliente y prematuro fin lograron aquilatar, no sólo entre sus amigos, sino en quienes ahora captamos y apreciamos tales condiciones a través de la lectura de su obra y de las referencias sobre su vida.

Esta es la segunda edición de "**La Locura del Otro**", la primera fué realizada a raíz de su muerte, por iniciativa del mismo **Carrasquel y Valverde**, con la colaboración de Augusto Mijares, que escribió el emotivo prólogo, y Vicente Fuentes, todos amigos fraternos, colegas en ideales y admiradores del poeta; se imprimió en la Editorial "Elite", a cuya revista, en su primer aniversario, tocó publicar el último y póstumo poema. Y la portada fué obra, que ahora se reproduce, del pincel de Tito Salas. También se reproduce ahora el facsímil de una página del **Nuevo Diario**, de 19 de mayo de 1915, donde bajo el excelso patrocinio de José Tadeo Arreaza Calatrava, con frases admirativas y entusiastas, se presentan al público varios poemas de aquella promesa lírica de dieciocho años.

En la semblanza preliminar de esta segunda edición, sin firma y que indudablemente es de **Raúl Carrasquel**, se dice que la primera



producción de Mármol, publicada a los dieciseis años, fué un soneto titulado "Misantropía"; entre los poemas citados de **El Nuevo Diario**, hay uno que se titula "Nuestro Señor el Tedio". Y el más antiguo que figura en esta edición es de 1914, se titula "Paisajes" y una de sus versos dice: "Paseo mis nostalgias como una carga muerta". A tal edad ¿qué circunstancias contribuían a afligir ese corazón adolescente? ¿Fué la soledad de su formación como hijo único? ¿Fué el dolor del padre asesinado, que le dejaba en plena adolescencia en la sola compañía de su buena madre? ¿Era el presentimiento de un futuro frustrado? Es lo cierto que toda su poesía, repetimos, está caracterizada por rasgos de dolor que raya en despecho y que más que dolor rezuma fastidio. Por más que el adolescente hubiera podido consolarse luego, al alcanzar en plena juventud el goce de un prestigio literario y hasta el coronamiento de una carrera universitaria, que empezó a ejercer con éxito. Pero aquí acuden los socorridos comentarios de casos similares: son insondables los misterios del alma. Y mueren jóvenes los amados de los dioses.

Concluyamos que por sobre todo fué poeta **Luis Enrique Mármol**, y de gran calidad, tanto por la elevación de su estro como por su elegante y correcta fraseología y su dominio sobre ritmos y rimas, aunque debemos convenir en que fue más sensual que sensitivo, lo que no era sino trasunto de su escepticismo. Pero ¿cómo se compagina el más que dolorido, fastidiado poeta, con el regocijado periodista de los "**Pastiches**"? Aquí no sólo admiramos al sutil observador que sorprende las características de pensamiento y estilo de los literatos de su época sino al escritor hábil que las reproduce con tanta propiedad, en cordiales remedos, sin ofender nunca, antes bien halagando, hasta el punto de que el egregio Pedro Emilio Coll, refiriéndose a su "pastiche", no sólo da las gracias sino que agrega: "Revela usted en sus "**Pastiches**" el más fino y comprensivo espíritu: burla, burlando, léídos con atención, son, a mi entender, la mejor crítica que tenemos de los estilos y pensamientos de los escritores venezolanos de nuestro tiempo. Y ofrecen, por otra parte, a cada uno de ellos, oportunidad de hacer una seria introspección de sus ideas y de las formas con que las visten". Era, burla, burlando, lo que bien se ha llamado "crítica constructiva".



Ya, para crónica, esto va largo, pero agregaremos dos observaciones antes de concluir estos desgarrados párrafos: el aporte que en esta edición ha puesto **Raúl Carrasquel** de su archivo, que bien lo llama "Archivo de Nomancas", hace que el libro sea un reflejo de la literatura venezolana de toda una época, no tanto por las dedicatorias que el autor puso a sus poemas y por los literatos que son objeto de sus pastiches, sino por la inserción de las notas necrológicas que sus colegas en letras publicaron con motivo del justamente lamentado fallecimiento del poeta y escritor. Así, esta edición de "**La Locura del Otro**", quizás sin proponérselo su Director, viene a ser un documento vivaz de toda una etapa de las letras venezolanas, que adquiere carácter de obra de consulta.

Y ahora viene la observación final. Dijimos al principio que el torrencial y caudaloso Raúl, torrencial y caudaloso en ideas, sentimientos y palabras, noble y generoso, posee integral pasión por la belleza y el arte. Pero ahora nos confirmamos en nuestra opinión, pues ese culto se ha extendido hasta la forma de estas ediciones y, en especial, de la que hoy nos ha ocupado. Se nos revela en ella **Raúl Carrasquel** como un "dominador" de las artes gráficas. Esta edición de "**La Locura del Otro**", nos ha hecho recordar las que de sus propias obras dirigía el Marqués de Bradomín, don Ramón del Valle Inclán, "feo, católico y sentimental". Sólo que esta edición tiene cierto carácter necrológico que no hace sino recomendar el acierto del editor, pues, ¿de dónde sacó aquellas viñetas tan variadas y apropiadas para el caso? Todos los detalles gráficos se hallan bien adaptados al propósito, que es el de un homenaje a una vida segada en flor, amable e inolvidable. No será poco el trabajo de los impresores bajo tal Director.

Terminaremos ratificando nuestros votos porque la Línea Aero-postal continúe esta meritoria obra de cultura que su Presidente **Rafael Arráiz** ha tenido el acierto de confiar a la competencia y entusiasmo de **Raúl Carrasquel y Valverde**.

R. A. RONDON MARQUEZ.

"El Universal".



## VUELOS LIRICOS DE LA L.A.V.

Por Manuel GARCIA HERNANDEZ.

Caracas, 7 de octubre de 1953. — Para enseñar *'La Hora de Ambar'*, escrita por **Ramón Hurtado**, podemos hasta hacernos de cuenta que se presentó el Presidente de la **Línea Aeropostal Venezolana**, señor **Rafael Arráiz**, en una nave "Constellation", llevando en sus manos un libro de unas cien páginas. Iba —siempre imaginativamente— a conducirlo por toda Venezuela en los aviones: él, en el suyo y los otros pilotos en sendos aparatos de la renombrada casa de El Silencio. Pero no conforme con llevarlo en sus manos para enseñarlo, como primera medida, a los agentes y amigos de la empresa, les anunciaba la entrega de ese primer volumen y les prometía que cada mes les regalaría otras buenas expresiones de los escritores venezolanos. Además, les llevaba una carta con mucha tendencia lírica y les anunciaba lo que iría a publicar bajo su presidencia aérea, contando siempre con la ayuda del **super piloto de tierra** —cosas de nuestro medio sorprendente— **Raúl Carrasquel y Valverde**, el que aclaro que es una sola persona, que tiene por brújula una gruesa caña de Malaca, con empuñadura con sus iniciales de misal **R. C. y V.** Todo lo apoya en su cayado de dandy y en el timbre sonoro y dictatorial que emplea para dar razones de su existencia de trotamundos por las calles caraqueñas...

Pero ya que hablé de la carta del Presidente de la Línea, señor **Rafael Arráiz**, bueno será hacer conocer, por lo menos, la parte en la cual ha prometido y cumplido hasta ahora su propósito de sacar a flote a muchas obras ya olvidadas: "Libros ya agotados —ha dicho el señor Arráiz— nobles esfuerzos que quedaron dispersos sin cuajar en el fruto de un libro, valores de la provincia que amarillean en viejas colecciones de periódicos y revistas ya extinguidos, versos que han logrado sobrevivir saltando de labio en labio, por sobre los tiempos, en la milagrosa acrobacia de la tradición oral, todo esto, incluyendo la forzosa inedición de la obra del escritor pobre, será objeto de búsqueda y selección para los futuros volúmenes de Aeropostal".

Eso es lo que ha dicho y ha cumplido el presidente, por lo que se hace posible de ser doblemente admirado.

— o —



Al libro del galano escritor Ramón Hurtado, poeta hondo y amigo con el cual yo solía pasear para ver discurrir a nuestro Guaire límpido por su cauce de arena, desde el Puente de Hierro, a la hora de ámbar, leyéndonos mutuamente lo escrito en el día, le han seguido ocho obras que abarcan los más diversos matices de las letras nacionales: **"La Calle y los Caminos"**, de Pedro Sotillo; **"Poesías Escogidas"**, de Ezequiel Bujanda; **"Monosílabos Trilíteros de la Lengua Castellana"**, de Santiago Key-Ayala; **"Cantares de Venezuela"**, de Paco Vera Izquierdo; **"Fuente de Amargura"**, de Cruz Salmeron Acosta; **"Selección Literaria y Periodística"**, de Nicanor Bolet Peraza; **"José Tomás Boves"**, de A. Valdivieso Montaña, y el último que estaba anunciado, **"La Locura del Otro"**, de Luis Enrique Mármol, en cuyo traslado de sus restos estuve aquí presente en Caracas; de esto hace unos ocho años.

Para estas búsquedas y dispersas obras es como anda, como un duende impenitente, oteándolo todo, este Mosquetero de La Pastora que se llama **Raúl Carrasquel y Valverde**. Para este último volumen —yo lo he visto de cerca— anduvo luchando para que le entregaran los cuadernos del poeta, pues quien los tenía (y supongo los tendrá siempre que Raúl haya cumplido su formal promesa de devolverlos), aducía la noble afición de él por cuanto papel viejo cae en sus manos. Pero, por eso mismo, es como **Luis Enrique Mármol** ha salido de sus manos "pastorales" con la savia, el olor y la gracia de la propia fuente en que bebiera aquel poeta inmortalmente agraciado por las musas de la ciudad y del campo venezolanos.

---

El índice de los libros ya publicados nos habla con elocuencia de una labor meritísima. Así es como reparte los soles de su altura y la brisa peregrina la línea venezolana que es hoy un alto orgullo de la nacionalidad. Con su labor material ya tendría suficiente pasta para su legítima ascendencia en la vida venezolana, ya extendida por América y Europa en un alarde de progreso. Pero ha querido llevar en las alas de los aviones, como si fueran orquídeas de los bosques venezolanos, esas otras flores que pueden hablar mejor de la cultura singular de la nación.

Ni con el bastón en ristre puede capear **Raúl**, por donde vaya, la lucha que tiene que sostener para complacer a todos. Esos libros



son perseguidos y con el tiempo tendrá Carrasquel y Valverde, con Raúl al lado, que andar por las calles con agentes de la Seguridad Nacional para poder marchar libremente. Es que se trata de una labor muy importante y que dará al país un renombre superior. Tendrá la Línea que redoblar las ediciones, pues ahora será Europa la que rivalice con esta exigente Caracas en el pedido de obras nacionales.

---

Ya se puede apreciar lo que representa una labor así. Don Rafael Arráiz se desvive por acentuar estos rasgos nacionales. En estos vuelos líricos va adquiriendo Venezuela nuevas alas y rumbos muy vastos por el confín del mundo en marcha.

Si todas las grandes empresas nacionales imitaran esta labor de la Línea Aeropostal Venezolana, se tendría pronto plantada en el país una serie de editoriales que pudieran sacar afuera las obras de los venezolanos. Es raro el escritor nuestro que no tenga para dar a publicidad una serie de libros y no es nuevo hallar en las gavetas de los escritorios, al morir, infinidad de obras que han dormido esperando las manos amigas que les dieran vida y que fué todo en vano. De ahí la mucha amargura y el pésimo escepticismo que muestran muchos escritores. Conocida es la labor, en tal sentido, que realiza el Ministerio de Educación, cuyos libros se venden a un precio razonable. En esto difiere de la Línea Aeropostal que los edita para obsequiarlos. Pero, desde luego, el M. E. da a la estampa muchas obras y no sería posible entregarlos gratuitamente a todas las personas interesadas.

---

En estos vuelos líricos la Línea remonta más arriba el cielo de la patria. Para eso son pilotos de altura. Sus alas van a donde sólo pueden volar las águilas y los cóndores, entre las nubes. Así se explica que haya emprendido esta extraordinaria jornada, llevando en estos viajes sobre sí el acervo de la intelectualidad más brillante de Venezuela.

Es que Raúl Carrasquel y Valverde tiene por archivo todo cuanto se ha publicado y vivido en Venezuela desde hace mucho tiempo. Muchos de los autores que figuran en estas ediciones han sido colegas de él. El conocimiento personal da más de sí que el acopio biblio-



## BENEVOLENCIA Y ESTIMULO

---

gráfico más minucioso. Así pudo decir de Ramón Hurtado lo que no sería capaz de expresar quien no le haya conocido y quien no haya hablado con él como lo hizo durante veintidos años **Raúl Carrasquel**. Así nos deja dicho lo siguiente: "Nuestro en su "Hora de Ambar", todavía lo es más en su perpetua "Hora de Onice". Son ambos términos de una poética intención y Ramón Hurtado fué un dulce poeta que amaba, por sobre todas las cosas, esta Caracas de sus amores y de sus desazones. Yo iré diciendo de cada uno de los libros mi parecer, habiendo comentado ya el del poeta Pedro Sotillo, tan ligado a mí por una vieja amistad y por un cariño entrañable.

---

En estas espirales azules de los aviones de la **Aeropostal** se engarzan versos sutiles o tristes, sumamente tristes, como los del poeta enfermo Salmerón Acosta y los analizados triliteros del maestro don Santiago Key-Ayala o las traviesas pinturas del costumbrista don Nicanor Bolei-Peraza. Todo asciende en los aviones de esta Línea tan venezolana, que no ha querido faltar los que siempre han vivido soñando con mejores mundos, con nuevas auroras o con tardes de ámbar o de ónice. Soñar, soñar, ahí está el destino de los hombres que han deseado tener esas mismas alas de los "clipper" que cruzan los cielos. Esto lo pone en marcha un hombre que no se puede dejar de mencionar: don **Rafael Arráiz**. Con su intención y su lealtad para con los creadores de belleza, es como van volando también los libros. Los echa a andar, primero y a volar después, **Raúl Carrasquel**, este hombre travieso, que tiene por brújula una gruesa caña de Malaca, con la cual se abre rumbos en la urbe embrujada de máquinas, que él suele detener con un gesto, con un ademán o levantando su grueso garrote de Alcalde de La Pastora, acompañando todo con una voz en que está siempre viviendo un barítono en funciones de Mariscal del Aire y de Almirante de las Nubes...

**Manuel GARCIA HERNANDEZ.**

("El Universal").



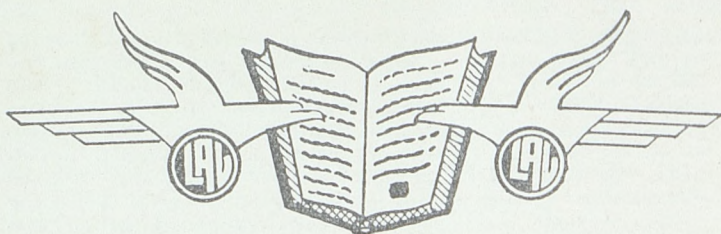


## BIBLIOTECA LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA

### FUTURAS EDICIONES:

CESAR ZUMETA: Páginas Magistrales. Compilación y Prólogo del Dr. Luis Beltrán Guerrero. — ANTONIO SMITH: Poesías Completas. Prólogo del Dr. Víctor José Cedillo. — Coronel SANTOS JURADO: Retablo Colonial. Prólogo de Luis Correa. — JESUS SEMPRUM: La Enseñanza del Castellano y Otros Estudios. — JUAN VICENTE GONZALEZ: Mesianismos. — Tradiciones Populares, compiladas por D. TEOFILO RODRIGUEZ (1885). — FELIPE TEJERA: Perfiles Venezolanos. — CARLOS PAZ GARCIA: La Daga de Oro. — Versos de Rafael Recao (Selección y Prefacio de Víctor José Cedillo). — Libretas Genealógicas, por D. FELIPE FRANCIA. — Estudios Históricos del Dr. ANGEL CESAR RIVAS. — RUFINO BLANCO - FOMBONA. — Trabajos de JUAN ROHL. — JOSE DOMINGO DIAZ: La Rebelión de Caracas. — Ensayos Bibliográficos de Don MANUEL SEGUNDO SANCHEZ, con prólogo y notas del Profesor PEDRO GRASES. — Poesías de GABRIEL E. MUÑOZ, VICTOR RACAMONDE, ALEJANDRO ROMANACE, TOMAS IGNACIO POTENTINI, RAFAEL MARCANO RODRIGUEZ, ISMAEL URDANETA, RAFAEL MICHELENA FORTOUL, ANGEL MIGUEL QUEREMEL, MIGUEL LORENZO MUÑOZ. Obras humorísticas de MIGUEL MARMOL (JABINO), FRANCISCO PIMENTEL (Job-Pim) y LEONCIO MARTINEZ (LEO). — TERRA PATRUM, por Luis Correa. — Biografía del Doctor LUIS EZPELOSIN, por Luis Villalba - Villalba. — Páginas Selectas de Don LUIS LOVERA CASTRO, RICARDO JOSE CASTILLO y MARIO TORRES RODRIGUEZ. — Obras Completas de Don JOSE AUSTRIA. — Prosas y Poesías de RAFAEL BRICESO ORTEGA. — Antología de Poetas Tachirenses. — COFIAS, NIEBLAS Y MOLINOS, por RAMON HURTADO. — Crónicas Venezolanas, por PEDRO DE REPIDE. — Cuentos Grotescos, por JOSE RAFAEL POCATERRA. — Cuentos de LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL y CARLOS ELIAS VILLANUEVA. — Poesías Completas de F. LAZO MARTI y ALCIDES LOSADA. — Anecdótico Venezolano, por Juan José Churión (EL BACHILLER MUNGUÍA). — Poesías de LUIS CHURION, EMILIANO HERNANDEZ, JUAN DUZAN, DOMINGO MARTINEZ, JUAN MIGUEL ALARCON, RAFAEL BENAVIDES PONCE, ELIAS SANCHEZ RUBIO. — NOTAS Históricas, por Don LUIS ALBERTO SUCRE y RICARDO URBANEJA. — Páginas Escogidas de LEOPOLDO LANDAETA. — Glosas de Lecturas, por EDUARDO CARREÑO. — Antología de JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE y M. V. ROMEROGARCIA. — Poesías Antiguas y Modernas de JOSE TADEO ARREAZA CALATRAVA. — Versos de LEOPOLDO TORRES ABANDERO, ROMULO MADURO, JUAN ESPAÑA, GUSTAVO PARODI y CAMILO SANTOS MICHELENA. — Humorismo y Costumbrismo, por EUGENIO MENDEZ y MENDOZA, DANIEL MENDOZA Y MAX LORES. — Historia Patria, por LINO DUARTE LEVEL. — Apostillas Icarias, La Littera y El Avión, por RAUL CARRASQUEL Y VALVERDE.





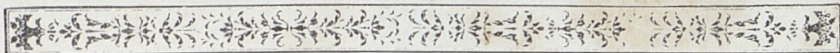
EPISTOLARIO INTIMO y "Diario de una Señorita que se Fastidia",  
de ANA TERESA PARRA - SANOJO (Teresa de la Parra), Volu-  
men X de las Ediciones Gratuitas LINEA AEROPOSTAL  
VENEZOLANA, se terminó de imprimir el día Martes 29  
de Diciembre de 1953 en los Talleres de la Imprenta  
Nacional, en Caracas-Venezuela, bajo la  
dirección y vigilancia de RAÚL  
CARRASQUEL Y VALVERDE.

LAUS DEO.

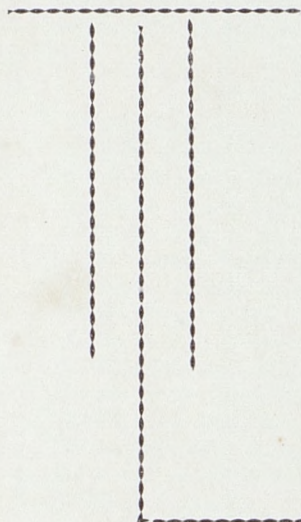
¡PLUS ULTRA!







# Sumario







LA EDICION NO. 11 CIRCULARA EN ENERO  
DE 1954

CONTENDRA:

"LAS NOCHES DEL PANTEON"

Y

"EL JARDINERO DE LA VIÑETA"

POR

DON EDUARDO BLANCO

ADEMAS:

DON EDUARDO BLANCO Y LA GENESIS  
DE "VENEZUELA HEROICA", POR

DON SANTIAGO KEY-AYALA

Y

RESEÑA DE LA CORONACION DE  
DON EDUARDO BLANCO LA NOCHE  
DEL 28 DE JULIO DE 1911, EN EL

TEATRO MUNICIPAL

AUTOGRAFOS HISTORICOS  
DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ  
Y DE DON EDUARDO BLANCO

EN FEBRERO DE 1954, EDICION NO. 12,  
PUBLICAREMOS "LA DEFENSA DE BOLIVAR"

POR DON SIMON RODRIGUEZ.

HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU MUER-  
TE (1854-1954) Y EN LA TRASLACION DE SUS  
RESTOS DE LIMA AL PANTEON NACIONAL





## SUMARIO

EPISTOLARIO INTIMO	Página
TERESA DE LA PARRA (1890 - 1936) Retrato.. . . .	5
PREFACIO DE RAFAEL CARIAS .. . . .	7
CARTA DE GLORIA PINEDO DE STOLK .. . . .	15
Iconografía de Teresa de la Parra.. . . .	19 a 26
CARTAS A RAFAEL CARIAS:	
1—Completo Ayuno de Literatura.. . . .	29
2—Bello Destino, Florecer en Silencio.. . . .	32
3—Se Parecen a Todo el Mundo.. . . .	34
4—Abuso de los Nombres Dobles.. . . .	36
5—Tantas Idas y Venidas.. . . .	37
6—La Alegre Vanidad de los Trapos.. . . .	38
7—Como el Judío Errante.. . . .	40
8—Mis Primeros Oyentes.. . . .	42
9—No sé si Ir o no Ir.. . . .	44
10—Con Monsieur Tout Le Monde.. . . .	45
11—Me Gusta Andar en los Calvarios.. . . .	47
12—Entre mi Familia y mis Buenos Amigos.. . . .	55
13—La Influencia Oculta de la Mujer.. . . .	56
14—Amar con Fé a Dulcinea.. . . .	58
15—Entre Lágrimas.. . . .	60
16—Los Ausentes Somos Débiles.. . . .	63
17—Pase lo que Pase.. . . .	67
18—Adelante con Mamá Blanca.. . . .	68
19—Lindas, Coquetas y Burlonas.. . . .	76
20—Idealistas Llenos de Calamidades.. . . .	80
21—Ermitaña Algo Laica.. . . .	83
22—En Medio de Tanto Vaivén .. . . .	85
23—A Orillas del Mar.. . . .	87
24—Un Remanso de Paz .. . . .	88
25—Corrigiendo mis Pruebas.. . . .	94
26—Suspiro por los Paisajes Verdes.. . . .	95
27—La Soledad Poblada .. . . .	97
28—Crear en Sí Mismo.. . . .	99
29—Misticismo sin Fé.. . . .	101
30—Una Carta Encantadora.. . . .	103



	Página
31—Vida de Peregrina.. . . . .	104
32—Buen Tiempo en el Alma . . . . .	108
33—Muralla China de Adjetivos.. . . . .	110
34—Campanas Como las del Angelus.. . . . .	113
35—Excesiva Vanidad Nacional . . . . .	115
36—Un Recuerdo Franciscano . . . . .	118
37—Caracas de Hace Cien Años.. . . . .	120
38—La Dorada Mediocridad.. . . . .	122
39—Una Casita de Tejas.. . . . .	129
40—Esclava de las Nieves.. . . . .	131
41—En mi Cárcel Blanca.. . . . .	135
42—Quiero Mucho a Caracas.. . . . .	137
43—Abrir el Alma al Dolor de Todos . . . . .	140
44—Aceptar lo que Venga.. . . . .	144
45—Bajo los Matapalos.. . . . .	149
46—Son Infinitos la Piedad y el Amor.. . . . .	151
47—Y Entonces . . . Veremos . . . . .	153
48—Vocación de Enclaustrada . . . . .	155
49—Los Buenos Pensamientos. . . . .	158
50—El Juego del Anade.. . . . .	159
51—Ensueños de Tierras Lejanas. . . . .	FIN 163

#### DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE SE FASTIDIA

La Lectura Semanal, N° 12, Junio 4 de 1922 . . . . .	165
Prólogo de JOSE RAFAEL POCATERRA. . . . .	167
Primer Fragmento del Diario . . . . .	171
Segundo Fragmento del mismo Diario.. . . . .	187

#### OPINIONES

Don Lisandro Alvarado. . . . .	197
Angélica Palma (Peruana) . . . . .	202
Luis Eduardo Nieto Caballero (Colombiano) . . . . .	208
Eduardo Arroyo Álvarez.. . . . .	223
Arturo Uslar Pietri . . . . .	229

#### DUELO DE LINEA AEROPOSTAL VENEZOLANA

Monseñor Pellín y la Muerte de Rafael Arráiz . . . . .	236
Retrato de RAFAEL ARRAIZ (1914-1953) . . . . .	237
ICARO, por Pedro Rivero.. . . . .	238

#### BENEVOLENCIA Y ESTIMULO PARA LAS EDICIONES L.A.V.

Carlos Dorante (El Nacional). . . . .	239
José Antonio Rial (El Universal).. . . . .	242
Gloria Stolk (La Esfera). . . . .	246
José Fabbiani Ruiz (El Universal) . . . . .	247
Rafael Ángel Rondón Márquez (El Universal). . . . .	250
Manuel García Hernández (El Universal).. . . . .	255







